

V I C T O R R I C O G O N Z A L E Z

Profesor de la materia en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas

INICIACION
A LA
HISTORIOGRAFIA
UNIVERSAL

EDICIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

MEXICO

1 9 4 6

INVESTIGATION & LAWS
RELATIVE TO THE
MARRIAGE OF
CHILDREN
IN
NEW-YORK

PL
R
GO. 87. 116

INICIACION
A LA
HISTORIOGRAFIA UNIVERSAL

V I C T O R R I C O G O N Z A L E Z

Profesor de la materia en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas

INICIACION
A LA
HISTORIOGRAFIA
UNIVERSAL

EDICIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

MEXICO

1 9 4 6

ADVERTENCIA

Al publicar este libro no abrigo la pretensión, ni mucho menos, de que pueda servir como obra de consulta a los eruditos, ni a los investigadores, ni siquiera a aquellos que hayan cultivado de manera formal o académica el estudio de la Historia.

Me indujo a publicar esta Iniciación a la Historiografía Universal el hecho de que, en el idioma de Cervantes, sólo hay algunas traducciones que tratan una época o una porción "historiográfica" determinada; no existe editada en español sobre esta disciplina, ninguna obra con alcance universal, ya que la Historia de la Historiografía Universal del literato italiano Angel de Gubernatis, editada recientemente en la Argentina, fué concebida en las postrimerías del siglo pasado con criterio de hombre de letras, pero no de historiador. Además, el concepto actual respecto a la historia, difiere esencialmente del de De Gubernatis, que aún la consideraba como una parte de la Literatura y, por tanto, consustancial con ella. Y, bajo el mantenimiento de tal criterio, no es posible analizar la historia como disciplina independiente, con sus perfiles propios y bien definidos, con todo su contenido de ciencia y arte a la vez.

Son tales consideraciones las que me indujeron a emprender esta tarea que, aún siendo tan modesta, pue-

de ser que rebase mis posibilidades de eficacia. En todo caso, habré de mostrarme satisfecho si este libro logra prestar algún provecho a los que se inician en los estudios históricos, o a aquellos otros que por propia inquietud, sin que se les haya impuesto con fines pedagógicos, quieran pisar los umbrales de este inquietante conocimiento de la historiografía.

INTRODUCCION

El escribir hoy sobre la historia, supone disponerse previamente a ser objeto de toda clase de críticas. La enorme cantidad de problemas que la sola palabra "historia" suscita, pueden ser considerados como otras tantas encrucijadas en las cuales están apostados una legión de historiadores, filósofos, sociólogos, etc., que esperan, con la escopeta cargada, el paso de una nueva víctima por tan intrincado laberinto.

Por eso procuraremos hacer nuestro recorrido en la forma que entrañe menos peligros, pues, por otra parte, no corresponde a este libro elemental otra cosa que sugerir los problemas con el fin de que el lector pueda ahondar en ellos en investigaciones ulteriores.

I

El primer problema que se presenta a nuestra vista y que, dicho sea de paso, no es el menos peliagudo, consiste en responder a la pregunta: "¿Qué es la historia?". Mucho se ha discutido sobre este tema sin que hasta ahora se haya dado una solución satisfactoria. Quizá quienes más han contribuído a este estado de cosas son los propios historiadores, pues afirman que las verdades del hombre varían con las épocas, con lo cual niegan la

existencia de la verdad objetiva. Estas ideas han producido una gran desorientación en todo el campo de la cultura, sin exceptuar la historia.

Por ello se han elaborado numerosas teorías con el fin de darle un sentido a la historia, de demostrar que soterrada entre las aparentes contradicciones de cada época con las precedentes, existe una verdad impercedera, determinante de todas las demás. El sistema marxista que pone a lo económico como base y fundamento de lo humano es un buen ejemplo.

Sin embargo, los estudiosos de la historia no se han conformado con estas interpretaciones que califican de "verdades parciales, cuasi verdades".¹

Estas concepciones que tratan de hallar leyes generales para la historia son además duramente combatidas por aquellos que, con Windembald y Rickert, sostienen que siendo los hechos históricos irrepetibles e individuales no pueden ser reducidos a leyes puesto que no se pueden establecer uniformidades de ninguna clase.

Por lo tanto, se niega a la historia la categoría de ciencia y se la relega definitivamente al plano que hasta ahora ha ocupado, es decir, a ser un mero conjunto de "cronicones", como dice Ortega.

Por otro lado, hay quienes tratan de construir a la historia como una ciencia distinta de todas las demás, no sólo por su objeto, sino por sus métodos que han de ser muy *sui generis*, propios del objeto de estudio.

¹ Ortega y Gasset, *En el centenario de Hegel*.

Seguramente que han quedado fuera de esta breve reseña muchos problemas que no se han tratado por no ser esenciales para el objeto de este libro. Baste para terminar decir que, por ser muchas y muy variadas las opiniones al respecto nos abstenemos de tomar partido en la controversia, diciendo que *la historia es el estudio de los hechos humanos cuya importancia produce cambios apreciables.*

II

La palabra "historiografía" nos aparece a primera vista como la denominación que corresponde a una de esas disciplinas abstrusas que aparecen en nuestros días en cantidades casi alarmantes y que parecen no tener otro fin que el de aburrir soberanamente a quienes se ven obligados a estudiarlas. No obstante, la historiografía no tiene nada de eso. Su objeto es interesante, tan interesante que asombra pensar en lo tarde que ha surgido. Consiste nada menos que en estudiar la actitud que con respecto a la historia han adoptado los historiadores de las diversas épocas. La simple concepción precedente ilumina de un solo golpe una gran parte del ámbito de nuestro estudio. Sin embargo, quedan algunos rincones en la penumbra que conviene alumbrar.

En primer lugar, es preciso resaltar la importancia que, para el conocimiento de la historia, tiene el saber apreciar hasta qué punto podemos confiar en la veracidad de los más importantes historiadores, cuáles son las

excelencias y los defectos de éstos, si predomina en ellos la pasión por la exposición artística o la conciencia de investigadores de la verdad, en qué circunstancias bajo qué influencias escribieron sus obras, etc., etc. Para ilustrar lo anterior podrían servir los ejemplos de Jenofonte y Polibio. El primero, magnífico literato y mal investigador; el segundo, esclavo de la verdad, olvidó en cambio, las bellezas del estilo.

En segundo lugar, hemos de tener en cuenta el equivoco que a partir de este momento de la exposición, representa la palabra "historia". En el apartado anterior se ha utilizado para designar el estudio de los hechos históricos; pero con frecuencia se usa para nombrar los hechos mismos. Así decimos que "Napoleón hace historia", empleando aquí la palabra para significar los hechos históricos. Por estas razones conviene tener presente que cuando hablamos de "la actitud que con respecto a la historia han tenido los historiadores de las diversas épocas", nos referimos al estudio de los hechos históricos y no a los hechos mismos.

Por último, hemos de limitar la amplitud de nuestro campo de estudio. Hay hechos históricos desde que aparece la escritura, pero el estudio de estos hechos surge más tarde. En un principio los historiadores, si así se les puede llamar, lo son por accidente, es decir, el objeto principal de sus obras no es el de narrar hechos pretéritos sino que hacen esto en forma secundaria, como parte necesaria pero no esencial para su trabajo. Esto

ocurre, por ejemplo, con la Biblia, en la cual el objeto principal es el religioso.

Poco a poco la historia va pasando a un primer plano y en Herodoto se encuentra plenamente desarrollada la idea de narrar por el simple interés que tienen los hechos históricos.

Los estudios históricos atraviesan, a partir de Herodoto, por una larga serie de vicisitudes buenas y malas: hay épocas de esplendor y de decadencia, historiadores buenos y malos; pero la historia como estudio avanza muy lentamente, se queda rezagada mientras otras ciencias, quizá con menos probabilidades de serlo, progresan rápidamente. En el siglo XIX culmina, con Niebuhr y Ranke, el movimiento que había de poner a la historia en primera fila entre todas las manifestaciones de la cultura. Esta aparición súbita de una intrusa con la que no se contaba, produce la bancarrota de numerosas teorías filosóficas, jurídicas, sociológicas, etc., y suscita numerosos problemas, algunos de los cuales ya hemos señalado. Tal es, en síntesis, el campo de estudio que brevemente abarca este pequeño libro.

III

Conviene, sin embargo, tratar algunos temas de importancia antes de penetrar en la historiografía propiamente dicha.

Dijimos que se entiende por historia la etapa que va desde el momento en que aparecen documentos escritos hasta nuestros días. Pero no podemos ignorar el

inmenso camino que hubo de recorrer el hombre hasta el momento en que surge la escritura. A esta etapa se la llama prehistoria.

Resulta imposible determinar, como lo hacen ciertos manuales, el momento en que muere la prehistoria para dar paso a la historia. Y esto por razones dignas del mismo. Pero Grullo, razones que sin embargo exponemos para evitar confusiones lamentables. Es un hecho casi olvidado de puro sabido, que los distintos pueblos no se han puesto de acuerdo para salir de la prehistoria a un mismo tiempo; por el contrario, mientras hay civilizaciones en las que aparece la escritura muchos siglos antes de Cristo, existen en la actualidad pueblos que se encuentran todavía en estado prealfabeto. No son menester muchos desvelos para encontrarlos. Por otra parte, resulta muy difícil precisar en qué momento aparece el alfabeto en un pueblo determinado. Sabemos aproximadamente de qué época datan los documentos legados por una civilización equis; pero nadie puede afirmar que la misma civilización no haya producido escritos anteriores, dada la facilidad que hay de que, en épocas tan lejanas, se perdieran.

El hecho de que unas civilizaciones salgan antes que otras de la prehistoria ha sido recientemente estudiado con atención, y los racistas han creído encontrar en él uno de los mejores argumentos en apoyo de sus teorías. Sin embargo, otros investigadores¹ que han atacado el

¹ Cfr. el magnífico capítulo que a este tema dedica Linton en su *Estudio del hombre*.

problema sin prejuicios llegan a la conclusión de que es completamente descabellado y anticientífico explicarlo por diferencias raciales. Consideran que el atraso de ciertos pueblos se debe, principalmente, al aislamiento en que viven, aislamiento que evita el contacto cultural por razones que no es del caso analizar y trae como consecuencia un tradicionalismo ciego y un estancamiento de la cultura.

Hace algunos años se daba gran importancia al elemento sobrenatural como determinante de la cultura de estos pueblos prehistóricos; en la actualidad, por el contrario, se subraya la importancia de la tradición como cualidad esencial.¹ La importancia del mito, en el cual el elemento sobrenatural entra a raudales, se había exagerado enormemente. Sin embargo es posible, como dice Shotwell, que en la etapa más primitiva del desarrollo humano, cuando el hombre no tenía muchos antecedentes que lo guiaran, fuese el mito lo determinante; pero más tarde, cuando el salvaje empieza a tener conciencia de sí mismo, aparece la leyenda, en la cual el hombre ocupa el primer plano sin que lo sobrenatural abandone en absoluto su puesto en el relato. La obra homérica es quizá el ejemplo más típico y más conocido. Shotwell mismo afirma que la leyenda es "la antesala de la historia"; no obstante, hemos de recorrer aún largos caminos hasta llegar a ella.

¹ Cfr. el primer capítulo de la obra *Historia del pensamiento social* de H. E. Barnes y H. Becker.

IV

Si examinamos el calendario con intención relativa observaremos que, aunque para nosotros parece sencillo, no lo es tanto si se tiene en cuenta el número de convencionalismos en que están basadas muchas de sus mediciones —la semana, la hora, el minuto—, y la enorme cantidad de conocimientos científicos requeridos para medir la duración de un año solar, base de él.

Los caldeos están considerados desde muy antiguo como padres de la astronomía. Bien justificada es en cierto esta afirmación; pero no lo es tanto decir que, vez que los pastores nómadas se convirtieron en agricultores sedentarios, la astronomía surgió necesariamente, como una consecuencia directa y fatal de tal cambio. Según quienes eso afirman, la necesidad de saber qué épocas eran buenas o malas para la siembra, la cosección, etc., obligó a los primitivos agricultores a medir el tiempo. Se olvida, sin embargo, que las estaciones varían y que, por lo tanto, no pueden tomarse como base para un cómputo preciso del tiempo. Por otra parte, el día es una unidad demasiado pequeña para tomarla como medida del tiempo. Por eso no puede atribuirse la creación de un método de cómputo de una exactitud suficiente a los agricultores; en cambio hubo, afortunadamente para la humanidad, otros individuos a quienes interesaba medir el tiempo lo más exactamente

posible: los sacerdotes. ¿Qué causas, o qué fines los movieron a emprender tan ardua tarea?

En primer lugar, una predisposición propia del oficio a investigar aquello que está por encima del hombre. En segundo término, una necesidad de precisar con toda exactitud qué días eran nefastos, y qué otros propicios, a ciertas actividades. Por último, el hecho de que una vez que los estudios astronómicos adquirieron, a ojos de los antiguos, valor por sí mismos, se hizo necesaria la conservación de las observaciones en tablas cronológicas con el fin de hacer otras posteriores.¹ No obstante, los antiguos nunca tuvieron gran exactitud, y mucho menos unanimidad en el cómputo del tiempo. El calendario dió todavía muchos traspiés a través de la historia antes de llegar a su forma definitiva. Esta es, como se ha dicho al principio, complicada, pues sólo una de sus formas de medida es natural: el año. Las demás son convencionalismos, productos del ingenio humano, más o menos prácticas, pero no inmejorables: por ejemplo, podríamos dividir el día en diez horas, la hora en cien minutos, etc., con lo cual serían más sencillos los cálculos que diariamente hacemos sobre el tiempo. Pero, a pesar de todo nuestro orgullo racionalista que no se somete a trabas, ahí está el calendario como un ejemplo ilustrativo de lo que puede la tradición.

¹ Para mayor información sobre astronomía antigua, véase *Historia de la ciencia*, de Charles Singer.

V

De los dos medios principales con que cuenta el hombre para transmitir su pensamiento, uno, el lenguaje, se desarrolló desde la más primitiva antigüedad, mientras que el otro, la escritura, tardó mucho más en ser inventado y perfeccionado. Antes de aparecer la escritura los relatos son transmitidos oralmente, lo que, unido a la predisposición hacia lo irreal propia del primitivo, hace que los hechos sean totalmente modificados y no tengan más valor histórico que el de revelarnos algo de las costumbres de sus narradores.

El nacimiento de la escritura señala uno de los momentos más importantes en la evolución humana. Todas las ramas del pensamiento se liberan del ancla que las tenía confinadas a un lugar en el tiempo y el espacio. La historia, singularmente, da un paso gigantesco hacia la verdad; pero la escritura no era por sí sola una solución completa del problema: era preciso perfeccionar sus métodos, lograr materiales idóneos para conseguir, en fin, lo necesario para la difusión sin límites de los productos del ingenio humano. Para ello se necesitaron muchos siglos de perfeccionamiento sucesivo. Sigamos, hasta donde la amplitud de este libro nos lo permita, las etapas de tal evolución.

El primer obstáculo que hubo de superar el hombre una vez inventada la escritura, consistió en hallar un material adecuado para escribir sobre él. Primitivamente se utilizaron la arcilla, las hojas de ciertos árboles

boles y otros materiales cuya imperfección la hacía lenta y difícil. Más tarde hicieron su entrada triunfal las dos materias que iban a ser, durante muchos siglos, la base de la escritura: el papiro y el cuero, este último mucho menos usado que el primero. El papiro fué el papel de la antigüedad, hasta que vino a ser sustituido por una forma especial del cuero que se llamó pergamino. A pesar de estos adelantos la escritura no tuvo nunca en la Antigüedad la importancia que hoy tiene. Esto es debido a dos causas principales: en primer lugar, tanto el papiro como el pergamino tenían precios bastante altos y, en segundo término, resultaba muy trabajoso hacer copias, necesariamente manuscritas, de los diferentes libros. Dos inventos vinieron a poner fin a esta situación: el papel, introducido en Europa por los árabes en el siglo XII y la imprenta, invento harto conocido para ser estudiado aquí.

El uso del papel no se generalizó en Europa hasta el siglo XIV, pero su precio fué muy elevado hasta el XVIII, época en que se inventó una máquina capaz de fabricarlo con rapidez.

Es el papel la mejor materia con que contamos hoy para escribir; pero, a pesar de ello, muy imperfecta. Su fragilidad es extrema y, por otra parte, la madera de que se fabrica está agotándose más rápidamente de lo que fuera deseable.

Con esto llegamos al final de nuestra breve introducción y penetramos de lleno en el campo de la historiografía.

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA EN LA ANTIGÜEDAD

LA HISTORIA EN EGIPTO

En el Egipto antiguo no existió historia, sino simples relaciones de reyes y dinastías a las que con el tiempo se fueron añadiendo algunos datos acerca de los personajes que se consignaban.

Los egipcios, que fueron tan prolíficos en mitos y leyendas, descuidaron en cambio la historia. El documento egipcio más antiguo de que se tiene noticia, y uno de los más antiguos de la humanidad, es la durísima piedra de diorita negra conocida como la "piedra de Palermo", que es parte de otra mayor en la que se relataban los hechos más importantes de las cinco dinastías anteriores a la época en que se escribió.

Hacia el siglo III a. d. C. Manethón, un sacerdote egipcio, escribió en griego la nómina de los reyes de su país. Desgraciadamente sólo conocemos de él los pasajes que cita el historiador judío, Josefo.

LA HISTORIA EN BABILONIA, ASIRIA Y PERSIA

Unos 4,000 años a. d. C. la escritura hizo su aparición en Mesopotamia, la pequeña región situada entre el Tigris y el Eufrates. Esta escritura de signos en for-

ma de cuña —de ahí que se la llame cuneiforme— los empezaron a usar los sumerios, un pueblo no semita que vivía en ciudades y tenía un comercio altamente desarrollado.

La escritura cuneiforme perduró a través de toda la larga y agitada historia de esta región y sirvió de medio de expresión a pueblos y civilizaciones muy diversos.

A pesar de ello, la historia en estos pueblos es tan pobre como la egipcia. Su mitología, en cambio, tiene particular interés debido a la influencia que ejerció sobre nuestra civilización. El más bello y famoso de los mitos babilónicos es el poema épico de Gilgamesh, en el cual se relata ya el Diluvio tal como había de recogerse más tarde en el Génesis. El poema fué encontrado en la biblioteca de Asurbanípal.

Además de mitos, Babilonia produjo códigos excelentes para la época, el más famoso de los cuales es el Hamurabi. En él se recoge una gran cantidad de normas acerca de los más diversos temas. Especial atención se dedica a la legislación mercantil.

Los asirios no produjeron tampoco historia sino simples relaciones de nombres, en las que llegaron a consignarse algunos datos y hasta relaciones completas como las que describen los primeros años del reinado de Tiglath Pileser I.

Estos anales, sin embargo, no relatan la verdad sino que aumentan en mucho la cuantía de las hazañas, puesto que eran escritos para el mismo que las realizaba.

A la caída de Asiria nació el imperio Caldeo o nuevo imperio Babilónico.

Los caldeos investigaron la historia de la antigua Babilonia y produjeron conjuntos de notas eruditas que no pueden ser calificadas de historia debido a la ausencia total de crítica.

Los persas fueron los siguientes reyes de Mesopotamia. Como sus predecesores, no produjeron más material histórico que los anales; pero uno de ellos, escrito en un precipicio inaccesible —el de Behistun— que relata el reinado de Darío, fué el que sirvió para que Rawlinson descifrara la escritura cuneiforme.

Un sacerdote babilónico llamado Beroso, (alrededor de 280 a. d. C.) escribió la historia de su país, en la cual consignó numerosos mitos y una gran serie de acontecimientos. Beroso tiene el enorme mérito de haber abandonado la forma demasiado estrecha de los anales, pero, en cambio, no tiene la menor noción de la crítica histórica.

Se han perdido sus escritos, pero conservamos de él algunos fragmentos citados por otros autores, que permiten fundamentar estos juicios.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

El Antiguo Testamento es el primer gran documento histórico que nos ha legado la antigüedad. En contraste con los demás pueblos orientales, el pueblo hebreo

hace historia; historia grandemente influída por la religión, en la cual lo real y lo sobrenatural se confunden formando un solo cuerpo, de tal manera, que resulta muy difícil determinar hasta qué punto son históricos los relatos del Antiguo Testamento.

Para hacer la crítica de este libro, o mejor dicho de este conjunto de libros, es preciso dejar a un lado las convicciones religiosas para considerar el Antiguo Testamento única y exclusivamente como documento histórico. Pero no es tan fácil desligarse de estas creencias religiosas y prueba de ello es que la crítica de la Biblia no se comenzó a hacer hasta el siglo XVIII, el siglo del racionalismo.

El Antiguo Testamento ha de ser juzgado teniendo en cuenta la época en que se escribió. De este modo, se aprecia la inmensa hazaña que supone el escribirlo cuando no existía historia ni rastros de ella, sino los simples y estrechos anales de que se ha hablado en capítulos anteriores.

La Biblia no es un libro único, sino un conjunto enorme y abigarrado de obras de las más diversas procedencias: desde la leyenda primitiva hasta la obra literaria genial. Todo este conglomerado de escritos no se conservó en su forma original, sino que fué reformado muchas veces por sus diversos recopiladores, hasta alcanzar la forma actual.

El Antiguo Testamento está dividido en varias partes principales: la Ley, que se atribuye a Moisés y que los judíos de Alejandría bautizaron con el nombre de Pentateuco; un segundo grupo que comprende los libros

de Profecías, las Historias, Josué, Jueces y los Reyes; y las "Escrituras", que agrupan numerosos libros tales como el de los Salmos, el de Job, etc.

El Pentateuco no es la obra de Moisés ni siquiera de un solo escritor, sino el producto del trabajo de muchos narradores, desde los tiempos más primitivos hasta épocas en que la civilización hebrea y su teología estaban ya muy elaboradas. Por eso, no es, ni mucho menos, un todo unitario ni ofrece un mismo concepto de Dios y de los postulados fundamentales de la religión hebrea, sino que van evolucionando con el tiempo hasta presentar su forma, si no definitiva, por lo menos la que más se acerca al concepto recogido por el cristianismo.

Las primeras historias expresadas en el Pentateuco son relatos de los campamentos nómadas primitivos, que fueron recopiladas y narradas hacia 900 a. d. C. por un gran escritor que se refiere a Dios llamándole Jahvéh, por lo cual se le conoce como el Jahveísta. Su gran mérito consiste en haber captado toda la belleza de la vida del pueblo y todo el misticismo religioso en páginas de gran sencillez, unido esto a la fuerza de la expresión.

Un siglo después del Jahveísta surge un nuevo narrador que no se refiere ya a Jahvéh sino a Elohim, palabra que significa Poder, en el sentido de sobrenatural. A este narrador se le conoce como el Elohista.

El Elohista depura el concepto de Dios del Jahveísta. Este Dios nuevo es más elevado, más puro, más místico; en una palabra: más Dios. Además el Elohista introduce en su narración el milagro, que luego había

de ejercer un papel tan importante en toda la literatura hebrea antigua y, a través de ella, en la cristiana.

Hacia el siglo VII a. d. C. hubo una nueva modificación en el Pentateuco. Esta modificación se encuentra en su forma más explícita en el libro del Deuteronomio, por lo cual se conoce al autor de esta reforma como el Deuteronomista.

La reforma consistió en centralizar el culto a Jahvé en un solo templo para evitar las divisiones que producía la existencia de múltiples altares locales. Para fundamentar esta revolución se recurrió a la figura de Moisés, a quien se atribuyeron numerosas obras, y quien entonces, fué considerado como el máximo legislador de la Antigüedad.

La última aportación al Pentateuco fué hecha por los sacerdotes del templo de Jahvé y es una revisión total de lo ya escrito. La principal contribución de este período es la elaboración de las genealogías. Asimismo el primer capítulo del Génesis es obra de estos nuevos reformadores.

El libro que sigue al Pentateuco es el de Josué, que muchos autores unen a aquél, denominando al conjunto Hexateuco.

En este libro la historia deja paso a la leyenda y el milagro tiene un papel preponderante. No se relatan los hechos históricos como tales, sino con la constante intervención de la divinidad favoreciendo al pueblo elegido.

Sin embargo, en el primer capítulo del libro de los Jueces y en la parte inicial del capítulo segundo del mis-

mo libro se conserva el relato de la conquista que se narra en Josué, exento de todo el aparato sobrenatural y expresado en forma escueta, probablemente tal como ocurrió.

El libro de los Jueces, cuyo comienzo se ha expuesto arriba, es más una lección moral que un gajo de historia. En él se describe cómo el pueblo hebreo olvida a su dios y es castigado, surgiendo entonces el "juez" que ha de volverlo al buen camino para salvarlo.

Los dos libros de Samuel y la primera parte del de los Reyes constituyen, con el de David, la porción más bella y fidedigna de la historiografía hebrea.

Aquí las fuentes son exactas, los hechos relatados, probablemente por testigos presenciales y la forma literaria es de lo más bello que haya producido literatura alguna.

La parte que sigue, hasta el cautiverio de Babilonia, es oscura, sintética y muy similar a la de los Jueces.

El libro de las Crónicas es completamente ahistórico. Es un resumen de las obras ya estudiadas y fué escrito probablemente después de 300 a. d. C.

Los libros de Esdras y Nehemías tienen escaso interés como material histórico, pero en cambio, son valiosos desde un punto de vista literario, sobre todo el segundo, pues las memorias de Nehemías son obras maestras de un realismo maravilloso.

Por último hay que consignar el primer libro de los Macabeos, que está escrito con gran veracidad y en un tono vivo que da la tónica de los hechos que relata.

Al terminar este primer examen de la historiografía hebrea podemos ver que la verdad histórica fué muchas veces deformada por la influencia de la religión. Para los cronistas hebreos tenía más valor el ideal religioso que el científico. Tal fué el influjo de una época primitiva, previa a la ciencia, sobre la historia.

PHILO Y JOSEFO

Aparte del Antiguo Testamento los hebreos produjeron el Talmud, que es para ellos lo que el Nuevo Testamento para los cristianos. No hay en él nada que se parezca a la historia.

Philo, contemporáneo de Cristo, fué un filósofo judío que vivió en Alejandría cuando esta ciudad era la antorcha del mundo. No fué historiador ni contribuyó a fomentar la historia científica sino que, por el contrario, se dedicó a interpretar los textos sagrados por medio de la alegoría, como más tarde habían de hacerlo Orígenes y los apologistas cristianos.

Se le cita aquí porque ejerció una influencia negativa para la historia, influencia que consistió en apartarse de la crítica científica para ir a la alegoría.

Flavio Josefo fué un estadista, diplomático y guerrero que acaudilló la rebelión judía. Sin embargo, congenió muy bien con los romanos y fué favorito de la familia imperial de los Flavios. En Roma, escribió en griego varias obras: *Las guerras de los judíos*, *Contra*

Apión, Las antigüedades de los judíos y su autobiografía.

Sus obras muestran al escritor afortunado, dueño del estilo. Promete en repetidas ocasiones escribir sólo la verdad comprobada, aunque no lo cumple. Josefo fué un defensor de las Escrituras judías y su *Contra Apión* está dedicado a defenderlas de los ataques del griego Apión.

Josefo hizo crítica histórica y es por lo tanto uno de los historiadores antiguos que más merecen el calificativo de tales.

Su obra es atractiva por la fluidez del estilo y el perfecto dominio de los recursos retóricos.

EL MUNDO GRECO-ROMANO

CONSIDERACIONES GENERALES

Mucho antes de que llegaran a las riberas del Mediterráneo los jonios, dorios y aqueos, que estaban llamados a convertirse en maestros del mundo, existía en las islas próximas a la Península Helénica, y aun en el continente mismo, una compleja cultura del bronce llamada minoica, cuya más brillante manifestación se desarrolló en Creta, donde florecía un estado monárquico con su capital en Cnossos. Los restos conservados de esta civilización muestran que los cretenses eran notables artistas, tanto en cerámica como en pintura.

Por otra parte, en el continente se desarrolló igualmente otra cultura que, aun cuando tomó como modelo a la minoica, floreció pronto con características propias. Esta civilización se llama micénica, porque su principal fué Micenas. Hacia 1,500 a. d. C. se produjo una notable decadencia cretense y Micenas alcanzó entonces su máximo esplendor.

Durante el período de perfeccionamiento de la cultura micénica, un pueblo nórdico, de lengua indoeuropea, fué presionando a los habitantes de la Península Ibérica. Los invasores, a quienes más tarde se llamó celtas, tenían una cultura neolítica, aunque sabían laboriosamente el cobre. El contacto con los minoicos y micénicos, más civilizados, hizo que se perfeccionasen gradualmente.

Una nueva invasión de un pueblo también nómada de cultura afín a la de los jonios —la aquea—, hizo huir a éstos, que se refugiaron entre los mediterráneos mezclándose con ellos. Los cabecillas aqueos se constituyeron en gobernantes de los pueblos sojuzgados y adoptaron rápidamente la cultura micénica, estableciendo relaciones comerciales con los cretenses. Pronto, además, aprendieron a navegar y, por último, conquistaron Creta y destruyeron Cnosos. Los aqueos micenizados extendieron su imperio y se convirtieron en dueños del Egeo.

Finalmente, un nuevo pueblo también nómada, portador de una cultura del hierro, invadió el territorio ocupado por los aqueos, quienes huyeron en todas direcciones. Algunos de ellos llegaron a Atica, donde habían establecido los jonios, muchos de los cuales emigraron

graron hacia Asia Menor, donde formaron las primeras, colonias de lo que había de ser la Jonia asiática.

Tal es, rápidamente delineada, la formación de Grecia, un pueblo sin territorio definido, siempre activo, en contacto con todas las culturas del Mediterráneo. Recorriendo el mundo sobre la movediza cubierta de su buque, el ciudadano griego fué creando, casi inconscientemente, una inestabilidad radical en sus propias creencias, llegando a considerar la razón como único tribunal capaz de juzgar sus propios actos, como único instrumento para crear una civilización. Así, un Parménides y un Arquímedes pudieron dar a la filosofía y a la ciencia, respectivamente, los lineamientos generales en que habían de moverse a través del tiempo; pero no ocurrió lo mismo con la historia, pues si bien es cierto que fueron los griegos sus creadores, no lo es menos que su punto de vista estuvo siempre limitado por razones que analizaremos brevemente:

En primer lugar, fueron incapaces de hacer un estudio del pasado de los pueblos con quienes se relacionaban, debido al desconocimiento de sus lenguas, y, aun cuando Herodoto consigna en su historia datos importantes acerca de otras civilizaciones, éstos se toman a título de curiosidades sin constituir un estudio completo de ellas, cosa que, por otra parte, no estaba a su alcance dado que las ciencias sociales —derecho comparado, estudio de las religiones, de la economía, etc., etc.— no habían nacido aún.

En segundo lugar, la organización política de los griegos y la movilidad mental que los caracterizaba,

eran por sí mismas otras tantas limitaciones. Las limitaciones, porque la pequeña ciudad-estado gobernada democráticamente era inestable hasta el exceso, por el individualismo de los ciudadanos y las rivalidades entre las ciudades producían tan pronto un rápido florecimiento como una precipitada decadencia. La mejor de lo dicho es la forma en que se derrumbó el gran poderío helénico y cómo resurgió en un clima dirigido por el genio de Alejandro. Por ello los griegos no fueron capaces de concebir la historia como un proceso con las relaciones entre pueblos diversos que condiciona cambios tan importantes. Para ellos la ciudad-estado con los fenómenos que en ella se producían, era el cristal a través del cual veían la historia, una historia fragmentada en la que existían ciclos de grandeza y decadencia, sin un concepto del progreso de la humanidad que tanto había de preocupar al siglo XVIII.

Esta estrechez del punto de vista se percibe en Herodoto y, mucho más, en Tucídides. Habrá que esperar todavía unos años para que Polibio aúne la inteligencia y el espíritu crítico de los griegos con el genio político y militar de los romanos y dé al mundo el relato de la gestación del imperio más grande y más perfecto de la historia. Cuando Polibio, el griego de fina inteligencia y exquisita educación, se encontró en medio de la aristocracia romana, con un estado altamente centralizado en el cual los ciudadanos luchaban y vivían para el poder único, quedó roto el cristal que había limitado la concepción de sus predecesores y percibió la importancia mundial que tenía la realización del imperio romano.



A la muerte de Alejandro, el imperio greco-macedonio se desmembró en varios reinos, que gobernaron los antiguos generales del emperador. El más importante de ellos por el papel que jugó en la historia del pensamiento fué el de Egipto, gobernado por los Tolomeos. Alejandría se convirtió en la capital intelectual del mundo gracias al apoyo decidido de la familia reinante que, entre otras cosas, construyó la famosa biblioteca. Pero estos estados helenísticos independientes no habían de durar mucho: en la pequeña región pantanosa situada hacia el centro de la península italiana que se conoce con el nombre del Lacio, un pueblo de agricultores, curtidos por el duro trabajo de cultivar aquella ingrata tierra, había fundado una ciudad, Roma, que iba sojuzgando poco a poco a los pueblos vecinos. Una vez que el poderío militar y económico de Roma fué suficientemente fuerte, entabló lucha a muerte con Cartago, que era entonces la potencia más respetable del Mediterráneo. La contienda fué prolongada y, al fin, los romanos destruyeron Cartago y se lanzaron a la conquista de los pequeños estados helenísticos que, desunidos y débiles, fueron pronto vencidos. Roma quedó entonces convertida en dueña del Mediterráneo, pero su triunfo fué sólo militar y político: el triunfo cultural correspondió a Grecia. Los griegos, convertidos en maestros de la nobleza romana, impusieron a ésta su arte, su ciencia y, en general, toda su cultura.

El genio romano fué incapaz de crear una cultura propia, quizá porque le bastaba con la griega, que poseía el sello de inmortalidad sobre la más grande hazaña política que haya realizado pueblo alguno.

Hubo, pues, grandes historiadores en Roma — Plutarco, Suetonio, Tácito, Tito Livio, Tácito—, pero no aportaron nada nuevo. En este sentido, el progreso de la antigüedad alcanza su cénit en Polibio. Habrán de pasar muchos siglos para que alguien lo supere.

HISTORIOGRAFIA GRIEGA

LOS PRIMITIVOS

Lo primero que aparece a los ojos del estudioso de Grecia es la figura inmensa de Homero. Se ha podido comprobar por medio de la arqueología la verdad de algunas afirmaciones homéricas, como por ejemplo, la existencia de Troya. Sin embargo, no podemos considerar la obra homérica como historia, sino como un producto genial de la fantasía de un pueblo que había de enseñar al mundo cómo utilizar la razón.

Aproximadamente lo mismo podríamos decir de Hesíodo, el poeta genial que influyó tanto sobre su pueblo.

Los poemas homéricos y los de Hesíodo ejercieron una preponderancia nociva para la historia, pues los griegos, satisfechos con los relatos de las grandes hazañas que encontraban al mirar hacia su pasado, no hicieron la crítica necesaria para hallar la verdad. Pero este estado de cosas no había de durar mucho. Con la

expansión territorial, los griegos establecieron contacto con hombres de las más diversas civilizaciones; muchos de ellos recorrieron todo el mundo conocido. La comparación de otras culturas con la suya propia hizo que flaqueara su fe en ella. Es aquí donde nace la crítica, base de toda ciencia.

Hacia 500 a. d. C. existieron en Jonia, la pequeña colonia griega de Asia Menor, hombres inquietos, viajeros incansables, críticos de sus propias instituciones y de su propio pasado. Entre ellos había físicos, filósofos, matemáticos, y ciertos especímenes, que son los que ahora nos interesan, a quienes sus compatriotas llamaban "logógrafos". Estos eran narradores en prosa, entre los cuales nació la historia griega. El más famoso de ellos fué Hecateo de Mileto, quien relató sus experiencias de los largos viajes que había hecho por todo el mundo conocido. Para dar una idea del tono intelectual de su obra, basta la cita que sigue: "Hecateo de Mileto habla así: Yo escribo lo que creo ser verdad; porque las historias de los griegos son diversas y me parecen ridículas". De Hecateo no se conservan sino algunos fragmentos que apenas nos permiten formar una vaga idea de él.

HERODOTO

Herodoto (aprox. 480-430 a. d. C.) nació en Haliarnaso, colonia doria de Asia Menor en la que se hablaba el dialecto jonio, lengua en la cual escribió Hero-

doto. A pesar de expresarse en su lengua tuvo siempre una gran predisposición contra los jonios, a los cuales aturpera despiadadamente siempre que se le ofrece ocasión para ello. Es esta antipatía local el único prejuicio que baja estofa que se encuentra en la obra de Herodoto, la cual se caracteriza por su amplitud de miras y su vasto conocimiento de las materias que trata. Podemos decirse que, prescindiendo de su "joniofobia", trata los problemas como si estuviera "más allá del bien y del mal".

De su vida se sabe muy poco. Hacia 447 a. d. C. fué a Atenas, la Atenas de Pericles, donde estuvo en contacto con los más famosos sabios de la época. Más tarde, pasó a una colonia ateniense en Italia donde, al parecer, murió poco después. Durante su vida realizó larguísimos viajes, recorriendo en todas direcciones la cuenca del Mediterráneo.

La *Historia* de Herodoto produce, en una primera lectura, la impresión de algo carente de unidad, lleno de relatos circunstanciales narrados por un escritor brillante, maestro en el arte de la chismografía. Sin embargo, una lectura más atenta demuestra que la obra se ajusta a un plan cuidadosamente elaborado. Esquemáticamente puede dividirse en tres partes principales.

La primera trata principalmente de Asia y abarca los reinados de Ciro y Cambises, así como la ascensión al trono de Darío.

La segunda, se ocupa de Europa y comprende el reinado de Darío.

La tercera, de la Hélade y del reinado de Jerjes.

Este esquema parece no ser exacto cuando se repara en las amplias digresiones que se encuentran en toda la obra y que dispersan la atención del lector orientándolo, en repetidas ocasiones, lejos del tema central. No obstante, el plan general de la obra se ajusta, en sus líneas principales, a lo antes expuesto.

Las descripciones de pueblos y costumbres que constituyen el tema principal de las tan manidas digresiones, cesan cuando los griegos entran de lleno en el relato, puesto que sería un absurdo describirles a ellos mismos sus propias costumbres.

Los primeros libros que escribió Herodoto, fueron los tres últimos de su *Historia*.

Herodoto es un verdadero artista de la narración. Su estilo, de una llaneza maravillosa, hace que su obra sea muy atractiva. De él dice Shotwell: "La misma naturalidad de Herodoto es deliberada. Es charlatán hasta el exceso, y falsamente ingenuo. Si no es capaz de confirmar o de negar la verdad de lo que dice, introduce francamente sus fuentes dentro de la narración, y allí las deja".

Es preciso tener en cuenta, para la crítica de Herodoto, que su obra depende, en muchas ocasiones, de lo dicho por otras personas. A pesar de esto su *Historia* es de lo mejor que nos ha legado la antigüedad. Sin embargo, no puede ser juzgado a la luz de los modernos historiadores sino que hay que encuadrarlo en su época, en la cual era escasísima la documentación disponible. Su principal defecto consiste en que no tenía noción de

la causalidad histórica, pero su obra ha perdurado y perdurará a través de los siglos como una de las hazañas más grandes realizadas por el espíritu.

TUCIDIDES

Después de Herodoto, el viajero parlanchín aparece en el escenario de la historia un nuevo narrador, quizá el más grande de la antigüedad, que es la antitesis de su predecesor: Tucídides.

Tucídides es el autodisciplinado, el sistemático, el conciso, el que olvida la belleza del estilo en aras de la claridad, el que permanece ajustado a su tema sin dispersar la atención de sus lectores. Todo esto, unido a la visión directa, escueta y simple de los hechos.

Dice al principio de su obra, *Historia de la guerra del Peloponeso*, que la comenzó cuando estalló esta guerra, es decir, en 431 a. d. C. Parece ser que después de la paz de Nicias (421 a. d. C.) reunió los datos recogidos durante la batalla, e hilvanó la primera parte de su libro. Cuando se reanudaron las hostilidades comenzó a escribir la segunda parte, que no terminó, pues no llega sino hasta 411.

Para Tucídides, la guerra del Peloponeso constituye lo más importante de la historia, lo que no puede compararse, ni remotamente, con nada anterior. Cegado por esta visión desmesurada de su propia época pierde la noción de la perspectiva histórica, desliga lo que re-

lata de los acontecimientos anteriores, lo presenta como una unidad en sí. Es éste el defecto que ya había padecido Herodoto y que es propio de una época en la cual la historia estaba aún en embrión.

Tucídides no es, como Herodoto, un narrador locuaz y elegante; por el contrario, su estilo es árido, y su excesiva escrupulosidad, que no desdeña ningún hecho por trivial que parezca, hacen que su lectura resulte monótona y aburrida. Sin embargo, tiene páginas de excepcional fuerza descriptiva y de un realismo casi brutal, como son las que relatan la expedición ateniense a Sicilia.

La *Historia de la guerra del Peloponeso* se apoya muchas veces, como la de Herodoto, en datos suministrados por otras personas, pero para Tucídides la tarea de seleccionar sus fuentes era más fácil, puesto que relataba hechos contemporáneos. Sus informadores, por lo tanto, pudieron ser, y de hecho fueron, las personas mejor enteradas, los mismos actores del gran drama: los militares que intervinieron en las batallas. El mismo Tucídides se contó entre ellos. Además, su destierro le permitió entablar contacto con los espartanos, y el militar ateniense pudo aprender de ellos su punto de vista con respecto a la contienda: conocía, pues, la doble faz de los acontecimientos.

Intercala en el relato de la guerra páginas cuyos temas son la política y la estrategia. Se introduce en las asambleas y nos lega los discursos de sus héroes. Famoso es el pronunciado por Pericles, como oración fúnebre a los atenienses muertos en acción.

Aparte del defecto señalado antes —la falta de sentido de la perspectiva histórica—, Tucídides padece otros productos de la ignorancia de las causas económicas y sociales que tan grande influencia ejercen sobre la marcha de la historia. Pero no podía saber esto, y exigírselo sería tan absurdo como pedir peras al olmo.

Su historia, a pesar de todo, representa el esfuerzo más grande hecho por un antiguo en aras de la ciencia histórica objetiva y precisa.

EL ABANDONO DEL IDEAL CIENTIFICO

LA RETORICA

Los escritores que siguieron a Tucídides dejaron a un lado la búsqueda de la verdad por la verdad misma, y en sus relatos trataron de hallar el efecto artístico por medio de la retórica, despreciando los ideales que habían guiado a sus antecesores. Un ejemplo típico de esta clase de escritores lo constituye Jenofonte, quien en la antigüedad fué puesto a la par de Herodoto y Tucídides; hoy, en cambio, se le niega esta alta calidad y se le considera como un diletante de la historia, así como lo fué de la filosofía y la literatura. A pesar de haberse relacionado con los hombres más preclaros de su época —fué discípulo de Sócrates— y de haber sido testigo directo de muchos hechos importantes, los desfigura en una forma lamentable. Sus escritos sobre Sócrates palidecen y de-

muestran la miopía de su autor, cuando se los compara con los *Diálogos* de Platón.

Su obra histórica más importante es la *Hellenica*, con la cual trata de continuar la historia de la guerra del Peloponeso donde Tucídides la dejó; pero el tono de Jenofonte es radicalmente distinto al de su antecesor. Hay más riqueza de expresión, es cierto, pero en cambio la verdad queda muy mal parada, pues sólo se nos presenta una visión superficial, casi frívola, de los hechos.

En realidad, lo que salva a Jenofonte es su estilo flúido, que nunca cansa, y su maestría en la descripción.

Después de Jenofonte la verdad es ya francamente despreciada y escarnecida. Sólo vale lo que es bello, bello desde un punto de vista retórico, que hoy repugna no sólo a los científicos, sino también a los artistas. La forma se enseñorea del intelecto humano y pasa a ocupar el primer plano sobre los valores científicos, estéticos, etc. Por ello, esta época es particularmente nociva para la historia.

No obstante, existen algunas excepciones que son como islas en medio de un mar de desintegración científica. Una de ellas es *La constitución de Atenas*, obra escrita por Aristóteles entre 329 y 322 a. d. C.

La primera parte, que es la que nos interesa, es un resumen de la historia constitucional de Atenas. No tiene gran valor como historia, pero la hace interesante la calidad del tema y la intención con que está escrita.

Con esto abandonamos la época de los retóricos y pasamos a estudiar a Polibio, el último gran historiador griego.

POLIBIO

Polibio no comparte con sus colegas antiguos la popularidad de que gozan todos ellos; por el contrario, sus obras son conocidas sólo por los eruditos y, sin embargo, merece un lugar destacado entre los forjadores de la historia.

La reducción de su esfera de influencia al gabinete del estudioso obedece principalmente a que no fué, como sus compañeros, un maestro en el arte de narrar. Su pasión científica le llevó por sendas poco amenas y de muy escaso valor literario.

Polibio nació de familia noble hacia 198 a. d. C. Ocupó cargos de importancia en Grecia y hacia 168 fué llevado a Roma como rehén por los romanos vencedores. Allí se le admitió en la familia de los Escipiones y fué maestro del famoso Escipión Emiliano, conquistador de Africa.

Admirado Polibio de la rápida y extensa expansión romana, emprendió la tarea de escribir la historia de esta hazaña, que para él tenía una importancia tan considerable. Su relato, en cuarenta libros, abarcaba desde 264 a. d. C. en que comenzaron las conquistas romanas fuera de Italia, hasta el fin de Cartago y Grecia en 146 a. d. C. Polibio mismo, expone el plan de su obra al principio de ésta.

La concepción que de la historia tiene Polibio es didáctica, es decir, no ha de ser el relato por el relato, sino por las enseñanzas que encierra: por su utilidad.

La historia es la escuela del estadista y del guerrero; por eso ha de ser fidedigna, los hechos no deben ser falsados. Es preciso que el que la estudia reviva la realidad sin vestiduras extrañas, tal como ocurrió. Sólo así la lección será efectiva.

Podría parecer que tal concepción llevó a Polibio a hacer filosofía de la historia y no historia. Pero no es así. Jamás hace generalizaciones, aun cuando éstas pudieran servir a sus propósitos; por el contrario, se limita a relatar los hechos escuetamente. Prefiere presentar lo concreto, no lo teórico.

Esta tendencia utilitarista demuestra cuánto influyeron los romanos sobre Polibio. Un griego de la época de Herodoto no hubiera pensado así.

Polibio viajó mucho para la composición de su historia: visitó el punto por donde Aníbal atravesó los Alpes, estuvo presente en la destrucción de Cartago, trazó mapas por su propia mano, sin fiarse de geógrafos anteriores, recorrió archivos, estudió a los historiadores más antiguos, a los cuales muy rara vez se refiere si no es para tratarlos despectivamente.

Sus digresiones sobre la ciencia histórica demuestran el alto concepto en que la tenía Polibio. Baste para demostrarlo esta cita: "Porque así como una criatura viva queda totalmente inútil si se la priva de los ojos, así si a la historia se le quita la verdad, ¿qué le queda si no un cuento ocioso y sin provecho?" En ésta, y en otras afirmaciones por el estilo, radica la inmensa importancia que Polibio tiene para la historia. Porque su

ideal científico sigue siendo la estrella polar de los buenos historiadores.

HISTORIADORES GRIEGOS DE LA EPOCA HELENISTICA

Después de Polibio que, aunque pertenece a esta época merece en justicia capítulo aparte, encontramos en nuestro recorrido otros historiadores que, aunque griegos, vivieron fuera de Grecia, ya en Roma, como maestros de los jóvenes patricios, ya en Alejandría, emporio del mundo científico de la época.

Continuador de Polibio fué Posidonio, quien despreciaba como su antecesor los fuegos artificiales de la retórica. Viajó mucho y sus viajes fueron motivo de numerosas obras. Su historia, que fué alabada por Cicerón como modelo del bien decir, posee notables cualidades que revelan a su autor como agudo crítico. El gran geógrafo Estrabón (aproximadamente 64 a. d. C. - 19 d. d. C.) escribió unas *Memorias históricas* en las cuales se siguen los cánones trazados con tanta firmeza por Polibio. Además, Estrabón dotó su *Geografía* de una introducción histórica que nos proporciona abundante información acerca de autores anteriores a él.

Diódoro Sículo (aproximadamente 80 - 29 a. d. C.) trató de hacer una síntesis de la historia. Su intento no legó un mamotreto que no merece el nombre de tal.

Nicolás de Damasco escribió, en la época de Augusto, una *Historia Universal* carente en absoluto de originalidad.

Fué en la misma patria de Herodoto donde nació el empedernido retórico Dionisio de Halicarnaso, durante el siglo I a. d. C. Su *Archaeologia* es más una escuela para retóricos que para historiadores.

Plutarco, el famoso creador de las *Vidas paralelas*, es de lo mejor y más sólido de esta época. Las pinturas maestras que hace de los caracteres por él estudiados tienen un valor perdurable para la historia. Su maestría en la descripción no le impidió ser un apasionado buscador de la verdad.

Con esto, abandonamos la historiografía griega. El breve recorrido que hemos hecho, muestra que el genio griego no pudo, ni hubiera podido ser, tan fecundo en lo que respecta a la historia, como en otras materias. La ignorancia de las fuerzas sociales que provocan los fenómenos históricos, les impidió pasar de la superficie de ellos. Pero a pesar de todo hicieron obras geniales, aun siendo tan escasos los materiales previos con que contaban.

HISTORIOGRAFIA ROMANA

LOS COMIENZOS DE LA HISTORIA EN ROMA

Los romanos, contra lo que pudiera creerse, no produjeron un adelanto notable en la historia. Se limitaron a seguir a los griegos y, excepcionalmente, los igualaron.

Los romanos elaboraron leyendas en las cuales no les corresponde siquiera la creación, pues fueron copias de las griegas. Los orígenes de Roma se relaciona-

ban con las hazañas homéricas. No hubo aquí ni rastros de historia.

Además, la inmensa mayoría de los griegos que fueron a Roma como maestros eran retóricos, gramáticos, es decir, lo más acientífico imaginable. Por estas razones la historia fué pobre, muy pobre, durante la República.

Los precursores de *La Eneida*, el gran poema épico de Virgilio, fueron: Livio Andrónico (aproximadamente 284 - 204 a. d. C.) que tradujo *La Odisea* al latín; Nevio (hacia 199 a. d. C.) que tradujo y adaptó al ambiente romano obras dramáticas griegas y, además, creó algunas. Fué Ennio el más directo antecesor de Virgilio y el que más influyó sobre él. Los *Annales* de Ennio (murió en 169 a. d. C.) tratan la historia de Roma en forma legendaria desde Eneas hasta su propia época. La leyenda épica latina culmina con Virgilio, cuya obra fué, como habían sido los poemas homéricos para Grecia, un sustituto de la historia.

Lucrecio Caro (aproximadamente 95 - 55 a. d. C.) es el único poeta romano que desprecia los mitos y las creencias religiosas para sustituirlas por la ciencia fría y desapasionada. Su obra, *De la naturaleza de las cosas*, es la exposición de su concepción del mundo —que dicho sea de paso era atomística, derivada de las enseñanzas de Epicuro—, en la cual la ciencia ocupa una posición preponderante. Es el único escritor antiguo que desprecia en forma definitiva todo aquello que no tenga por base la razón o la ciencia. Su obra es además un modelo de fuerza dialéctica.

Roma tardó mucho tiempo en desarrollar su prosa y ésta cayó directamente bajo la influencia griega. Fué, sin embargo, el primer paso hacia la historia que comenzó a manifestarse adoptando forma de anal.

El espíritu aristocrático de los patricios romanos les hizo conservar escritas las hazañas de sus antepasados notables, con el fin de probar la nobleza y los méritos de sus familias. Estos anales particulares, redactados generalmente por esclavos, constituyen la fuente de los historiadores posteriores. Sin embargo no son, ni con mucho, fidedignos, pues el espíritu que los creaba era apologético y por lo tanto se resaltan enormemente los méritos y se encubren los defectos. Además, los que deseaban pasar por nobles entroncaban a su familia con patricios famosos, aprovechando similitudes de apellido, etc. De este modo se elaboraron genealogías y narraciones fabulosas.

Contribuyó también a fomentar el estudio de la historia en Roma el hecho de que, desde tiempos inmemoriales y durante la República, existió la costumbre de que el Pontífice Máximo escribiera cada año una tabla en la que se consignaban los acontecimientos ocurridos durante ese período de tiempo, con el fin de ponerlos a la vista de todos los ciudadanos. Estas tablas se conocían como los *Annales Maximi* y su estilo ejerció gran influencia sobre los historiadores romanos, pues aún en Tito Livio y Tácito se encuentran sus huellas.

Aparte de estos materiales que no son propiamente historia, existieron algunos historiadores.

A Q. Fabio Pictor corresponde el galardón de ser el primer historiador romano. Hombre culto, miembro de la famosa familia de los Fabios, escribió en griego su *Historia*. Fabio Pictor intervino en varias guerras y fué persona de alta consideración en su época. De la obra que lo hizo famoso, que abarcaba desde Eneas hasta su época (hacia 270 a. d. C.), tomó Polibio mucho material para su historia. Sin embargo, Polibio trata con gran desconsideración a Pictor debido probablemente a la rivalidad entre los Escipiones y los Fabios.¹

Ciertos autores afirman que Fabio Pictor no puede ser considerado como historiador romano debido a la gran influencia que los griegos ejercieron sobre él. No obstante, conviene no apresurar el juicio y tener en cuenta el carácter nacional de su obra.

El primer escritor cuya franca tendencia nacionalista lo define como absolutamente romano es Marco Porcio Catón (nació hacia 234 a. d. C.), quien escribió numerosas obras en prosa sobre los más variados temas. Alcanzó los más altos puestos en la administración pública y fué antihelenista furibundo. A pesar de esto no puede liberarse totalmente de la influencia griega, lo cual es lógico si se tiene en cuenta que no existía en su época una cultura capaz de rivalizar con la helénica. Escribió sobre la guerra, la agricultura, la historia, etc. Sus *Orígenes* constituyen la primera obra histórica romana de carácter nacional, pero, a pesar del enorme

¹ Téngase presente que Polibio fué protegido por los Escipiones.

prestigio que Catón tuvo a los ojos de sus sucesores, fué olvidada debido en parte a que ignoró deliberadamente los preceptos griegos para embellecer el estilo, y en parte porque su antipatía por la aristocracia fué tanta que se abstuvo de conservar en su obra los nombres de los personajes prominentes. No obstante, los más distinguidos intelectuales romanos y griegos tuvieron siempre de él un magnífico concepto que no se cansaron de propagar. Así, Cicerón y Séneca que lo citan frecuentemente en sus escritos y Nepote y Plutarco que lo biografiaron.

Otro de los primitivos historiadores romanos es el jurista Celio Antipater, cuya preferencia franca y desmedida por la retórica lo convierte en un charlatán de plazuela que hace uso de todos los recursos posibles para entretener a su auditorio. Su obra, sin embargo, perduró por mucho tiempo en aquella Roma seducida por los trucos de la retórica.

LOS PRIMEROS HISTORIADORES ROMANOS PROPIAMENTE DICHOS

Paralela a la producción histórica, hubo en Roma una fuerte corriente de escritores cuya ocupación consistía en averiguar toda clase de hechos curiosos para consignarlos en obras de amplitud enciclopédica, en las que contrastaba la enormidad de cosas que trataban, con la frecuente ausencia de la verdad. Este estilo enciclopédico cuyas bases había echado Catón culmina en Plinio el Viejo, cuya *Historia Natural* muestra con cuánta

facilidad combinaban estos escritores el absurdo más increíble con la verdad más pura, la cual, dicho sea de paso, se muestra coqueta y escurridiza, negándose las más de las veces a presentarse en escena.

A esta pléyade de buceadores de curiosidades pertenece Varrón, quien, nacido hacia 116 a. d. C., parece haber pasado la vida escribiendo, pues su inmensa producción literaria hace sospechar que desplegó tanta actividad que no le quedaba tiempo ni para dormir. Sin embargo, nos queda muy poco de su obra.

El libro de Varrón que tiene para nosotros especial interés es el titulado *Antigüedades Romanas*, que trataba de las antigüedades humanas y de las divinas. Los hechos no están aquí expuestos de acuerdo con su sucesión histórica sino que se les agrupa, como en las enciclopedias, en forma tal, que no se muestra la relación que tienen entre sí. La parte de la obra que se conserva es la referente a las antigüedades divinas, la cual, aunque tiene mucha escoria, ha conservado para nosotros datos preciosos.

Durante los últimos años de la República, cuando las luchas políticas habían alcanzado en Roma su punto más álgido, se puso de moda un tipo de literatura pseudohistórica cuyo objeto consistía en justificar y relatar los hechos de los políticos. Sila escribió una autobiografía que se acerca más a un cuento de *Las mil y una noches* que a una obra histórica. Pompeyo encargó a un esclavo griego hacer el relato de sus hechos de armas, lo cual produjo un mamotreto tan preñado de absurdos como el de Sila. Sólo una obra cuyo objeto es el mismo de las

anteriores merece el calificativo de histórica, atestiguan-
do que fué escrita por mano genial: nada menos que por
Julio César. *Los Comentarios de la guerra de las Ga-
lias*, redactados en un estilo de sencillez y concisión
maravillosas, revelan bien a las claras que fueron con-
cebidos por un genuino hombre de acción que presenta
con extraordinaria habilidad la ilusión de un relato im-
parcial, en el cual no hay ninguna alabanza explícita
para su autor. Y digo explícita porque el relato es en
realidad una apología, aun cuando esto permanezca ocul-
to bajo una capa de aparente indiferencia.

SALUSTIO Y TITO LIVIO

Fué un partidario de Julio César, que ocupó im-
portantes cargos durante el mandato de éste, el primer
gran historiador romano: Cayo Salustio.

Una vez asesinado César, Salustio se retiró a la vi-
da privada y, viviendo de su cuantiosa fortuna, se dedicó
a escribir la historia de la agitada época precedente. El
punto de vista que adoptó para hacer sus relatos fué
casi el de un moralista. A través de toda su obra se
palpa su interés en mostrar que la causa de los males
de Roma hay que buscarla, no en la política ni en la
guerra, sino en las costumbres corrompidas que son la
antítesis de las de aquellos varones sobrios y rectos de
la época de Catón. Además de este propósito un tanto
desfigurador de la verdad, Salustio no tuvo noción de
las causas sociales, económicas, etc., que tan grande in-

fluencia ejercen sobre los cambios históricos. Este defecto que, no nos cansamos de repetirlo, es propio de todos los historiadores antiguos, se agudiza en él. Por otra parte, sus fechas son casi siempre inexactas y su geografía muy deficiente.

No obstante, se considera a Salustio como uno de los mejores historiadores romanos. Esto se debe, principalmente, a su ansia de objetividad y a que prefirió olvidar toda la tramoya de los retóricos para decir la verdad con claridad y mesura. De él se ha dicho con razón que continuó lo mejor que pudo la tradición de veracidad que habían establecido Tucídides y Polibio.

Un poco después de Salustio aparece Tito Livio, un culto aristócrata nacido en Padua (59 a. d. C - 17 d. d. C.) que había de escribir la historia de Roma desde la época mítica de Eneas hasta la suya propia.

Si Salustio había escrito sus obras inmediatamente después de la agitada época en que la República fué sustituida por el Imperio, Tito Livio redactó la suya cuando aquellos acontecimientos se iban perdiendo en la memoria de los mundanos y libertinos habitantes de Roma. A Tito Livio correspondió vivir la época de la *Pax romana*, cuando el astuto Augusto mantenía su gobierno dictatorial sin violencias de ninguna clase, cuando los otrora agitados ciudadanos de Roma soportaban el yugo a trueque de la paz, cansados ya de tanta guerra. Por eso, no fué Tito Livio un censor amargo de la sociedad de su tiempo como lo había sido Salustio, que había sentido con harta viveza los resultados de Roma corrompida. Si bien adoptó Tito Livio una posición moral, no se encuen-

tra en él la amargura punzante de Salustio, ni su interés de resentido en hacer notar todos los signos de descomposición. Se limita, por el contrario, a dejar que los hechos mismos hablen por sí solos, que la historia dé su lección sin necesidad de que el narrador intervenga para hacerlo notar.

La larguísima obra de Tito Livio lleva por título, *Desde la fundación de la ciudad* y sólo se conservan algunas porciones, pequeñas en relación con la amplitud del libro. En la primera parte de él se trata de los orígenes de Roma, dando la versión mítica, pero el mismo autor advierte que los relatos antiguos a este respecto no deben ser tenidos en mucha consideración, pues "se concede a la antigüedad esta venia de mezclar a las cosas humanas las divinas para hacer más augustos los orígenes de los pueblos". Después, se engolfa en el relato de la expansión romana, haciendo intervenir harto frecuentemente a los dioses que favorecen a los piadosos y valientes antiguos. Aquí se ve bien a las claras la actitud moral de Tito Livio, que concuerda con el intento de moralización hecho por Augusto durante todo su mandato. Los literatos que vivieron en la corte bajo la protección de éste, preconizaron la vuelta a la religión que, según ellos, tanto había favorecido a sus antepasados. Aunque Tito Livio vivió en la corte, conservó siempre su independendencia espiritual, pero no fué excepción en el sentido ético-religioso.

Sus obras revelan que había leído mucho y muy bien y que, como Polibio, fué viajero incansable; pero nunca

intervino en guerra alguna, es mal geógrafo y su cronología deja mucho que desear. Le gusta relatar los hechos heroicos que sirven de lección y ejemplo a sus contemporáneos, e incluye larguísimos y elaborados detalles en su relato. Su estilo muestra que no era ajeno a la educación retórica y, sin embargo, no concede a ésta que predomine en su trabajo, como Antipater.

La crítica de las fuentes no figura, desgraciadamente, entre las cualidades de Tito Livio. Se limita a narrar y toma de ellas lo que más conviene a su relato, sin preocuparse demasiado de la verdad.

TACITO, SUETONIO, AMIANO MARCELINO Y OTROS

Tácito (floreció hacia 54 d. d. C.) es más científico que Tito Livio. Se le ha comparado con Tucídides, pero no conserva como éste la serenidad fría e inmovible de un juez ante la historia. Se muestra romano cien por ciento y partidario de las libertades que los emperadores habían abolido. Por eso, no se puede afirmar hasta qué punto es parcial en muchas de sus afirmaciones. Por ejemplo, en el retrato que hace de Tiberio y que tantas polémicas ha suscitado en nuestros días.¹

Poco conocemos de la vida de Tácito, pues él mismo es muy reservado a este respecto y ninguno de sus contemporáneos se ocupó de biografiarlo. No obstante, sa-

¹ Cfr. Gregorio Marañón: *Tiberio*; Gaston Boissier: *La oposición bajo los Césares*.

bemos que ocupó cargos de importancia en la administración del Estado, que se hizo famoso como abogado y que casó con la hija de Agrícola, inmortalizando a éste en su famosa biografía.

Estuvo probablemente en la Galia, pues sólo así es posible que haya obtenido la información necesaria para su famosa obra *Germania*. Además fué procónsul en Asia. Sus obras más famosas son las *Historias* y los *Anales*.

La sociedad en que vivió Tácito estaba todavía más corrompida que la de la época de Tito Livio: las intrigas se sucedían sin tregua, el libertinaje se manifestaba en todos los aspectos de la vida y los abusos de los emperadores tenían al Senado amedrentado y sin poder alguno. Tácito, aun cuando aceptaba cargos y honores del poder imperial, era secreto partidario del Senado y esto se manifiesta en su obra. Por otra parte, incluye frecuentemente —más frecuentemente, en realidad, de lo que fuera deseable— en su relato muchas de las intrigas que como hemos dicho estaban a la orden del día. Esto se disculpa si se tiene en cuenta el ambiente de la época en la cual, tanto el historiador como el público que lo leía, tenían especial interés en esa clase de narraciones. El mismo Tácito se daba cuenta de que a base de este material su obra tenía que resultar cansada, y por ello hacía frecuentes referencias a sucesos que ocurrían fuera de la ciudad, en toda la gran extensión del imperio. Esto muestra claramente cuán limitado era su punto de vista. Como Tucídides, se constriñó a un tema pequeño dentro de la grandeza que tenía ante sí, pero que

su ceguera le impidió ver. Fué incapaz de adoptar un punto de vista amplio, como lo adoptó Polibio, desde el cual pudiera relatar la culminación de las conquistas romanas, prescindiendo de los asuntos de poca monta que tanto lo apasionaron. Este es el máximo borrón que dejó sobre su genio. Su mérito máximo es el de la magnificencia en la expresión, el dominio perfecto del artista que dispone las figuras y los hechos como un gran dramaturgo. En dicho aspecto no tiene rival, como no lo tiene tampoco en la maestría con que describe los caracteres de las figuras de su narración. Son retratos al natural, sin convencionalismos, que revelan el profundo conocimiento que tuvo Tácito de la naturaleza humana.

En lo que respecta al empleo y crítica de sus fuentes, lo encontramos tan ignorante como a Tito Livio. Es incapaz de hallar un criterio para averiguar de cuáles puede fiarse y de qué otras no. Además, muchas de las partes de su obra fueron escritas basándose en narraciones orales y no en pruebas escritas, lo cual aumenta las probabilidades de error. Por otra parte, su principal fuente fué Tito Livio y ya hemos visto que éste padece muy graves errores. No obstante, se considera a Tácito el más grande historiador de Roma. Las razones han sido ya señaladas y hay que unir a ellas el elevado concepto que tiene de la verdad histórica y su deseo de hallarla.

Suetonio Tranquilo (aproximadamente 75 - 160 d. d. C.) rivalizó con Plutarco en el arte de la biografía, que en su época ocupaba un primer plano entre los es-

tudios históricos. Escribió *Las vidas de los Césares*, que abarca las biografías de los emperadores que van desde Julio César a los Flavios. Los retratos que hace de ellos, son de lo más minucioso que imaginarse pueda: no oculta ningún detalle, por trivial que parezca, y expone tanto las buenas cualidades como los defectos, ya sean éstos físicos o morales. Ello revela bien a las claras la clase de hombre que era Suetonio: su pasión más grande fué —como la de Plinio el Viejo, Varrón, etc.— buscar detalles curiosos por todas partes, constituyendo así obras que, más que biografías, eran relatos de todos los hechos en que el biografiado había tenido alguna intervención.

Después de Suetonio la historia en Roma decae en una forma precipitada, del mismo modo que cayó el Imperio. Pero cuando las fronteras se veían presionadas por todas partes, un humilde soldado griego que las defendía al lado de los romanos escribió en latín la historia de aquellos años de agonía que habían de culminar con la invasión de los pueblos del norte. Amiano Marcelino (aproximadamente 330 - 400 d. d. C.) era un hombre de acción, que trató de suavizar las aristas de su relato todo lo que pudo, con el fin de que no resultara muy hiriente a los romanos, acostumbrados al virtuosismo de la palabra. Su latín es muchas veces forzado, pero, en cambio, es veraz como no lo había sido ningún romano hasta él. Tiene, además, el mérito de haber logrado, aun con su pobre educación, una empresa que hubiera sido difícil para el más hábil hombre de letras.

LA ERA CRISTIANA

CONSIDERACIONES GENERALES

Hacia el final de la era pagana la situación de los judíos era extremadamente desagradable. La única esperanza de redención que les quedaba era la anunciada venida del Mesías, y por esa época aparecieron numerosos profetas. Jesús fué uno de ellos, que logró pronto reunir algunos discípulos debido a su destacadísima personalidad. Predicó a su pueblo viajando por toda Palestina. Sin embargo, estudios recientes muestran que es improbable que él mismo se creyera el Mesías. Sus doctrinas le acarrearón pronto enemistades entre los poderosos, cuyo resultado es bien conocido. Sus adeptos continuaron predicando, pero el que más auge dió a la doctrina cristiana fué sin duda alguna San Pablo, quien, trabajando incansablemente, fué convirtiendo a numerosos gentiles.

En un principio, el mundo pagano no concedió importancia alguna a la nueva religión. Esta tenía éxito principalmente entre las clases más bajas de la sociedad, pero poco a poco, debido, entre otras cosas, a la desintegración del imperio romano, que produjo, naturalmente, una huída de la realidad, penetró en los salones aristocráticos de Roma y adquirió verdadera importancia. Entonces se produjo la interpretación alegórica de las escrituras que se estudia en el capítulo próximo y, poco después, el primer gran historiador cristiano: Eusebio.

El cristianismo como doctrina no estimuló nunca las ciencias. El "*Credo quia absurdum*" de Tertuliano no favorecía en lo absoluto el estudio científico, y conste que esto no se refiere sólo a la religión católica, sino también a las diferentes sectas protestantes.¹

Lo que principalmente desarrolló el cristianismo fué la interpretación de la historia, sobre la base de que ésta era la realización de los designios divinos. Ahora no es ya un continuo sucederse de esplendores y decadencias como lo había sido para los griegos, sino que tiene un sentido: la realización del reino de Dios. El más brillante ejemplo de interpretación cristiana del pasado es *La Ciudad de Dios* de San Agustín, pero el genio de éste, con todo su profundo sentimiento religioso, no ha creado historia; la ha interpretado, que no es lo mismo. Por otra parte, la influencia que ejerció sobre el joven religioso español Paulo Orosio, movió a éste a escribir una obra histórica cuya finalidad primordial no era la búsqueda de la verdad por la verdad misma, sino presentar los hechos como una corroboración de lo dicho por San Agustín.

El período de positiva oscuridad científica que siguió a la caída del imperio romano de occidente muestra lo poco que del espíritu antiguo, creador de la ciencia, heredó el mundo cristiano. Fué preciso que un nuevo pueblo —el Islam— hiciera su entrada tumultuosa en la historia trayendo consigo los productos de la cultura

¹ Para un estudio amplio del tema, véase *Historia del pensamiento social*, de H. E. Barnes y H. Becker.

pagana, más lo que él mismo añadió, para que Europa despertase de su éxtasis místico y volviese la mirada hacia su pasado.

LA INTERPRETACION ALEGORICA DE LOS TEXTOS SAGRADOS

Los cristianos se vieron obligados a situar dentro de la historia, y muy particularmente de la historia hebrea, a Cristo. Como los judíos se negaron a aceptar que Cristo fuese el Mesías tantas veces prometido, fué preciso para la nueva religión demostrar que las profecías del Antiguo Testamento se realizaban en él.

Por otra parte, una vez que el cristianismo alcanzó importancia tal que no podía ser ya ignorado por los paganos, que en un principio lo habían mirado con desprecio, surgió la necesidad de probar que la historia se realizaba conforme a los designios del Dios omnipotente.

El problema era difícil, e imposible de resolver, tomando como base la interpretación literal de los textos. Por eso se recurrió a la alegoría, de la cual había ya un antecedente en Philo de Alejandría, aunque es dudoso que éste haya ejercido influencia directa sobre los padres de la iglesia cristiana.

El maestro de la alegoría cristiana fué Orígenes, un griego que vivió en el siglo III en Alejandría. Su magnífica obra fué alabada por hombres tan ilustres como Eusebio y San Jerónimo.

El intento básico de Orígenes consistió en demostrar que las Escrituras no podían tomarse al pie de la letra, puesto que no estaban hechas con esta intención, sino que la divinidad las había inspirado como símbolos, formando en conjunto alegorías que debían ser interpretadas adecuadamente. Esto que hoy nos parece absurdo cae perfectamente dentro del marco cultural de la época de Orígenes, cuando la civilización antigua se desintegraba y los hombres necesitaban huir de la razón que los ataba a una realidad tan poco halagadora. Esto sólo se podía lograr por la religión, pero entonces surgió la necesidad de conciliar los resultados de ésta con los de la razón. He aquí el motivo, más imperioso de lo que a primera vista parece, de la alegoría.

Una de las obras más importantes de Orígenes es la titulada *Contra Celso*, escrita para refutar el ataque más inteligente de la antigüedad dirigido contra la Iglesia. Celso era un filósofo griego de agudísima inteligencia que, apoyándose en las Escrituras, acusó al cristianismo de religión oscurantista. La respuesta de Orígenes es una brillantísima apología de sus creencias, en la cual, sin embargo, hay pasajes débiles, como aquel en que trata de refutar la afirmación de Celso en el sentido de que el cristianismo era anticientífico.

Con esto dejamos atrás a la alegoría, para penetrar en una etapa más científica de la historia entre los cristianos.

EUSEBIO

El problema, ya señalado antes, de encuadrar el cristianismo en la historia de los judíos, produjo también la necesidad de crear una cronología cristiana que estuviera de acuerdo con la de la Biblia. Cuando los primeros cristianos se dispusieron a la tarea, había una obra que les sirvió de ayuda: el judío Justo de Tiberiades había escrito una crónica de los reyes judíos con el sistema de generaciones de la Biblia. La primera cronología cristiana fué elaborada por Julio Africano en el siglo III. Según él, el mundo duraría seis mil años y estaba dividido en eras simbolizadas por la creación. En realidad la obra era una alegoría, más amplia que la de Orígenes, pero alegoría al fin.

Eusebio de Cesárea (aprox. 260 - 339) fué el padre de la historia cristiana. En su juventud fué influenciado por Orígenes. Eusebio fué un gran erudito y, afortunadamente para él, hizo crítica de lo que otros habían aceptado. Vivió en la época en que Constantino elevó al cristianismo a la categoría de religión oficial y en el Concilio de Nicea se sentó a la derecha de él. Su fama se la ganaron la *Historia eclesiástica* y la *Crónica*.

La *Crónica* está dividida en dos partes: la *Cronografía* y los *Cánones Cronológicos*. La primera es un resumen de la historia universal, ordenado nación por nación. La segunda parte está compuesta por tablas cronológicas, dispuestas por columnas según los diferentes sistemas de medición del tiempo. La obra ejerció una

gran influencia y su segunda parte fué traducida por San Jerónimo.

La *Historia eclesiástica* es la verdadera obra histórica de Eusebio. Es de enorme mérito si se tiene en cuenta que fué escrita por un cristiano en una época en que la alegoría privaba como sucedáneo de la historia. Eusebio, aun siendo un apologista, logra liberarse en ocasiones de este espíritu acientífico y hace crítica efectiva de sus fuentes que, por otra parte, eran escasas y de mínimo valor histórico. Realizó la hazaña de expresar los textos teológicos para extraer unas gotas de historia. Hace frecuentes citas, incluyendo así sus fuentes en la narración. Eusebio es siempre cauteloso y cuando relata un hecho sobrenatural, procura no tomar la responsabilidad del aserto.

SAN AGUSTIN, SAN JERONIMO Y PAULO OROSIO

La Iglesia Cristiana había hecho que los ideales científicos de la Antigüedad fuesen decayendo gradualmente, para ser sustituidos por la fe. Correspondió a San Agustín y San Jerónimo, sobre todo al primero, cerrar definitivamente la puerta del mundo antiguo y mostrar a los hombres el camino que había de conducirlos al reino de Dios.

Tanto San Agustín, obispo de Hipona, como San Jerónimo, tuvieron una educación pagana. Fueron admiradores de los grandes artistas del mundo antiguo, pero

una vez convertidos al cristianismo, devinieron los más fervorosos defensores de la fe como medio para alcanzar la salvación.

La Ciudad de Dios de San Agustín es la obra que más influjo ejerció sobre la historia entre los cristianos. Fué escrita para combatir a quienes afirmaban que las invasiones de godos y vándalos, eran debidas al olvido en que se tenía a los antiguos dioses. La obra tiende a demostrar que en el mundo hay dos clases de conductas: una inspirada por Dios, que representa el bien y conduce a la salvación eterna; otra, que está guiada por el mal y no produce sino desgracias. San Agustín tomó como fuentes, los relatos que más se ajustaban al plan de su obra. El del resentido Salustio, que presentaba a la sociedad romana preñada de vicios, fué uno de ellos.

La Ciudad de Dios es una obra maestra por la fuerza convincente con que se hace el relato, por el enorme acopio de datos tomados en apoyo de lo que su autor quiere demostrar; pero no es una obra histórica, es filosofía de la historia. San Agustín no se preocupó de investigar los hechos tal como habían ocurrido. Su intento no era buscar la verdad por sí misma, sino su verdad, la verdad de la fe. Pero además, los hechos están ordenados aquí, no como corresponde a su continuidad en el tiempo, sino en la forma más adecuada para dar fuerza a la tesis cristiana.

Cuando San Agustín estaba escribiendo su *Ciudad de Dios*, vino a él un joven religioso español de aguda inteligencia y fe incommovible: se llamaba Paulo Orosio.

El obispo de Hipona lo envió a Palestina con mensajes para San Jerónimo y, a su vuelta, le encargó la redacción de una historia universal que sirviera de complemento a su propia obra. Orosio se puso a ello y en poco tiempo terminó el escrito cuyo título —*Siete libros de Historias contra los paganos*— muestra bien a las claras que el espíritu de la obra no tenía nada de común con el que había animado a Tucídides, Polibio, etc. Orosio escribió ya bajo una influencia medieval, que había de privar en Europa durante mucho tiempo.

San Jerónimo fué, como se ha dicho, pagano en su juventud. Convertido al cristianismo, pasó el resto de su vida en una oscura celda entregado al estudio y a la meditación. Se le considera como uno de los más grandes eruditos de la iglesia primitiva. Su traducción de la Biblia —la *Vulgata*— es la aceptada por la Iglesia Católica. Además escribió las biografías de ciento treinta escritores eclesiásticos. Tradujo, asimismo, la *Crónica* de Eusebio y fué, como San Agustín, un ardoroso defensor de la fe.

HISTORIADORES GRECO-BIZANTINOS

Si los capítulos anteriores llevaron por títulos nombres propios, no ocurre lo mismo con el presente ni con los que siguen. La antigüedad produjo historiadores que dan tema suficiente para llenar, no ya capítulos, sino libros enteros; pero ahora el historiador se empequeñe-

ce, no tiene ya importancia para llenar una página y menos en un libro tan breve como éste.

Cuando se desmembró el Imperio romano, la parte occidental de éste cayó pronto en poder de los bárbaros; pero la región del oriente perduró aún por siglos, si bien cambió su nombre por el de Bizancio.

Un abogado bizantino llamado Zosimo (floreció hacia 410) escribió una *Historia moderna* que abarcaba desde Augusto hasta su tiempo. Su interés historiográfico es escaso.

La biografía, que tanto auge había alcanzado en la época del declive de Roma, tuvo su representante en el Bizancio del siglo V, en Eunapio de Sardi, que escribió las biografías de una larga serie de filósofos.

En el siglo posterior, un historiador inteligente, buscador de la verdad, y de estilo vivo y realista, Procopio, escribió una obra sobre las guerras de Bizancio. Asimismo dejó interesantes narraciones acerca de la época bizantina, que si bien carecen de una continuidad histórica, ganan en fuerza de impresión y colorido por estar escritas en forma de anécdotas.

Otros dos historiadores, Agatia y Meandro de Constantinopla, también del siglo VI, continuaron la obra de Procopio.

Después de una larga decadencia de dos siglos, los estudios históricos renacen en Bizancio, y en el siglo IX surgen historiadores como Nicéforo Logotheta, autor de un compendio de historia universal, Nicéforo Constantino el joven, y Jorge Sincello, que redactaron sendas cronologías.

En el siglo X vivió el emperador Constantino Porfirógénito, quien además de realizar él mismo estudios históricos los impulsó considerablemente.

Sería cansado seguir enumerando nombres de autores que carecen en realidad de interés. Su único mérito es el de haber conservado datos para el moderno historiador, pero ninguno de ellos compuso una obra de valor duradero.

SEGUNDA PARTE

LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA

CONSIDERACIONES GENERALES

Hemos llegado a la parte más tediosa de nuestro estudio. La Edad Media no produjo grandes historiadores, sino analistas cuyo interés consiste en que sus obras sirvan al historiador moderno como fuentes, bien incompletas por cierto, sobre las cuales es preciso ejercer todo el poder depurador de la crítica con el fin de obtener algo de verdad, un "algo" generalmente muy reducido.

La decadencia de los estudios históricos en la Edad Media se debió a varias causas, que analizaremos someramente:

a) Los textos de los historiadores antiguos se habían perdido, en parte, para el occidente europeo, y, por lo tanto, el historiador carecía de modelos. La historia, pues, tuvo que volver a nacer, por decirlo así, y, lógicamente, lo hizo en su forma más humilde: el anal.

b) El régimen feudal bajo el cual Europa estaba dividida en innumerables heredades o feudos, no favorecía en absoluto todo intento de escribir una historia de amplitud universal. Por ello, el narrador hubo de limitarse a relatar hechos particulares —vidas de santos, etc.— que no podían tener la importancia de las grandes historias antiguas.

c) La Iglesia, que, con su extraordinario poder, era el único elemento unificador en aquel régimen de división extrema, preconizaba, desde San Agustín, la fe como cualidad primera entre las humanas. Esto fué causa de que las ciencias quedaran desplazadas, y de que el elemento sobrenatural entrara en las historias a raudales.

Sólo muy avanzada la Edad Media, cuando los filósofos y científicos árabes pusieron en peligro la fe católica con sus obras, Europa empezó a razonar y volvió sobre sus pasos hasta recuperar, en el Renacimiento, el espíritu que había animado a la cultura pagana.

VIDAS DE SANTOS, CRONICAS Y CANTARES DE GESTA

Las vidas de santos proporcionaron material inagotable para los religiosos del medievo. Estas obras no pueden considerarse como biografías en un sentido estricto, pues en ellas se relatan toda clase de milagros que entran al por mayor, y el narrador habla siempre en un tono admirativo de los esfuerzos que el santo hace por librarse de las maldades del Diablo.

El valor que esta clase de obras tienen en la actualidad es, sin embargo, bastante grande para el erudito, porque describen costumbres de la época. No obstante, sólo el estudioso de la Edad Media se toma el trabajo y soporta el tedio de leer esos relatos tan iguales unos a otros que parecen haber sido hechos en serie con el sólo

cambio de los nombres. Por eso, fieles a nuestro propósito de escribir una obra elemental, no cansaremos al lector con la relación interminable de las obras de este tipo. Nos limitaremos a citar algunas de ellas.

Entre las vidas de santos más antiguas se encuentran la de San Germán, escrita por el obispo Constantino; la de San Ambrosio, redactada por el cura Paulino; la de San Mauro, por un monje llamado Fausto, etc.

*

* *

En las crónicas e historias de la Edad Media, predomina también el tema religioso sobre todos los demás. Así, en la obra del famoso Gregorio de Tours (538 - 593) *Crónica del reino de los francos* en diez libros, el primero de los cuales es un epítome de la historia universal desde Adán hasta San Martín de Tours (397). Los siguientes se ocupan propiamente de los francos, terminando la obra en 591. Gregorio de Tours consigna en su relato una gran cantidad de datos que merecen el calificativo de verdaderos, pero en cambio, incluye candorosamente una larga serie de relatos fabulosos que, por lo demás, son propios de la época.

Merece también especial mención el eminente erudito español San Isidoro de Sevilla (560 - 636), autor de una obra enciclopédica, en la que se recogía todo el saber de su tiempo, titulada *Etimologías* u *Orígenes*, amén de una crónica que parte del origen del mundo y llega casi hasta su propia época, una historia del origen de los

godos y una obra titulada *Del nacimiento y de la muerte de los padres que son alabados en la escritura*, entre otras. San Isidoro poseyó, además de su vasta erudición, un espíritu científico que contrasta vivamente con la barbarie de su época. Es una verdadera laguna situada en la que, con justicia, se ha llamado "Edad Tenebrosa".

La Edad Media siguió su curso y a través de ella se escribieron numerosas crónicas. Pocas de ellas, sin embargo, merecen ser citadas.

Juan, Mateo y Felipe Villani, notables historiadores del siglo XIV, redactaron una *Crónica* en lengua italiana que, aunque padecía los defectos inherentes a la época, estaba escrita con estilo menos recargado que otras del mismo tiempo.

Otra obra de indudable interés es la crónica de Geoffroy de Villehardouin que abarca la cuarta cruzada y la toma de Constantinopla en 1204. Villehardouin, que había tomado parte en la cruzada, relató ésta con realismo y veracidad.

Juan de Joinville (1224 - 1319) escribió unas *Memoorias* con estilo ágil, en las cuales relató la cruzada dirigida por San Luis, en la cual tomó parte.

Juan de Froissart (aprox. 1337 - 1410) es autor de una crónica en la que narró con gran colorido los acontecimientos de 1326 a 1400. Tiene el mérito de ser una estampa vívida de la época.

La *Crónica general de España* redactada en la corte de Alfonso el Sabio (1221 - 1284) es una de las más brillantes de la Edad Media. Escrita, según parece, por

orden del rey Alfonso X de Castilla, apodado el Sabio debido al auge que dió a las ciencias y a las letras reuniendo en su corte a una brillante pléyade de eruditos, abarca desde la creación del mundo hasta el año 1252, en que murió el rey santo, Fernando de Castilla, padre de Alfonso. Sus fuentes principales son Lucas de Tuy, mejor conocido por el Tudense, y Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, llamado el Toledano. Además, recoge abundante material de los Cantares de Gesta.¹

El poeta español Pedro López de Ayala (1332 - 1407), escribió una historia que va desde el reinado de Pedro el Cruel hasta el de Enrique III. Conocedor de Tito Livio, a quien tradujo, nuestro autor inserta, a la manera de aquél, discursos en la narración. La obra pasa de la calidad de crónica para alcanzar la de historia y es una brillante anticipación al Renacimiento.

*
* *
*

Los cantares de gesta, de raíz netamente popular, relatan en lengua vulgar hazañas de héroes que generalmente tienen una raíz histórica. Así, la *Chanson de Roland* y el *Cantar de Mio Cid* que, aun cuando exageran fabulosamente las hazañas heroicas de sus personajes, parten de una base cierta.

¹ Ramón Menéndez Pidal: *La Crónica general de España que mandó componer Alfonso el Sabio.*

Estos poemas, transmitidos oralmente de generación en generación, fueron fuentes para obras históricas como la *Crónica general de España* y otras muchas. El mérito principal de los cantares de gesta es el narrar las costumbres y los ideales de la época en un estilo llano, bello en su rudeza, que nos ahorra el trabajo de leer algunas crónicas pesadísimas en su estilo y que no llevan mucha ventaja en lo que respecta a veracidad.

HISTORIOGRAFIA ARABE

Los árabes fueron los continuadores de la tradición cultural del mundo antiguo. Recogieron y tradujeron a su propio idioma las obras de los más grandes sabios paganos; enriquecieron las ciencias, sobre todo la física y la química, con interesantísimas aportaciones. Los filósofos del Islam pusieron en jaque a la teología cristiana. Llevaron, en fin, a Europa, junto con un ambiente de polémica religiosa, lo necesario para reconstruir la civilización occidental.

Entre los historiadores musulmanes hubo, como en todas partes, mucho malo y poco bueno. El espíritu de los árabes, como el de todos los pueblos nómadas, con el desierto por compañero inseparable, era propicio para aceptar las historias fabulosas, sobre todo si éstas se referían a épocas que el tiempo había borrado ya de las mentes de los hombres. Así, es frecuente encontrar en la nómina de los historiadores musulmanes nombres cuya importancia estriba sólo en la utilidad que sus obras

pueden tener para el especialista. Por eso trataremos sólo de aquellos que tienen una importancia universal y que son verdaderos jalones necesarios al que desee conocer, siquiera someramente, la historiografía mundial.

Al-Baladuri (murió en 892) es el más notable de los primitivos historiadores árabes. Su principal mérito es haber tenido una idea de la continuidad histórica, de la que carecían sus compañeros. Sus obras adolecen a menudo de deficiencias en la información que no podrían ser perdonadas a un historiador más moderno, pero visto a la luz de su propia época resulta indudable que Baladuri es un narrador excepcional.

Ibn-al-Atir (murió en 1233) es otro de los principales historiadores árabes. Escribió unos importantes anales sobre historia universal, concentrando su atención, especialmente, en los hechos de los musulmanes.

La obra comienza —después de una breve introducción acerca de la historia— con un relato sumario de los hechos de los antiguos y la aparición del cristianismo. A continuación narra la vida de Mahoma y el resto de la obra está constituido por una serie de capítulos en los que se relatan los hechos más importantes de cada año. No obstante, Ibn-al-Atir no sigue en forma rigurosa esta forma de anal: cuando el relato lo requiere se refiere ampliamente a la conexión causal de los hechos.

La información del Ibn-al-Atir es frecuentemente incompleta y hasta fabulosa, pero es preciso tener en cuenta que los historiadores precedentes no tenían, en su mayoría, el espíritu científico suficiente para legar obras de verdadera autoridad.

Hay, además de los citados, otros muchos historiadores que no pasan de la calidad de aceptables y que son completamente eclipsados por la figura más importante de la historiografía árabe. Ebn-Khaldun, Ibn-Haldun o Abenjaldún, que de las tres maneras se le conoce, es el más genial de los historiadores del medievo y, podría decirse, de la época que va de la antigüedad al siglo XVIII. Nacido en 1332 y muerto en 1406 llevó una vida tan activa como diplomático, hombre de Estado y viajero incansable, que apenas resulta creíble su inmensa erudición y la labor creadora que desarrolló como historiador, pensador social, geógrafo, etc.

Abenjaldún no aportó nada nuevo en lo que se refiere a investigación de hechos particulares, pues no fué un talento minucioso dedicado a la tediosa labor de confrontar y criticar sus fuentes para hallar la verdad individual. Por el contrario, su espíritu, más filosófico que científico, le empujó por otro camino: el de la filosofía de la historia, descubriendo leyes generales que honrarían a cualquier sociólogo moderno.

En su obra *Prolegómenos a la Historia*, Abenjaldún pone los fundamentos para una crítica efectiva de fuentes, y aunque él mismo no la practicó, el solo mérito de haber tenido la penetración genial que fué necesaria para crear tan magnífica teoría, lo pone a una gran altura.

Explica en los *Prolegómenos* que, para hacer una crítica eficaz, es preciso tener en cuenta que los hechos históricos no se producen por generación espontánea, sino que son manifestaciones de determinados procesos sociales que es preciso conocer para dar a la historia

su verdadero sentido. Señala la influencia del medio geográfico sobre la sociedad humana; pero quizá lo más importante de su obra es la teoría de los ciclos históricos: según él, los pueblos nómadas, aguerridos por la vida dura y difícil, conquistan los territorios de los pueblos sedentarios reacios a la guerra, debido a la comodidad de su vida. Los conquistadores nómadas, convertidos en señores del país sojuzgado, se aficionan pronto a la molicie y cuando sus hábitos guerreros se han perdido y sus costumbres están corrompidas son dominados, a su vez, por otros pueblos trashumantes con los cuales se repite el ciclo.

Tal es, en resumen, lo más importante del pensamiento de Abenjaldún, el auténtico sucesor de Polibio. Con él dejamos atrás a los árabes, para ocuparnos de la historia en la Europa moderna.

TERCERA PARTE

LOS COMIENZOS DE LA
HISTORIOGRAFIA MODERNA

EL HUMANISMO Y LA HISTORIA

El Renacimiento, como su nombre lo indica, es la época en que la cultura antigua fué resucitada y se abandonaron los ideales ascéticos del medievo. La base de la cultura medieval, que era el sentimiento religioso, cayó cuando los humanistas se dedicaron al estudio de los frutos de la civilización pagana. Ante los ojos del renacentista surgieron, magníficas en su plenitud vital, las esculturas, obras dramáticas, científicas, históricas, etc.; y el ascetismo, que no podía prometer para la vida terrena sino sufrimientos, fué desplazado y sustituido por una sed insaciable de vivir, de recuperar el espíritu de los antiguos que había logrado crear tanta belleza.

Entre los primeros en quienes germinó el espíritu del humanismo se encuentran dos figuras señeras: los famosos literatos italianos Petrarca (1304-1374) y Boccaccio (1313-1375). Aunque ninguno de los dos fué historiador, ambos contribuyeron a fomentar los estudios históricos, pues la inmensa labor de investigación que realizaron en su afán de hallar todo lo que del genio antiguo se conservara, les permitió coleccionar preciosos documentos para la historia. Por otra parte, su ejemplo instigó a otros a seguir el camino de la búsqueda de la verdad abandonando, en lo que la época permitía,

la costumbre de aceptar como bueno todo aquello que era tradicional.

Los más notables historiadores humanistas fueron Leonardo Bruni, Flavio Biondo y Lorenzo Valla.

Leonardo Bruni (1369-1444), conocido también como "el Aretino", debido a que su lugar de nacimiento fué Arezzo, es el iniciador de los estudios históricos dentro de la corriente del humanismo. Su obra, que abandona francamente el estilo de crónica medieval, se halla inspirada, por lo que respecta a su estructura, en los modelos antiguos. Su escrito en doce libros *Historia de Florencia* está recargada de discursos, lo cual hace recordar a Tucídides, Tito Livio y otros historiadores clásicos. Bruni ejerció una gran influencia sobre sus sucesores que, como él, bebieron en las fuentes de la historia pagana, principalmente en Tito Livio.

A Flavio Biondo (1388-1463) corresponde la gloria de haber iniciado los estudios arqueológicos. Su gran erudición en esta materia —casi increíble para la época en que vivió— le permitió escribir magníficas obras que, aun cuando no tardaron en ser superadas, tienen el mérito enorme de la prioridad, pues nadie hasta él había realizado estudios sobre arqueología.

Compuso numerosos escritos, entre ellos la *Roma instaurata*, que contiene gran parte de sus investigaciones arqueológicas sobre Roma, un diccionario histórico y geográfico que abarcaba casi toda Italia, una historia de la Edad Media, etc.

Lorenzo Valla (1407-1457) se destaca nítidamente entre todos sus compañeros por su aguda crítica, que no

se detuvo sino ante aquello que los escasos conocimientos históricos de la época le impidieron superar.

Fué secretario de Alfonso V de Aragón, rey de Nápoles, y durante su vida no se cansó de “deshacer entuertos” históricos demostrando la falsedad de muchas afirmaciones tradicionales. Su más famosa crítica fué aquella con que dió un tremendo golpe a las aspiraciones territoriales del papado, al llegar a la conclusión de que era falso que Constantino, el famoso emperador romano, hubiera donado a los papas Roma, Italia y otros territorios. En esta supuesta concesión basaba la Iglesia su derecho de dominio sobre los susodichos Estados y la crítica de Valla echó por tierra las pretensiones papales.

Nuestro autor realizó también otras labores de importancia, como la crítica de la *Vulgata*. Su ejemplo de disconformidad con la tradición es perenne para los buenos historiadores.

MAQUIAVELO Y GUICCIARDINI

El más grande historiador del Renacimiento es Nicolás Maquiavelo (1469-1527), el famoso político y diplomático florentino. Hijo de una familia burguesa —su padre era abogado—, recibió una auténtica educación humanística: desde muy joven aprendió el griego y el latín y más tarde fué guiado en los estudios clásicos

por el eminente profesor de literatura grecolatina Marcello Virgilio Adriani.

A los veinticinco años empezó a intervenir en los asuntos públicos y poco más tarde, en 1498, se le dió el cargo de Canciller a pesar de ser éste solicitado por hombres eminentes y de larga experiencia. Durante su vida ocupó Maquiavelo numerosos cargos públicos, distinguiéndose siempre por su extraordinaria agudeza y por la habilidad con que resolvía todos los asuntos que se le encomendaban. Baste decir, para demostrarlo, que llegó a resolver problemas de orden militar siendo como era hombre tan alejado del oficio de las armas. Sus experiencias como político y diplomático están recogidas en la famosa obra *El Príncipe* y en la casi olvidada, pero no menos buena que la anterior, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

La obra de Maquiavelo se caracteriza por el empeño que su autor tiene en propugnar la unidad italiana. La península, dividida en gran número de Estados independientes, era campo de batalla de Europa. Fernando el Católico y Luis XII luchaban a brazo partido por obtener Nápoles, hasta que al fin el *Gran Capitán* Gonzalo de Córdoba derrotó a los franceses y Nápoles pasó a ser posesión española. Por todas partes había luchas sin tregua y las costumbres eran de lo más corrompido que imaginarse pueda. Por eso Maquiavelo luchó siempre para lograr la unidad de Italia y convertir al país en un Estado fuerte que pudiera oponerse a otras naciones poderosas que se habían ya unificado, como España y Francia. Por otra parte, el espectáculo de un pueblo

donde la traición y la alevosía eran cosas corrientes creó en Maquiavelo un enorme pesimismo que le hizo ser siempre desconfiado y considerar al hombre como la peor de las alimañas. Se concluye pues, que las recetas dadas por Maquiavelo en *El Príncipe* para gobernar autocráticamente un Estado y la nula importancia que concede a la personalidad humana, no son el producto de un hombre sin escrúpulos sino las consecuencias que un profundo observador de la realidad sacó de su propia época.

La principal obra histórica de Maquiavelo es la *Historia de Florencia*, que abarca desde la destrucción del Imperio Romano de Occidente hasta la muerte de Lorenzo de Médicis. Está concebida desde un punto de vista político, según el cual se mira al hombre como un ente al servicio del Estado y se le juzga bueno o malo, según que los resultados de su función sean positivos o negativos. Además, Maquiavelo considera a la historia como una lección política.

En lo que respecta al empleo de sus fuentes y a la crítica, no podemos decir que se haya distinguido: se limita a aceptar como bueno lo que encuentra en ellas, debido quizá a que su principal empresa no fué hallar la verdad sino presentar en el campo de la historia una confirmación de sus ideas político-sociales.

La obra está escrita en un estilo elegante y vivo que la hace amena y consagra a Maquiavelo como uno de los más eminentes escritores del Renacimiento italiano.

Francisco Guicciardini (1483-1540) fué, como Maquiavelo, un eminente político que ocupó cargos de alta responsabilidad, como el de embajador ante Fernando el

Católico, etc. Florentino como Maquiavelo, fué en cambio de objetivos muy distintos a los de éste. No preconizó como él la unidad italiana a toda costa; por el contrario, los actos de su vida estuvieron al servicio de un gran egoísmo personal y él mismo dice en sus *Recuerdos autobiográficos*, con una sinceridad rayana en el cinismo, que se casó con una mujer de familia rica y poderosa, no por amor, sino por las ventajas que el matrimonio pudiera traerle.

A los veintisiete años escribió una *Historia de Florencia*, que continuaba en cierto modo la de Maquiavelo, redactada con gran claridad y elegancia. Explica las intrigas políticas y otros hechos históricos como un resultado de ambiciones y pasiones individuales y esto le hace perder en ocasiones la continuidad del relato. Al contrario de Maquiavelo, no trata de buscar sentido a la historia sino que se apega estrictamente a la realidad. Su prodigioso conocimiento de la naturaleza humana le permitió presentar el cuadro de su época con un realismo maravilloso, narrado en un estilo lleno de vivacidad y colorido, sin preciosismos, que hace de Guicciardini uno de los más felices narradores de la historia.

La obra maestra de nuestro autor es la *Historia de Italia*. Escrita en los últimos años de su vida, recoge en sus páginas toda la vasta experiencia del hombre de Estado, y aunque no tiene la vivacidad de la *Historia de Florencia*, posee, en cambio, la ventaja de un sentido histórico más firme y seguro. La *Historia de Italia* se acerca mucho a la manera clásica por su concepción. Como Tucídides y otros historiadores antiguos, Guicciar-

dini incluye largos discursos en la narración, que la hacen lenta y hasta tediosa.

Por lo que respecta a la veracidad de su obra las opiniones se dividen: Ranke lo atacó mucho, pero después modificó el concepto desfavorable que había tenido de él. El eminente erudito italiano Pascual Villari, por el contrario, lo considera como un historiador honrado y veraz a carta cabal. De lo que no hay duda es de que Guicciardini no estuvo nunca predispuesto a considerar la historia desde un punto de vista filosófico sino que trabajó sobre casos particulares tratando de establecer la verdad en lo concreto sin intentar asentar leyes generales.

Para terminar, haremos notar que Guicciardini consideró a la historia desde un punto de vista político, es decir, no le interesa lo que se refiere a historia literaria, filosófica o artística, sino que su atención se proyecta casi exclusivamente sobre los hechos políticos. Esta forma de considerar la historia, que también es propia de Maquiavelo, ha ejercido una gran influencia sobre historiadores posteriores y aun en nuestra época hay algunos que siguen tal concepción.

EL RESURGIMIENTO DE LA HISTORIA

Tras el advenimiento del humanismo, de que hemos hablado en un capítulo anterior, se produjeron dos formas características, directamente desprendidas de él, de

concebir la historia: la primera, tipificada por Maquiavelo y Guicciardini, ha sido estudiada ya; la segunda, cuyo primitivo representante fuera Valla, se concentra sobre la crítica historiográfica, prolongándose con brillantes figuras durante los siglos XVI, XVII y XVIII, para desembocar en el océano magnífico de los Niebuhr y de los Ranke.

La historia se enriqueció en el transcurso de estos tres siglos casi tanto como en el tiempo que va de Herodoto a Amiano Marcelino, y ello por razones muy complejas, de las cuales señalaremos algunas.

En primer lugar, la circunstancia, ya señalada, de la secularización producida por el Renacimiento que dió como resultado la liberación del entendimiento humano de las ideas medievales, que lo ataban, por decirlo así, a lo sobrenatural. Esta secularización se manifestó en la tendencia creciente a encontrarle al mundo una explicación racio-natural.¹ Dios no intervenía ya en la vida humana y la naturaleza, y los hombres permanecieron en la realidad.

La Reforma produjo un movimiento regresivo. La teología volvió a ocupar el primer plano tanto entre católicos como entre protestantes; pero al mismo tiempo, la historia entró en la contienda y se vió favorecida por los trabajos de los *centuriadores*, Baronio, etc.

¹ Quizá el ejemplo más claro de esto se encuentra en la obra de Galileo y Newton.

Tras este intervalo, la secularización continuó su avance a grandes pasos y hubo incluso quienes se atrevieron a criticar las Escrituras, como Spinoza.

Por otra parte, los estudios sobre el método histórico que hemos visto desarrollar en Abenjalidún, crecen con Bodino, Vico y Bayle,¹ hasta llegar a Turgot, Montesquieu, etc., que lo presentan mucho más perfeccionado. En este aspecto el camino recorrido es tan grande, que la historia se aleja ya mucho de la concepción antigua, y aunque la labor de Bodino, Vico, etc. no fué aprovechada inmediatamente por los historiadores propiamente dichos —aun hoy muchos la olvidan—, contribuyó a desterrar ideas unilaterales y a dar a la historia un sentido más amplio que llegó a ponerla en primer plano durante los siglos XIX y XX.

SIGLOS XVI Y XVII

EXPOSITORES DEL METODO

El publicista francés Juan Bodino (1530-1596) contribuyó grandemente al progreso de los estudios históricos con sus obras *El método para comprender fácilmente la historia* y los *Seis libros de la República*. Aun-

¹ Aun cuando Bayle es conocido como excelente crítico, su verdadera gran hazaña, como señala Cassirer, corresponde al campo metodológico.

que no fué historiador, sus reflexiones sobre la sociedad son de gran importancia, pues representan una etapa más avanzada en la comprensión de los hechos históricos.

Muchas de las teorías de Bodino tienen gran semejanza con las de Abenjaldún y, aunque es dudoso que haya leído obras de éste, no resulta imposible, pues la madre de Bodino era judía española refugiada en Francia cuando la persecución de los reyes católicos, y sabido es que los judíos españoles realizaron una amplia labor como traductores de obras árabes, entre las cuales no es difícil que estuvieran las de Abenjaldún. En todo caso, es evidente que en muchos puntos coincide con el musulmán. Así, la teoría de la formación del Estado que Abenjaldún atribuye, como se recordará, a la conquista de los pueblos agricultores por otros nómadas. Bodino no hace esta distinción entre conquistados y conquistadores, pero dice bien claro: "...y después que la fuerza, la violencia, la avaricia y la venganza hubieron armado a unos contra otros, los resultados de las guerras y los combates, al dar la victoria a los unos, hacían a los otros esclavos".¹ Además rechaza las teorías corrientes en los autores antiguos, como Séneca, por ejemplo, de una edad de oro en que los hombres vivían en completa libertad.

¹ *Los seis libros de la República*, citado por H. E. Barnes y H. Becker en *Historia del pensamiento social*.

Bodino hace también suya la hipótesis de los ciclos históricos que ya había enunciado Abenjalidún y señala dos formas de la evolución histórica: la alteración (evolución lenta) y el cambio (evolución rápida), rechazando por imposibles las teorías que tienden a inmovilizar la sociedad, como la de Platón.¹

Bodino está considerado como uno de los precursores de la antropogeografía, debido a que hizo hincapié en la influencia que los factores geográficos ejercen sobre la sociedad, haciendo notar, entre otras cosas, que los pueblos que viven en regiones ricas se inclinan a la mollicie, mientras que aquellos cuyo país es árido e inhóspito son industriosos y aptos para toda clase de privaciones. Por otra parte, señaló que las grandes ciudades están más sujetas a cambio que las regiones rurales. Asimismo elaboró toda una teoría de la influencia climática, teoría descabellada en muchos puntos; pero no se le puede culpar de fantástico, si se tiene en cuenta que tal clase de estudios eran casi desconocidos en su época; muy al contrario, Bodino es considerado como uno de los más grandes expositores sistemáticos del método histórico.

✓ Jacobo Benigno Bossuet (1627-1704) fué un eminente teólogo francés que alcanzó los obispados de Condom y Meaux, así como el encargo de educar al Delfín de Francia. Destinada a éste, escribió una pequeña obra

¹ Cfr. *La República*.

de filosofía de la historia titulada *Discurso sobre la Historia Universal*, en la cual afirma que la historia debe ser estudiada filosóficamente, aunque más justo hubiera sido en sus labios decir que la historia debe estudiarse teológicamente, pues Bossuet tomó a la historia para demostrar que los designios de Dios se realizaban en ella. Por eso toma como principal autoridad la tradición aceptada por la Iglesia, lo cual hace de él un historiador poco veraz.

Se ha dicho que Bossuet es un precursor de Voltaire en el modo de concebir la historia. Esto es cierto en el sentido señalado por Cassirer: "Así como Bossuet vió su ideal teológico en la historia, Voltaire ve su ideal filosófico; y así como aquél mide con el patrón de la Biblia, éste aplica con desembarazo su patrón racional al pretérito".¹

Bossuet escribió también una *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, obra tendenciosa que constituye una vigorosa invectiva contra el protestantismo.

Pedro Bayle (1647-1706) fué uno de los más grandes eruditos del siglo XVII. Compuso un *Diccionario histórico y crítico*, modelo de erudición vasta e incansable que no se detiene ante el más nimio hecho sino que los trata todos sin excepción. Observa los fenómenos que

¹ Cfr. Ernst Cassirer: *Filosofía de la Ilustración*, p. 213.

aparentemente son carentes de importancia y los desmenuza —en la auténtica acepción de la palabra—, buscando en ellos y separando con perfecta claridad lo verdadero, lo falso, lo probable. Esto hace que los hechos históricos se le presenten inconexos, sin relación entre sí, lo cual le impide abarcar el campo de la historia en su totalidad. La misma disposición de su obra —forma de diccionario, sin continuidad alguna— demuestra lo dicho. El mismo Bayle no sólo se da cuenta de ello, sino que lo hace con intención, pues sus convicciones filosóficas le impulsan a buscar la verdad de hecho, por pequeña que ésta sea.

Pero la gran hazaña de Bayle se encuentra, más que en su erudición, en la crítica eficacísima del método histórico. Veamos lo que al respecto dice Cassirer: “Si queremos darnos cuenta de la meta a que se dirige la historiografía de Bayle tendremos que comparar su trabajo con el último gran intento de una concepción y construcción de la historia puramente teológicas, tal como las ofreció Bossuet en su *Discours sur l'histoire universelle*. Tenemos aquí un plan de conjunto de la historia, sublime en su género, una interpretación religiosa universal de su sentido. Pero este atrevido edificio descansa sobre débiles cimientos si consideramos las bases empíricas, los puros hechos en que se apoya. Porque la verdad de estos hechos se asegura mediante un círculo vicioso. Toda la autoridad de los hechos, de lo efectivamente histórico, se funda, para Bossuet, en la autoridad literal de la Biblia; pero esta misma tiene

que montarla sobre la autoridad de la Iglesia y, con ella, de la tradición. De este modo, se convierte la tradición en el fundamento de toda certeza histórica, pero no es posible fundar ni demostrar su propio contenido y valor más que mediante testimonios históricos. Bayle es el primer pensador moderno que pone al descubierto, con un rigor crítico implacable, este círculo vicioso y que llama la atención constantemente sobre sus fatales consecuencias. En este aspecto su hazaña histórica apenas es menor que la de Galileo dentro del conocimiento natural".¹

✓ Juan Bautista Vico (1668-1744) contribuyó grandemente a la perfección de los estudios históricos con su *Ciencia Nueva*, en la cual presentó la primera filosofía de la historia. Pero no es en este aspecto filosófico en el que consideraremos a Vico; nuestro interés se concentrará principalmente sobre la labor realizada por el eminente italiano en el sentido de lograr una concepción de la historia más perfecta que las anteriores a él, favoreciendo así el desarrollo de la ciencia histórica.

Vico elaboró una teoría antropomórfica de la historia, según la cual la humanidad había pasado por tres edades comparables a las etapas de la evolución del individuo. Estas edades son la divina, la heroica y la humana.

¹ Ernst Cassirer: *Filosofía de la Ilustración*, pp. 199, 200.

En la primera el hombre, a quien asustaban los fenómenos naturales, creó los mitos. En esta época se originó la familia y el lenguaje y los principios de la civilización. El rasgo predominante era el religioso. El gobierno era patriarcal.

La edad heroica es esencialmente aristocrática. Los patriarcas habían conquistado a otros hombres de posición inferior a la de ellos¹ y surgió la lucha de clases. Durante este período se perfila la tendencia hacia una igualdad democrática.

Por último viene la edad humana, en la cual hay una igualdad política de todos los hombres, se extinguen los mitos, aparece la escritura alfabética y la razón, que es lo dominante, gana terreno a la religión.

Pero la edad humana cae también por la corrupción de las costumbres, las diferencias económicas, etc., y entonces, o bien surge entre la misma sociedad un hombre capaz de volverla al buen camino, o este pueblo es conquistado por otro más apto para gobernar. Vico pone como ejemplo de esto la caída del Imperio Romano que dió origen a una época de oscurantismo (edad divina), para dar paso luego al feudalismo (edad heroica), el cual devino en los tiempos modernos (edad humana).

El hecho de que Vico admita que hay una reversibilidad en la historia, no quiere decir que niegue el progreso de la humanidad. Por el contrario, como señala Croce, admite que la edad divina a que dió origen el des-

¹ Compárese esta parte de la teoría de Vico con lo dicho al respecto por Abenjaldún y Bodino.

censo de Roma es más perfecta que la antigua, que produjo en los comienzos de la humanidad.

De toda la teoría de Vico, que hemos expuesto anteriormente, hay una parte que tiene especial interés: la concepción de que todos los factores humanos o relacionados con el hombre tienen influencia en los cambios históricos. Contra la forma unilateral que tenían Maquiavelo, Guicciardini, Tucídides, etc., de concebir la historia,¹ Vico opone una tesis más justa que, sin embargo muchos historiadores, algunos de ellos contemporáneos han olvidado: la de que los cambios históricos son el resultado de la acción de *todos* los factores humanos.

SIGLOS XVI Y XVII

LOS ERUDITOS

La historiografía erudita que se desprendió del humanismo está representada en España por la figura egregia de Jerónimo de Zurita y Castro, nacido en Zaragoza el año de 1512 y muerto en 1580.

Realizó sus estudios en la Universidad de Alcalá y en 1530 fué nombrado por Carlos V, a quien asombró su extraordinario talento, gentilhombre de cámara. Ocupó después varios cargos, entre ellos el de secretario de

¹ Se recordará que estos autores consideraban ante todo el factor político.

la Inquisición, hasta que las cortes de Aragón aprobaron por unanimidad su nombramiento de historiador oficial en ese reino.

Como Polibio, Zurita recorrió los lugares cuya geografía necesitaba conocer para narrar bien los hechos allí acaecidos.

Felipe II le encargó recopilar todos los documentos secretos que fueron el origen del famoso archivo de *Simancas*. Pero la obra que más fama dió a Zurita es la titulada *Anales de la corona de Aragón*, en cuya redacción —tan cuidadoso era— invirtió treinta años.

Zurita está considerado como uno de los más grandes eruditos de su tiempo. Su obra, que a la vez tiene el mérito de una artística expresión, es imperecedera.

El religioso Ambrosio de Morales (1515-1591) es otro de los historiadores eruditos españoles del siglo XVI. Su principal obra, la *Crónica general de España*, es modelo de erudición y veracidad para su época. Escribió también un *Discurso sobre las antigüedades de Castilla*, que, aun cuando es más reducido que la *Crónica*, muestra más que ésta las cualidades de investigador que tenía Morales.

Juan Bolland, más comúnmente llamado Bolando (1596-1665), aplicó la crítica de fuentes con una perfección poco común. Por eso se le cita como uno de los puntales de la historiografía erudita en Holanda. Su obra monumental que inició en 1643 titulada *Acta Sanc-*

torum es una colección de vidas de santos que por su inmensa amplitud no pudo terminar, siendo continuada por los llamados bolandistas, que prolongaron la tradición erudita de Bolando.

El sabio benedictino francés Juan de Mabillon, nacido en Reims en 1632 y muerto en París durante el año de 1707, está considerado como el fundador de la historiografía erudita que tan brillantes sucesores había de tener en Muratori y otros.

Mabillon alcanzó gran fama entre sus contemporáneos con la publicación de obras como *De re diplomatica*, con la cual fundó la crítica de documentos, haciendo un estudio completo del método para conocer su autenticidad por sus sellos u otras señales.

Estudió los archivos de muchísimos conventos, así como los de Alemania e Italia.

Su obra maestra es *Anales de la Orden de los Benedictinos*, que a pesar de lo reducido del tema marcó época en la historia por la minuciosidad de la crítica, que nadie hasta él había realizado con tal tino y eficacia, y por la honradez y veracidad que la distinguen.

Mabillon escribió otras muchas obras sobre temas religiosos e históricos, pero son las citadas las que le han ganado un lugar perenne entre las destinadas a la posteridad.

Luis Sebastián Le Nain de Tillemont (1637-1698) es otro de los famosos historiadores eruditos de la escuela de los benedictinos franceses.

La vida monástica, cuya tranquilidad sólo turbaron algunos viajes por Francia y el extranjero, le permitió realizar una gran labor de investigación.

Su obra principal, *Historia de los emperadores y otros príncipes que reinaron durante los seis primeros siglos de la Iglesia*, es la culminación de la escuela benedictina que había inaugurado Juan de Mabillon.

A pesar de ser el tema de la obra de Tillemont reducido —casi todos sus escritos se refieren a la Iglesia—, está considerado, sin reservas, como uno de los grandes maestros de la crítica histórica moderna.

Godofredo Guillermo Leibnitz (1646-1716) promovió grandemente los estudios históricos en Alemania, fundando la Academia de Berlín con este objeto.

Su genio filosófico no le impidió ser un crítico cuidadoso de las fuentes medievales. Como Mabillon y Muratori, se distinguió más por su labor de recopilador crítico que por haber dado trabajos históricos elaborados. Su principal obra histórica es una interesante compilación de los documentos de la casa de Brunswick.

Luis Sebastián Le Nain de Tillemont (1637-1698) es otro de los famosos historiadores eruditos de la escuela de los benedictinos franceses.

La vida monástica, cuya tranquilidad sólo turbaron algunos viajes por Francia y el extranjero, le permitió realizar una gran labor de investigación.

Su obra principal, *Historia de los emperadores y otros príncipes que reinaron durante los seis primeros siglos de la Iglesia*, es la culminación de la escuela benedictina que había inaugurado Juan de Mabillon.

A pesar de ser el tema de la obra de Tillemont reducido —casi todos sus escritos se refieren a la Iglesia—, está considerado, sin reservas, como uno de los grandes maestros de la crítica histórica moderna.

Godofredo Guillermo Leibnitz (1646-1716) promovió grandemente los estudios históricos en Alemania, fundando la Academia de Berlín con este objeto.

Su genio filosófico no le impidió ser un crítico cuidadoso de las fuentes medievales. Como Mabillon y Muratori, se distinguió más por su labor de recopilador crítico que por haber dado trabajos históricos elaborados. Su principal obra histórica es una interesante compilación de los documentos de la casa de Brunswick.

Ludovico Antonio Muratori (1672-1750) es el más grande erudito italiano de los siglos XVII y XVIII. La agudeza de su crítica, la amplitud de su erudición y la escrupulosidad de su trabajo lo ponen a la par de Mabillon, el gran benedictino francés.

Su acción depuradora se ejerció principalmente sobre las fuentes de la Edad Media italiana, dejando a la posteridad obras valiosísimas como los *Rerum Italicarum Scriptores*, las *Antiquitates Italicae Medii Aevi* y su obra maestra *Anales de Italia desde el principio de la era vulgar hasta el año 1749*, inspirada en los *Anales de la Orden de los Benedictinos* de Mabillon.

Los *Anales de Italia* se ocupan únicamente de la historia política y constituyen una de las obras históricas más veraces de la época en que fueron escritos.

Si Muratori fué un gran crítico, no poseyó en cambio el don de expresar bellamente sus ideas, lo cual lo confina al gabinete del estudioso, pues su lectura es tediosa y difícil.

Su labor de confrontar las fuentes de la historia medieval italiana es verdaderamente ciclópea, pues nadie hasta él lo había hecho.

Por ello Muratori es considerado, con justicia, como uno de los auténticos maestros de la historiografía erudita en el mundo entero.

SIGLOS XVI Y XVII

LAS HISTORIAS NACIONALES

Juan de Mariana (1537-1624), el famoso y sabio jesuita español, compuso, además del tratado *De rege et regis institutione*, en el cual se adelanta en mucho a Rousseau exponiendo una doctrina del contrato social, una *Historia de España* que comenzó en latín pero que luego tradujo al español.

La obra está redactada en un castellano sobrio, noble, casi solemne que da cierta majestuosidad al relato. Su crítica de fuentes no le distingue mucho, pues, aunque repudia ciertos documentos falsos, acepta en ocasiones relatos casi fabulosos.

Hugo van Groot, llamado generalmente Grocio o Grotius (1583-1645), expositor sistemático del derecho internacional que había creado el eminente religioso español Francisco de Vitoria, fué además un famoso historiador humanista.

Desterrado dos veces de su patria —Holanda— por querellas religiosas, pasó gran parte de su vida en Francia. Su erudición abarcó los temas más diversos; pero sólo citaremos aquí sus obras históricas principales, que son *De las antigüedades de Holanda*, *Anales e his-*

toria de Bélgica y una *Historia de los godos, vándalos y longobardos*.

Grocio no se distingue por su agudeza crítica, aunque procura siempre ser veraz e imparcial como humanista que era.

Francisco Eudo, mejor conocido por Mézeray (1610-1683), fué un eminente historiador francés cuya *Historia de Francia* que llega hasta el fin del reinado de Enrique IV le valió fama enorme en su tiempo y el honor de ser miembro de la Academia Francesa, llegando más tarde a ocupar el puesto de Secretario perpetuo de ésta.

No se distinguió por su crítica de fuentes y aunque da cierto tinte tendencioso a su relato no llega al extremo de falsear los hechos.

Hizo una síntesis de su obra titulada *Compendio cronológico de la Historia de Francia*, que alcanzó gran popularidad. Además escribió un *Traite de l'origine des Francaises*, amén de otras obras de menor importancia, entre ellas, varias traducciones del latín.

Si Mézeray no fué un historiador muy veraz se debió, aparte de su incapacidad crítica, a las pasiones políticas que agitaban la época —él mismo fué partidario de la Fronda— y a la intransigencia de los grandes cuando la verdad no les favorecía. El mismo Mézeray fué privado de su pensión por haber hecho ciertos comentarios acerca de los antecesores de Luis XIV.

Samuel Pufendorf (1632-1694) es el fundador de la historia prusiana. Fué, además de historiador, teólogo y jurista, y en este último campo se distinguió por una obra sobre derecho natural en la cual trató de conciliar las doctrinas opuestas de Grocio y Hobbes. Catedrático de derecho natural en Heidelberg, sus obras se distinguen por el realismo y la franqueza implacable con que ataca los problemas.

El príncipe Federico Guillermo, elector de Brandemburgo, lo tuvo a su servicio para que escribiera los *Diecinueve libros acerca de los hechos de Federico Guillermo, el gran príncipe elector de Brandemburgo*. Acerca de esta obra dice Dilthey: "Aunque la obra es unilateral en extremo y lo considera todo desde el punto de vista de la política brandemburguesa y se orienta siempre por la política exterior, representa, por lo mismo, la expresión más completa del joven Estado brandemburgués y de su primer gran historiador".¹

Si Pufendorf no sobresalió en lo que respecta a la veracidad de su obra, tampoco tuvo el don de una expresión bella. Su estilo es tan uniforme que resulta árido y sin atractivo. Algunas de sus obras, sin embargo, tienen el mérito de la observación directa, pues se refieren a hechos contemporáneos suyos.

¹ Wilhelm Dilthey: *El mundo histórico*, p. 358.

SIGLOS XVI Y XVII

LAS TENDENCIAS RELIGIOSAS

Con la Reforma se produjo un movimiento de lucha entre católicos y protestantes, en el cual se utilizó la historia como arma. Los protestantes escribieron con este motivo varias obras históricas que fueron refutadas por historiadores católicos. Aunque el objetivo de estos escritos es ahistórico, polémico, la marejada dejó a su paso algunos que merecen especial consideración. Entre ellos tienen primordial importancia los de Flacio y sus colaboradores, por un lado, y Baronio por el otro.

Matías Vlacich, conocido generalmente por Flacio Ilírico porque su lugar de nacimiento fué Alborua (Istria), fué un famoso teólogo luterano que vivió entre los años de 1520 y 1575. Estudió en varias universidades y por último fué a dar en Wittemberg, donde tuvo por maestros a Lutero y Melanchton. Flacio inició más tarde contra este último una campaña, por razones que no es aquí el lugar de analizar, y aunque en un principio fué tenido en gran estima por los luteranos, sobre los cuales llegó a tener gran influencia, cayó en desgracia más tarde, por haber afirmado que el pecado original era propio de la naturaleza humana.

El trabajo histórico que lo hizo mundialmente famoso es el conocido con el nombre de *Centurias de Magdeburgo*, que tiene gran mérito por la enorme cantidad de fuentes tomadas para su composición. El título de la obra proviene de que se ha tratado en ella la historia

eclesiástica en períodos de cien años y se comenzó a redactar en Magdeburgo.

Flacio no fué el único en escribir tan extensa obra, pues colaboraron con él Corvinus, Faber, Wigand, Judez y Holthuter.

Las *Centurias de Magdeburgo* representan un gran esfuerzo erudito para la época, que contribuyó mucho a extender el interés por los estudios históricos, pero carecen en cambio de veracidad. Todas las pruebas que sirven de proyectiles para atacar al papado se aceptan sin reservas, pero se evitan en cambio las que tienen una tendencia contraria.

Para responder al ataque lanzado por Flacio en las *Centurias*, la Iglesia comisionó al cardenal napolitano César Baronio.

Baronio (1538-1607) era trabajador incansable y de inteligencia poco común. Siendo confesor del Papa Clemente XVIII, éste lo nombró Cardenal en 1596 y director de la biblioteca e imprenta del Vaticano el año de 1597. Su fama descansa en la obra que sirvió de respuesta a las *Centurias*, titulada *Anales eclesiásticos*, que le ha ganado el título de historiador de la Iglesia. Su acceso sin reservas a los archivos del Vaticano le permitió reunir abundantes y excelentes materiales para su obra, que publicó en el transcurso de veinte años.

Los *Anales eclesiásticos* son, como las *Centurias*, sospechosos tan pronto como se ve el objeto con que fueron escritos. Su análisis confirma esta primera impresión: Baronio es unilateral, pero debe decirse en descargo tanto de él como de Flacio, que la época de un apasio-

namiento religioso llevado al exceso no permitía a los mismos actores del drama obrar de otra manera.

Paolo Sarpi (1552-1623) fué un famoso historiador veneciano al que desde muy joven se nombró provincial de la orden de los Servitas a que pertenecía. La República Veneciana le nombró su teólogo para la contienda que tuvo con el Papa Paulo V. Sarpi, que tenía ideas luteranas, defendió los derechos del Estado secular de Venecia contra el papado y durante toda su vida combatió enconadamente a los papas. La obra que le dió más renombre, y que escribió con el seudónimo de "Pietro Soavo Polano", es la *Historia del Concilio de Trento*. Este relato es, naturalmente, parcial en apoyo de los protestantes, y para refutarlo escribió el Cardenal Pallavicino otra historia del mismo Concilio, tan parcial como la anterior en el sentido católico. Ocurre con esto, en pequeño, lo que con Flacio Ilírico y el cardenal Cesar Baronio, en el tema más amplio de la historia eclesiástica.

Godofredo Arnold (1666-1714), teólogo e historiador alemán, reaccionó contra el formalismo intransigente de la iglesia luterana, por lo cual perdió los cargos que tenía de historiador de Federico I de Prusia y de Inspector en el Brandemburgo.

Con el espíritu de que valía más seguir los preceptos de Cristo que acatar ciegamente el protocolo clerical,

escribió su *Historia imparcial de las Iglesias y los herejes*, en la cual atribuye el creciente decaimiento y corrupción de las leyes de Cristo a todos los factores que contribuyeron a convertir el cristianismo en pura forma, que exigía la ortodoxia en las creencias, despreciando la práctica. Contra lo que pensaban los protestantes, no atribuyó sólo al papado la responsabilidad de la corrupción clerical, lo cual le trajo los sinsabores que hemos señalado.

La historia de Arnold es tendenciosa, pues a través de toda ella hace resaltar como los únicos que obraron bien a los heterodoxos que atacaron el protocolo de la Iglesia.

CUARTA PARTE

LA ILUSTRACION Y LA HISTORIA

EL SIGLO DE LA ILUSTRACION ¹

La versión que del siglo XVIII dió el Romanticismo, ha extendido mucho la idea de que la Ilustración no se ocupó de la historia debido a que su racionalismo le impidió comprenderla. No obstante, ha sido demostrado ya que este criterio es erróneo en principio, aunque no carece en absoluto de verdad, como verá el lector si se anima a leer lo que sigue.

La Ilustración se vió forzada a ganar la historia, no sólo dándole consistencia científica, sino mostrando su justificación filosófica. Con la física, el problema se reducía al carácter filosófico, pues su calidad de ciencia era innegable desde Galileo y Newton; pero la historia carecía de un método de conocimiento universalmente válido, de veracidad incontrovertible. Vemos, pues, que en dicho aspecto estaba todo por hacer y la Ilustración hubo de afrontar la tarea en forma urgentísima, ya que su mismo carácter se lo exigía.

Se plantea entonces la cuestión de hallar en el devenir de la historia, donde todo al parecer es cambiante,

¹ Para este capítulo se han tomado como fuentes principales: *Filosofía de la Ilustración*, de Ernst Cassirer, y el capítulo titulado "El mundo histórico y el siglo XVIII de la obra *El mundo histórico*, de Dilthey.

un *algo* inmutable, verdadero, un punto de Arquímedes sobre el cual pueda elevarse el edificio histórico sin contradicciones, capaz de parangonarse en su validez con la física.

Voltaire encuentra que ese *algo* es la razón. Esta, según él, nace con el hombre y no cambia, sino que se halla soterrada bajo supersticiones y prejuicios de toda clase. El progreso histórico radica precisamente en el abandono gradual de esos velos que cubren la razón, dejando así que ésta salga a la luz, se manifieste, hasta convertirse en rectora única de los actos humanos. De ahí su orgullo al mirar, desde la cima en que está situado, el largo camino recorrido por la humanidad, la lucha constante que el hombre ha librado para llegar al momento cumbre en que él, Voltaire, y sus compañeros reconocen a la razón como soberana del hombre. Pero aún no está todo hecho: falta mostrar a la humanidad toda la esplendidez de lo logrado y desterrar para siempre el oscurantismo, creando así un mundo más perfecto, rompiendo, en fin, las ligaduras que mantienen reducido el tesoro racional que el hombre lleva dentro, para que éste aflore hasta el infinito.

La historia tiene la misión de ilustrar, mostrando al hombre lo que es, por su pasado. El escenario histórico en su lucha constante por la supremacía de la razón, lleno de aciertos y errores, de progresos y regresos, hace patentes los ideales de la Ilustración y señala a la humanidad el camino a seguir. Da al hombre conciencia de sí mismo y lo pone en la cumbre de la civilización alcanzada hasta su propio momento histórico, enseñándole

el evangelio del perfeccionamiento sucesivo, según el cual, sus predecesores no llegaron nunca al punto por él alcanzado.

De ahí las limitaciones de Voltaire ante la historia. Al mismo tiempo que trata de dar una visión del progreso tomando todas las manifestaciones de la vida humana, se pierde ante un hecho cuya explicación no se ajusta a sus propios ideales, y como no reconoce bondad sino a la razón, es incapaz de comprender y hacer justicia a épocas como la Edad Media. Esto lo expresa Dilthey con una concisión maravillosa cuando dice: "No comprendió las fuerzas anímicas que mueven la historia".¹

Pero la labor de Voltaire, con ser tan grande, no había descendido lo suficiente de las altas esferas de la especulación para posarse en los problemas más concretos del método histórico. Es cierto que mostró la importancia de excluir de la historia la teología reduciéndola a causas naturales; hizo también hincapié en conceptualarla como la evolución total del género humano, sin conceder demasiada preponderancia a los hechos políticos y guerreros; pero no se ocupó de problemas más concretos, como el de averiguar las causas a que obedecía el hecho de que unas entidades culturales avanzasen más que otras. El primero que estudió el tema fué Montesquieu, menos historiador que jurista, no obstante lo cual hizo interesantísimas aportaciones al estudio de la

¹ Op. cit., p. 365.

historia. En *El espíritu de las leyes* muestra la importancia de los factores geográficos como condicionados de los caracteres de una nación. Hace ver que en un pueblo geográficamente aislado, el comercio exterior si no existe, lo cual impide la transculturación y, consecuentemente, dificulta el progreso.

Asimismo, observó que la historia determina estas características de las naciones, y que, por lo tanto, la estructura jurídica ha de adaptarse a estas circunstancias.

Se ve, pues, que Montesquieu no admite que el derecho modele a los pueblos, sino que por el contrario, lo de ser expresión de las cualidades de éstos para lograr una organización política eficaz.

Las teorías de Montesquieu fueron ampliadas por Turgot, que además creó otras por su cuenta, de importancia excepcional, pues se anticipa en muchos casos a pensadores modernos.

Aparte de mostrar la importancia de los factores geográficos, dió ideas sobre el progreso tan importantes como ésta:

“La razón y la justicia, en el caso de que se hubieran atendido a ellas, habrían hecho que todo permaneciera fijo, como casi ha ocurrido en la China. Pero lo que es imperfecto no debe ser nunca enteramente fijo. Las pasiones tumultuosas y peligrosas se convierten en fuente de acción, y como consecuencia, de progreso; todo lo que libera al hombre de su situación, lo que pone ante

sus ojos escenas diversas, amplía sus ideas, le ilustra, le anima y le lleva finalmente al bien y a la verdad".¹

Esto suena ya muy distinto del himno a la razón, completamente unilateral, de Voltaire. Muestra una concepción más madura y más perfecta. Pero no es eso todo: Turgot recoge también las ideas del ciclo de lucha que habíamos visto ya en Abenjaldún y señala la importancia de las migraciones como factores del cambio cultural y, en consecuencia, del progreso. Afirma la unidad del género humano y utiliza las teorías mencionadas para explicar el atraso de ciertos pueblos en relación con otros. Además anticipó la famosa ley de los "tres estados" de Comte, si bien no le concedió tanta importancia como éste. Tales estados son: el teológico, durante el cual el hombre, desconocedor de las causas que producen los fenómenos naturales, les atribuye facultades suprarrales.²

El segundo es el metafísico, durante el cual se trata de dar una interpretación racional del Universo sin partir de la realidad. Por último, viene el estado de la observación empírica, que Comte llama positivo, y que constituye la etapa más avanzada de la humanidad.

La importancia de Turgot queda patente, aunque sólo sea con la exposición brevísima de sus teorías. Sin embargo, conviene hacer notar la excepcional agudeza de muchas de ellas, así como el hecho de que su explicación

¹ Turgot, *Oeuvres*, p. 632. Citado por H. E. Barnes y H. Becker en *Historia del pensamiento social*, p. 412.

² Nótese en este primer estado la semejanza con Vico.

de los problemas que estudia no es unilateral, pues toma en cuenta muchos y muy diversos factores. La historia debe muchísimo a Turgot, no sólo por el valor intrínseco de su obra, sino por la amplitud de miras que demuestra poseer.

HISTORIADORES DEL SIGLO XVIII

Francisco María Arouet (1694-1778) es el verdadero nombre de Voltaire, el famoso literato, filósofo e historiador francés que dió las directrices a la corriente de la ilustración.

Después de la gran labor erudita de los siglos XVI y XVII que había examinado la historia fragmentariamente, fenómeno por fenómeno, para establecer la verdad, Voltaire se detiene y trata de abarcar con una mirada el inmenso caudal de datos acumulados. Su labor consiste, pues, no tanto en investigar particularidades como en señalar, basándose en ellas, las líneas generales que marcan el carácter de una época, su evolución, su significado.

Las principales obras con que Voltaire contribuyó a los estudios históricos son, *Historia de Carlos XII*, *El siglo de Luis XIV* y el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*.

En *El siglo de Luis XIV* presenta el panorama del siglo XVII francés mostrando cómo la política del Rey Sol significó un perfeccionamiento en toda la cultura de la época, cómo la prosperidad política y económica se

tradujo en el esplendor del arte francés —Corneille, Molière, La Bruyère, para citar sólo los principales. Pero, como dice Dilthey, “Voltaire no responde por completo a las exigencias que había que hacer a la comprensión de esta cultura. Describe, enjuicia, pero no explica”.¹

Por lo que se refiere a las ciencias, Voltaire, que por conocer Inglaterra la tiene siempre presente, señala que allí tuvieron mucho más auge que en Francia y en este aspecto critica el reinado de Luis XIV.

Voltaire da además el golpe de gracia a la historiografía teleológica encarnada por Bossuet² sosteniendo que la historia, como la ciencia, debe abandonar las causas finales para basarse en causas empíricas. Señala asimismo que el fin sobrenatural puesto por el mismo Bossuet es falso, pues el hombre no puede pasar sobre la naturaleza como señala la razón.

Ya hemos dicho que Voltaire desprecia la pequeña erudición. El mismo expresa esto en la respuesta al erudito sueco Nordberg que había criticado ciertos detalles de la *Historia de Carlos XII*: “Acaso es un asunto muy importante para Europa —escribe a Nordberg con su habitual sarcasmo— que la capilla del palacio de Estocolmo, que se quemó hace cincuenta años, se encontraba en el ala derecha, hacia el norte del nuevo palacio; que en el día del sermón sus asientos fueron

¹ Cfr. *El mundo histórico*, p. 365.

² Se recordará que ya Bayle había hecho una agudísima crítica al método del ilustre obispo de Meaux.

ferrados de azul y que unos estaban hechos de roble y otros de nogal. También queremos creer que es importantísimo enterarse de la anchura del dosel bajo el cual fué coronado Carlos XII y los colores exactos que tenía. Todo esto puede ser útil para quienes quieren enterarse de los intereses de los príncipes; pero un historiador tiene muchos y muy diferentes deberes. Permítame que le recuerde algunos importantes: el primero, no calumniar; el segundo, no aburrir. La infracción del primer deber se la puedo perdonar, porque su obra va a ser muy poco leída; mas la segunda sí que no la perdono porque tuve que leer el libro".¹

Así pues, como hemos visto, Voltaire abandona la erudición para cumplir la misión de dar una interpretación a la historia. En este sentido su genio es indiscutible, porque la crítica es una etapa preparatoria que debe ser superada con una visión amplia, y esto es lo que él hace.

El famoso escritor escocés David Hume (1711-1776) es a la vez uno de los más importantes historiadores de su siglo. Su principal obra histórica titulada *Historia de Inglaterra*, que abarca desde los romanos hasta la caída de los Estuardo, muestra al espíritu escéptico y agudo, adiestrado por las lecciones filosóficas.

¹ "Lettre a Mr. Nordberg" en el prefacio a la nueva edición de la *Histoire de Charles XII* (1744). (Citado por Cassirer en *Filosofía de la Ilustración*, pp. 213, 214).

“Gira en torno al problema de la conciliación del pueblo y la autoridad del Estado en interés del poder y la cultura del conjunto.¹ Este punto de vista político domina su obra de tal suerte que defiende, frente a los *whig*, el derecho relativo de los Estuardo y su partido, y considera que Inglaterra tiene para su época libertad bastante. Siente odio y desprecio, sin comprensión alguna, por los oscuros motivos religiosos que prevalecen en la historia del siglo XVII, más fuertes que todos los intereses políticos”.²

Hume no destaca por su erudición, pero, sin embargo, contribuyó a disipar con su crítica mitos que estaban muy extendidos en su época, como el del Contrato Social, que atacó con su crítica demoledora, demostrando su falsedad.

En la *Historia natural de la religión* hizo un análisis claro de la evolución de ésta, tomando en consideración un elemento que la Ilustración, por sus mismas características, no había tenido en cuenta: lo irracional que forma parte de la naturaleza humana. A pesar de que Hume no es, como ya se ha dicho, hábil crítico de fuentes, su obra ocupa un lugar destacado porque representa un intento de interpretación de la historia, loable por la dificultad que entraña. Para ser erudito basta paciencia y veracidad; pero para valorar los hechos históricos, se precisa una inteligencia privilegiada.

¹ Recuérdese la posición de Voltaire a este respecto en *El siglo de Luis XIV.*

² Dilthey: *El mundo histórico*, p. 382.

El famoso historiador alemán Juan Joaquín Winkelmann, a quien se considera fundador de la historia del arte, nació en Stendal en 1717, y murió asesinado en Trieste el año de 1768.

Sus estudios se desarrollaron en su población natal, en la Universidad de Halle y en Jena. Más tarde ocupó varios cargos, como el de bibliotecario del ministro sajón Conde von Bunau, hasta que se convirtió al catolicismo por habersele ofrecido una plaza de bibliotecario en Roma, lo cual, naturalmente, favorecía sus estudios, que se orientaban hacia el arte antiguo.

Estando aún en Alemania, publicó varias obras de historia artística y, por fin, en 1775 se trasladó a Roma, gozando de una pensión real. En la Ciudad Eterna fué favorecido por varios cardenales que obraron de Meceñas, lo cual le permitió dedicarse de lleno al estudio.

En esta época viajó por las ciudades de Italia donde existía mayor cantidad de obras del arte antiguo. Tras dicho intervalo de tiempo, que representa en su vida un paréntesis dedicado exclusivamente al estudio, vino una época de gran fecundidad, durante la cual publicó sus mejores obras. Entre ellas, los formidables *Monumenti antichi inediti*, en los que se reúne gran cantidad de material; *Von den herculanischen Entdeckungen*; *Versuch einer Allegorie, Besonders für die Kunst*, etc. Pero su gran obra, la que le dió renombre mundial, es *Geschichte des Kunst des Altertums*.

La categoría de Winckelmann como figura señera en el terreno de la historia, es indiscutible. Su prodigioso conocimiento del arte antiguo le permitió trazar, basándose en escasos indicios históricos —los antiguos no historiaron el arte—, el desarrollo de éste y las características generales y particulares de cada escuela. Por otra parte, la forma cuidadosamente científica en que realizaba sus estudios, le permitió penetrar mucho más hondo que a los investigadores renacentistas.

✓ Guillermo Robertson fué un famoso historiador escocés que vivió entre los años de 1721 y 1793. Realizó sus estudios en la Universidad de Edimburgo y en 1743 recibió las órdenes de sacerdote presbiteriano. En 1749 fué nombrado capellán del castillo de Stirling, y en ese mismo año publicó su primera gran obra, *Historia de Escocia durante los reinados de la reina María y el rey Jaime VI*, que es notable por la claridad y belleza del estilo, la excelencia del método y la amplitud de la información.

En 1777 publicó la *Historia de América*, en la cual se da una interpretación más justa que la hasta allí existente, de la conquista española en América. Este es el principal mérito de la obra, pues los ingleses, que sólo querían las colonias para comerciar, atacaban a base de calumnias el sistema colonizador de España.

Resalta también en la *Historia de América* la belleza expresiva, que es una de las características de Robertson.

Este tuvo durante su vida varios cargos importantes, como capellán real, historiador real de Escocia, etc., y se le deben otras obras de menor categoría, como la *Historia del reinado del emperador Carlos V* y otras. Se le considera como uno de los más altos representantes de la Ilustración en el campo de los estudios históricos.

Eduardo Gibbon (1737-1794) es considerado por Dilthey como el más grande historiador de la Ilustración. Estudió en Oxford, y más tarde pasó a Lausana, donde se dedicó al estudio de los clásicos latinos y franceses, así como de los más eminentes historiadores de su época. En 1761 escribió, en excelente francés, su *Essai sur l'étude de la littérature*, que fué acogido con gran frialdad por el público.

Durante su vida, Gibbon fluctuó entre el catolicismo y el protestantismo, abrazando ya el uno, ya el otro, alternativamente, hasta que al fin se consideró ateo.

En 1763 emprendió un viaje por París, Lausana, Roma y Nápoles, y fué en esta época cuando se le ocurrió escribir la *Historia de la decadencia y de la caída del Imperio Romano*, en la cual trabajó durante 18 años, reuniendo así abundantísimo material que le permitió lograr una obra de gran información para su tiempo. Por otra parte, su independencia religiosa le impidió

caer en el defecto común de la parcialidad, y la interpretación que da del cristianismo es completamente racionalista, sin prejuicios que turben la magnificencia de la concepción.

La obra de Gibbon es la interpretación que da una época eminentemente racionalista de los hechos de la antigüedad. De ahí su inmenso valor y el éxito que tuvo en su tiempo.

QUINTA PARTE

EL SIGLO XIX

NIEBUHR ¹

La primera gran figura de la historiografía del segundo renacimiento en el siglo XIX es Niebuhr (1776-1831).

Su padre, que fué un incansable viajero y se había dedicado a estudiar las lenguas y la historia del antiguo Oriente, se preocupó de su educación desde la más tierna edad: le enseñó geografía, historia, idiomas, etc. Por ello, el que había de ser gran historiador alcanzó muy pronto madurez intelectual asombrando a todos con su extraordinaria cultura y la enorme asiduidad que demostraba en el trabajo.

Desde joven conoció su vocación y de sus estudios en Kiel —historia, derecho, filosofía— sacó gran provecho. Además dedicaba sus ratos de esparcimiento al estudio de la antigüedad. Más tarde realizó un viaje a Inglaterra, lo cual le permitió adquirir conocimiento de la administración inglesa. Después fué llamado a Alemania, donde era ya muy conocido.

Jamás tuvo simpatía por la Revolución Francesa, y la expansión napoleónica acendró su nacionalismo y pro-

¹ Para este capítulo y los sucesivos se ha tomado como fuente principal la excelente obra de Gooch *Historia e historiadores en el siglo XIX*.

dujo en él un odio concentrado contra Francia. Le repugnaba todo cambio brusco y de ahí su admiración por Inglaterra, el país quieto por excelencia. Su amor a Alemania cristalizó en un deseo de ponerla por encima de los demás países en el orden intelectual y con este espíritu inició sus conferencias que dieron origen a la *Historia Romana*.

Su estudio de las instituciones de Roma, en el que se comprenden las causas políticas, económicas —investigó por primera vez el problema agrario—, sociales, etc., marca el origen de los estudios concienzudos y completos que habían de hacerse después de él. Por otra parte, su crítica de las fuentes de los comienzos de Roma es magnífica si se tiene en cuenta que era un campo todavía no trillado. Aclara muchos puntos con una penetración enorme y aunque busca siempre la verdad por métodos críticos, en ocasiones adivina, reconstruye lo que no está escrito. Esto le ha valido críticas como la inteligente de Schlegel, que lo ataca por haber descrito muchas partes de la historia romana primitiva como si tuviera delante los documentos. No obstante, este método le dió excelentes resultados a pesar de que, naturalmente, es subjetivo y propicio al error.

Niebuhr realizó también importantísimos estudios de filología clásica que, junto con su *Historia Romana*, lo ponen en primerísima fila entre los historiadores modernos. Pero se quedó pegado al documento, a la simple verdad de los hechos. No intentó ir más allá para dar a la historia la categoría de ciencia. Su labor representa,

pues, una nueva etapa en la búsqueda de la verdad, pero nada más que eso.

INVESTIGADORES DE LA GRECIA CLASICA

Fué en la Universidad de Gottinga donde se iniciaron con más esplendor los estudios griegos que habían de alcanzar tanta importancia en el siglo pasado. Fué allí donde Gesner creó el primer seminario filológico y estudió el arte y la literatura del mundo antiguo. A su muerte lo sustituyó Heyne, que durante cincuenta años dió conferencias en las cuales abarcó el conjunto de la filología clásica, y aunque no tenía conocimientos muy exactos ejerció gran influencia sobre una serie enorme de discípulos. El más grande de ellos fué Wolf, que empezó muy joven a asistir a los cursos de Heyne, aunque los abandonó pronto, pues no le satisfizo la erudición insegura de su maestro.

A los veinticuatro años obtuvo una cátedra en Halle, y allí comenzó a exponer la filología clásica que él inauguró como ciencia independiente. Sus conferencias abarcaban todo lo que se sabía del mundo antiguo y muchas de ellas, recogidas por sus alumnos, fueron publicadas más tarde.

Su obra más celebrada es *Prolegómenos a Homero*, en la cual sostiene la teoría de que los poemas homéricos son obra de varios autores, que fueron transmitidos oralmente porque cuando se crearon no existía la escritura. El libro produjo muchas controversias y fué ata-

cado duramente. Sin embargo, aunque su afirmación de la no existencia de la escritura hasta época muy tardía fué refutada, su obra contribuyó grandemente a impulsar los estudios críticos.

Böckh fué el más distinguido discípulo de Wolf y su sucesor como maestro eminente, en los estudios helénicos.

Cuando abandonó a su maestro en 1806 ocupó una cátedra de filología griega en Heidelberg y más tarde, en 1810, pasó a la Universidad de Berlín, donde enseñó por más de media centuria.

Sus conferencias —a su muerte fueron publicadas— abarcaban todo el campo de los estudios helénicos, y tenían la ventaja, sobre las de Wolf, de ser más conexas, estableciendo una continuidad entre los diversos sectores que estudiaba.

Su escrito más importante, *La Economía Pública de Atenas*, “es la única obra histórica alemana escrita antes de Ranke que no ha sido superada y que continúa en constante uso”.¹

La Economía Pública de Atenas estudia en forma detallada y completa su tema sin tratar de adivinar nada, como Niebuhr, siguiendo siempre las fuentes con una exactitud maravillosa.

Böckh impulsó también grandemente la arqueología griega, tomando la iniciativa de formar un cuerpo de

¹ Gooch: *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 37.

especialistas que transcribiera las inscripciones helénicas.

El más grande discípulo de Böckh fué Otfried Müller, que ya en su tesis doctoral sobre la isla de Egina se distinguió como un gran erudito.

Müller difería en su temperamento de Böckh, pues mientras éste se apegaba cuidadosamente a los documentos, él hacía generalizaciones e hipótesis tomando como base la mitología a la manera de Niebuhr.

La obra que lo hizo famoso es la titulada *Los Dorios*, escrita cuando era profesor en Gottinga, que aunque es parcial por la preferencia que Müller tiene por la raza dorica, constituye un alarde de erudición que además tiene el mérito de apartarse de la crítica seca y fría para entrar más en los canales de la historia. Sin embargo, no se libró de los ataques de sus contemporáneos, que refutaron su forma de utilizar los mitos como fuentes. Müller contestó a estas críticas con sus *Prolegómenos al estudio de la Mitología*, que constituyen una de las obras más interesantes sobre este tema, por ser además de las primeras.

A los cuarenta años se propuso visitar Grecia con el objeto de escribir su historia. Pero apenas había iniciado allí sus investigaciones cuando murió en Atenas.

Con esto dejamos el estudio de los tres sabios que contribuyeron más a iniciar los estudios hélénicos. Sus obras, a pesar de los defectos que tienen, conservan aún gran importancia, pero el mérito principal de su labor está en sus discípulos.

CURTIUS, SCHLIEMANN, MEYER Y OTROS

Ernst Curtius continuó la labor de su maestro Otfried Müller escribiendo una historia de Grecia. La obra está redactada con excepcional claridad, lo cual hace que trascienda del estrecho círculo de los eruditos para pasar a ocupar un lugar popular.

La investigación de la cultura griega es excelente, pero en lo que se refiere a problemas políticos y económicos Curtius resulta inadecuado.

Importantísima fué la aportación de Schliemann, que produjo una auténtica revolución en los estudios de la Grecia primitiva.

Hijo de familia muy humilde, Schliemann se vió obligado a trabajar desde muy joven. Llegó a adquirir una fortuna como negociante y a los cuarenta y un años se retiró de los negocios para emprender la tarea que le había atraído toda su vida: desentrañar lo que había de verdad en los poemas homéricos. Sus trabajos de excavación revelaron al mundo moderno Troya, Micenas, Tirinto, etc.

Los descubrimientos de Schliemann produjeron gran sensación por su importancia para aclarar la historia de Grecia; pero le faltó para coronar dignamente su empresa la erudición exacta que su carencia de estudios le impidió adquirir.

Holm escribió una historia de Grecia con el intento de popularizarla. La obra es un modelo de equidad en los juicios y amplitud en la erudición.

Beloch se ocupó también de la historia griega, pero su relato es más un canto a la Grecia científica, madre de la cultura, que a las realizaciones políticas de este gran pueblo. Beloch admira la obra de Alejandro, que contribuyó a extender la cultura griega. Especialmente sus capítulos sobre la economía merecen un alto puesto en el mundo de la historia.

La gran obra de Eduardo Meyer es quizá lo mejor que en su época se escribió sobre Grecia. Con amplitud de miras y un conocimiento exacto del tema traza con rasgos firmes la historia del gran país que determinó la civilización del mundo.

El más grande de los egiptólogos alemanes del pasado siglo es Lepsius, que después de haber estudiado concienzudamente los trabajos de Champollion dedicó su vida a investigar la historia del antiguo Egipto.

En el curso de su vida publicó obras de gran importancia como el *Libro de los Reyes* y el *Libro de los Muertos*, que es la base de la mitología egipcia. Además realizó una serie de excavaciones haciendo importantes descubrimientos, de los cuales dió cuenta en sus *Cartas de Egipto, Etiopía y la península del Sinaí*. Los *Monumentos de Egipto y de Etiopía*, publicados también por él, contienen abundantísimo material cuidadosamente clasificado. Por último merecen especial mención dos de sus obras que han aportado mucho al conocimiento de Egipto: son *La cronología de los egipcios* y *la Gramática Nubia*.

Corresponde a Bopp el haber mostrado al mundo la unidad de las lenguas indoeuropeas en sus obras *Siste-*

ma de conjugación y Gramática comparada. La labor de Bopp no tiene precio, si se tiene en cuenta el inmenso campo que abrió al conocimiento.

HISTORIADORES DEL DERECHO

Los estudios de historia jurídica fueron favorecidos grandemente por Eichhorn y Savigny.

El primero estudió en Gottinga derecho, ciencia política e historia y poco después tomó una cátedra en Francfort. Allí escribió la *Historia del derecho y de las instituciones alemanas*. Sus sentimientos nacionalistas le hicieron poner en su tarea un enorme interés. Examinó críticamente todas las fuentes de que podía disponer, labor admirable, pues Eichhorn no tenía ningún antecesor en esta materia, a pesar de la inmensa importancia que tiene.

Su obra se difundió grandemente, pues, aparte de sus excelencias, Eichhorn gozaba de gran popularidad por haber tomado parte en la guerra de liberación de Alemania.

La primera parte de su estudio ha sido superada, pero el libro como un todo, continúa siendo la obra maestra en su género.

Savigny estudió también en Gottinga y poco después alcanzó el grado de profesor en Marburgo. En 1803 publicó un tratado sobre derecho romano de propiedad, que tuvo gran éxito.

Inmediatamente comenzó a elaborar un estudio sobre la influencia del derecho romano en el derecho medieval que, con el título de *Historia del derecho romano en la Edad Media*, comenzó a publicar en 1815.

Esta obra, que le ha dado renombre universal, es un extenso análisis de las reminiscencias que de los juristas romanos habían quedado en la Europa del medievo. Sigue siendo la obra clásica en su género, aun cuando tiene algunos errores críticos.

Savigny fué un brillante defensor del método histórico en el derecho. Sostuvo que éste era el producto de determinadas circunstancias sociales y que cambiaba con ellas; que las normas que dimanaban de la sociedad pasan a formar códigos o quedan como leyes consuetudinarias. Tan excelente labor le valió el ser considerado como máximo jurista de su siglo.

LA EDAD MEDIA ALEMANA

Notable por sus estudios de filología germana es Jacobo Grimm, que recogiendo la corriente romántica se interesó grandemente por la Edad Media alemana, compilando numerosos cuentos de hadas de esa época y otras manifestaciones de literatura popular.

Su obra maestra es la *Gramática*, en la cual hace un magnífico análisis filológico de su lengua, que no tiene paralelo. Descubrió numerosas leyes filológicas, como la que lleva su nombre.

En colaboración con su hermano Guillermo realizó, además de la compilación de cuentos de hadas, un *Diccionario* que no llegó a terminar, pues cuando iba por la letra "F" le sorprendió la muerte.

Durante el siglo XVIII se había sentido la necesidad imperiosa de una edición crítica de las fuentes de la historia medieval alemana.

El famoso estadista Stein, que consagraba sus ratos de ocio al estudio de la historia, se decidió a emprender la tarea. Al principio tropezó con enormes dificultades, pero poco a poco las fué venciendo y llegó a contar con el apoyo de hombres tan eminentes como Goethe, Niebuhr, Humboldt, Grimm, Eichhorn, etc.

La obra era de tal magnitud que Stein no se sintió suficiente para dirigirla y buscó un erudito capaz de hacerlo. Invitó a Pertz y éste aceptó, comenzando en 1822 la dirección de la edición crítica de la obra.

Esta había de pasar todavía por muchas vicisitudes antes de llegar a feliz término, pues muchos de los que en un principio prestaron su apoyo lo retiraron más tarde con diversos pretextos. Además, con el tiempo el carácter de Pertz se volvió dictatorial y agrio, por lo cual algunos colaboradores desistieron.

No obstante, aunque Stein había dicho que no viviría para ver publicado el primer volumen de la obra, el editor le envió en 1826 el tomo primero de los *Monumenta Germaniae Historica*, que así se titulaba.

Pertz contó con la valiosa cooperación de varios miembros del seminario de Ranke, entre ellos Waitz y Köpke, lo cual permitió que cuando el director de la obra

se retiró ya cansado, pudo contemplar una larga serie de volúmenes cuyo principal autor era él.

La composición de los *Monumenta Germaniae Historica* representa una de las hazañas más grandes realizadas durante el siglo XIX, con el fin de esclarecer la historia alemana.

✓ RANKE

Leopoldo Ranke nació en Sajonia el año de 1795. Estudió en Leipzig filología clásica y teología. Por su cuenta estudió algo de filosofía, pero de joven no tuvo intención de dedicarse a la historia, sino a la filología.

Pasó siete años como profesor en el Instituto de Francfort. En esta época leyó a Niebuhr, Böckh, etc., y comenzó a interesarse más y más por la historia. Pero no estaba destinado sólo a ocuparse de la historia antigua sino que la Edad Media atrajo su atención. Para satisfacer su curiosidad comenzó a investigar, y fruto de sus estudios fué la obra titulada *Historias de los pueblos románicos y teutónicos* que, siendo muy imperfecta, señala el comienzo de una nueva era en los estudios históricos, pues Ranke no se contentó con las fuentes tal como venían, sino que investigó la personalidad y tendencias del autor de cada una de ellas, inaugurando así el método que había de darle tan brillantes resultados.

La obra fué muy bien acogida y valió a su autor el cargo de profesor extraordinario en la entonces floreciente Universidad de Berlín. Sin embargo, tenía mu-

chos defectos, no sólo por lo que respecta a sus fuentes, sino por el estilo que era muy imperfecto.

En Berlín conoció a muchos intelectuales distinguidos, entre ellos a Savigny, y el roce con ellos le favoreció en lo que respecta a la perfección del lenguaje. Pero sobre todo, el mayor bien que trajo a Ranke su estancia en Berlín es que le permitió visitar los archivos donde encontró tesoros insospechados. Con ayuda de ellos, produjo *Los otomanos y la monarquía española en los siglos XVI y XVII*, obra mucho más perfecta que la anterior no sólo por la expresión, sino también por la información en ella acumulada. Su disposición para el retrato de personajes que había ya mostrado en las *Historias*, alcanza aquí mayor perfección y la concepción de que la historia se mueve en una gran parte por la iniciativa personal, resalta más que en su primer escrito. De él son dignos de citarse, como modelos de la aptitud de Ranke para historiador, los estudios de D. Juan de Austria y Felipe II, en que presenta a éste, humanizándolo, deshaciendo la leyenda de su fanatismo tétrico.

El libro fué acogido con entusiasmo y calificado de excepcionalmente bello. Por él, su autor consiguió un subsidio para viajes de investigación que duraron cuatro años.

Primero se dirigió a Viena, donde permaneció un año. Allí conoció a varios eruditos servios que trataban de ensalzar con su trabajo la cultura eslava, e instigado por ellos, escribió una *Historia de las revoluciones en Servia* que fué aumentada en ediciones posteriores, y aunque dista mucho de las mejores obras de Ranke, es

inapreciable, por relatar una parte de la historia de Europa casi desconocida. El libro recibió muchos elogios de los contemporáneos, que aunque no tenían los medios para juzgarlo en su veracidad, lo alabaron por la concepción y el estilo.

Ranke no ocupó todo su tiempo en Viena en componer su escrito de historia servia; muy al contrario, la mayor parte de él la pasó en los archivos, descubriendo falsificaciones, investigando documentos, reuniendo, en fin, el material que había de servirle para la redacción de sus grandes obras.

De Viena pasó a Italia, y en Venecia se ocupó en buscar información para un volumen sobre historia de la península, pero desistió de este proyecto dándose cuenta de que los papas le darían tema suficiente para una obra. Se le negaron los Archivos del Vaticano, pero no se apuró mucho por ello, pues según declaró, el material de los archivos particulares era de enorme riqueza y le permitiría, con creces, redactar su estudio.

Permaneció dos años en Venecia y durante ellos publicó sólo un pequeño trabajo sobre D. Carlos, demostrando que la sombra tendida sobre su padre —Felipe II— por los románticos¹ no tenía fundamento alguno y era el resultado de la fantasía de los poetas. También escribió allí una obra titulada *Venecia a fines del siglo XVI* que se publicó más tarde.

Volvió a Berlín y allí le esperaba una tarea en pugna con su personalidad y sus aptitudes: se le encomendó

¹ Principalmente Schiller en *El Príncipe D. Carlos*.

la dirección de un periódico conservador para combatir las ideas liberales que se habían extendido por Alemania. El carácter conciliador de Ranke, ajeno a las controversias, le hizo casi inepto para la tarea de dirigir la revista histórico-política, a pesar de que las ideas que en ella se defendían eran las suyas propias.

La revista fracasó y Ranke, que durante su publicación había escrito la obra que lo hizo famoso en el mundo, *Historia de los Papas*, la imprimió en 1834-1836.

Ranke, a pesar de ser protestante, traza la historia del papado con excepcional imparcialidad. Sus retratos son excelentes y presenta a los papas de la Contrarreforma, libres de las vestiduras demoníacas que les habían puesto los luteranos. Traza, dando pruebas de gran comprensión, la figura de Loyola mostrando el auténtico sentimiento religioso que lo animaba. Esclarece la verdad acerca del Concilio de Trento. Esto le valió duras críticas por parte de sus compatriotas protestantes, quienes le acusaron de dar demasiado a los papas y de no ser verdadero protestante. En respuesta a ello, Ranke compuso una nueva obra titulada *Historia alemana en tiempo de la Reforma*, en la cual hizo resaltar la personalidad de Lutero, mostrando que la creciente corrupción del clero produjo la Reforma como un fenómeno histórico necesario. Su admiración hacia el fundador del protestantismo hizo, sin embargo, que exagerase la depravación clerical antes de él y que lo ensalzara demasiado, como se demostró más tarde.

La obra tiene muchos defectos y entre ellos está el de no presentar con claridad los problemas teológicos

qué suscitó la reforma. Estos, los trata con superficialidad y sin conciencia de su enorme importancia. Por eso, la *Historia alemana en tiempo de la Reforma* fué pronto superada a pesar de que alcanzó en aquel país más fama que ningún otro estudio de Ranke.

Su peor obra es *Nueve libros de historia prusiana*, escrita con evidente frialdad, sin atractivo. Aunque esclarece muchos puntos del tema que trata, fué pronto superada en muchas partes y los lectores de Ranke, que tenían motivos para esperar de él cosas mejores, se sintieron grandemente defraudados.

Más tarde, hizo un viaje a Francia —era el segundo— y escribió la *Historia de Francia*. A pesar de su escasa simpatía por el país cuya historia relataba, logró dominarse y aunque el tono de la obra no es totalmente imparcial, tampoco llega al extremo de atacar francamente a la nación cuya historia era la antítesis de sus ideas conservadoras que repudiaban todo cambio brusco. A pesar de todo, la obra tuvo excelente acogida en Francia, pues la gran cantidad de información que proporcionaba y los magníficos retratos de los personajes centrales, resultaban excelentes. Por otra parte, demostró que las *Memoires* —de Retz, Richelieu, Saint Simón, etc.— que servían como fuente a los historiadores franceses, no merecían el crédito que se les concedía.

Después de su *Historia de Francia*, Ranke pasó a Inglaterra, con el objeto de componer la de aquel país que, por ser el más conservador de Europa, admiraba mucho. Fué muy bien recibido y realizó un excelente trabajo, visitando los archivos mejor provistos. La

Historia de Inglaterra tuvo un gran éxito. En ella están presentes las excelentes cualidades de Ranke, sobre todo en la pintura de personajes. La de Enrique VIII es magnífica.

Escribió varias obras más de menor importancia entre ellas, *Aportaciones a la historia de Alemania, 1618*, *Historia de Wallenstein*, *Origen de la guerra de los Siete Años*, *Las potencias alemanas y la Fürstenbund 1780-90*, *Los orígenes de las guerras de la Revolución Hardenberg*.

Por último, en 1880, a los 85 años de edad, inició una historia universal cuyos dos primeros tomos salieron el mismo año. Asombra que a esa edad haya emprendido tamaña empresa, pues a los 90 años, cuando ya no podía leer y escribir y utilizaba dos secretarios para suplir estas fallas, continuó incansable la empresa que cuando murió a los 91, tenía casi terminada.

La *Historia Universal* adolece de graves defectos sobre todo en lo que se refiere a la antigüedad, pues Ranke no la había estudiado desde su juventud, pero fue acogida como el último esfuerzo del más grande historiador del siglo XIX.

Ranke, que como investigador crítico no tiene rival, permaneció, como Niebuhr, sujeto al documento. Por otra parte, su carácter pacífico hasta el extremo y excesivamente desapasionado —hasta en esto puede haber excesos— le impidió percibir en toda su intensidad el espíritu de lucha de muchos personajes históricos y las grandes pasiones que animaban a éstos. No vibra ante

ellas, y para el lector de temperamento vivaz llega a resultar indignante dicha frialdad. Su grandeza, sin embargo, consistió quizá en esto, pues le permitió ser siempre, o casi siempre, imparcial, cosa que, tal vez, no hubiera conseguido una personalidad impresionable.

WAITZ Y GIESEBRECHT

Si la labor que hizo Ranke con la pluma fué magnífica, no lo fué menos la que realizó con sus discípulos, algunos de los cuales se cuentan entre los más eminentes eruditos del siglo XIX. Pero no fué en la sala de conferencias donde más influyó sobre ellos, pues si bien sus alumnos hablan de sus clases con entusiasmo, es posible que éste sea hijo de la admiración que sentían por él, ya que ellos mismos reconocen los defectos que tenía como conferenciante. Los discípulos que habían de honrar el nombre del maestro se formaron en su seminario particular, que funcionaba en su propia casa. Entre ellos, se cuentan como los más eminentes Waitz y Giesebrecht.

El de más edad entre los dos era Waitz. Cuando en 1834 la Universidad de Berlín ofreció un premio para el mejor ensayo sobre Enrique I, derrotó a sus contrincantes, entre los cuales se contaban Köpke y Giesebrecht. Más tarde, a iniciativa de Ranke, sus alumnos se dedicaron a componer un estudio sobre los emperadores sajones y Waitz dirigió a sus compañeros. La obra con-

tribuyó mucho al conocimiento de la Edad Media alemana y fué prologada por el mismo Ranke.

Cuando Pertz pidió colaboración para los *Monumenta*, fueron Waitz y Köpke, de entre los miembros del seminario, quienes le ayudaron, poniendo a su servicio todo el saber y la aguda crítica que habían aprendido de su maestro.

Waitz, a quien había impresionado mucho el estudio de las instituciones romanas hecho por Niebuhr, siguió este camino y, siendo catedrático en Kiel, escribió la *Historia Constitucional Alemana*, que publicó en 1844 dedicada a Ranke. La obra fué muy bien acogida por los estudiosos de la materia, pues era muy documentada y la primera en su género que abarcaba todo el material reunido fragmentariamente. Sin embargo, no pasó al gran público por la forma de expresión, que es en Waitz muy defectuosa.

Waitz escribió también una excelente monografía sobre Wullenweber, amén de otras obras de menor importancia.

En la cátedra, realizó una magnífica labor que se hizo patente en muchos de sus discípulos.

Murió el mismo día que Ranke, cuando contaba 73 años.

Giesebrecht es otro de los grandes historiadores que se formaron bajo la dirección de Ranke. Su *Historia de la Era Imperial alemana*, publicada en 1855, le costó 20 años de arduo trabajo y lo consagró como un gran narrador.

Su mérito como investigador, siendo enorme, no llega a las alturas que alcanzó con su estilo vigoroso, claro y de gran belleza poética. En este aspecto superó a sus compañeros Waitz y Sybel, el primero de los cuales fué pésimo narrador; el segundo, no pasó de un término medio.

Su ardiente patriotismo y esa admiración por el pasado que los románticos habían imbuído en muchos grandes alemanes, hicieron que su obra adquiriera una popularidad inmensa en Alemania. Fué incluso más leída que las de su maestro porque éste, con su erudición imparcial, no apasionaba al público tanto como Giesebrecht.

Por otra parte, la agudeza crítica y el espíritu de veracidad que había adquirido de Ranke, le permitieron lograr una obra excelente desde el punto de vista de la investigación. Debe decirse, sin embargo, que concede muy poca importancia a las instituciones, exagerando la de los individuos. Además, el libro recibió duras críticas por el nacionalismo desmedido que aparece en todo él.

DROYSEN, SYBEL Y TREITSCHKE

Droysen es la primera gran figura que trató en Alemania de fundir la política con la historia, convirtiéndose en paladín de la unidad germana bajo la preponderancia de Prusia.

De joven, se dedicó al estudio de la historia y la literatura helénica, en la Universidad de Berlín. Tradujo a Esquilo y Aristófanes magistralmente y escribió una vida de Alejandro Magno así como varias obras sobre el helenismo, que le valieron pronta fama y el nombramiento como profesor extraordinario de historia antigua y filología clásica en Berlín. Pero Droysen no estaba llamado a ocuparse exclusivamente de la antigüedad. Pronto se dedicó a utilizar la historia como un recurso dialéctico, tendiendo a demostrar que Prusia debería llevar la batuta en Alemania, unificando al país. Con este objeto publicó el *Memorial de un habitante del Schleswig-Holstein*, la *Vida de York*; pero su obra fundamental, en la que apoya su tesis sirviéndose de la historia más extensamente, es la *Historia de la política prusiana*, para cuya composición empleó casi un tercio de siglo. En ella, se admira la enorme cantidad de material reunido, pero además de carecer de mérito literario, tiene el grave defecto de la parcialidad en favor de Prusia, pues toda la información está recogida en archivos prusianos y, por otra parte, el punto de partida del autor es completamente unilateral.

Sybel integra junto con Waitz y Giesebrecht la triada de los grandes discípulos de Ranke; pero se le trata aquí y no con sus compañeros de la juventud, porque se apartó de los cánones de su maestro para seguir una orientación política por el estilo de la de Droysen. Aunque atacó las convicciones de Ranke sosteniendo que la historia tenía más interés que el del puro esclarecimiento del pasado, su amistad con éste permaneció incólume.

Aparte de sus actividades políticas que no nos interesan aquí directamente, escribió Sybel varias obras históricas, entre las cuales figura en primer plano, la *Historia de la Revolución Francesa*, para cuya composición visitó los archivos tanto de su patria como de París, resultando de ello una magnífica información que da al libro enorme valor. Examinó las circunstancias políticas, sociales y de otra índole, bajo las cuales se produjo la revolución. Superó en este aspecto a sus predecesores que habían estudiado el mismo tema, pero desde otro punto de vista la obra deja mucho que desear, pues su parcialidad es evidente. Ataca duramente a Francia y la Revolución, y esto le valió fuertes críticas. Por otra parte, no penetra el carácter de sus personajes como lo había hecho Ranke, sino que se limita a relatar los hechos en su forma más superficial.

En 1875 se le nombró director de los archivos prusianos e inició la serie *Publicaciones de los Archivos*.

En los últimos años de su vida se dedicó, por indicación de Bismarck, a relatar la formación del moderno imperio alemán; el libro, aunque menos unilateral que la *Historia de la Revolución Francesa*, hace una apología harto clara de Bismarck y de Prusia. Además, a pesar de que Sybel había sido actor en mucho de lo que relataba, la narración es floja, sin realismo ni vividez algunos. No obstante, se salva por la abundancia de la información, que es excelente para el erudito.

Treitschke es el último gran historiador que se encuentra en la misma corriente de Droysen y Sybel.

Treitschke, aunque natural de Sajonia, defendió como sus compañeros la preeminencia de Prusia para la unificación germana.

El primer libro que publicó fué de poesías patrióticas que cayeron en el vacío, pero más tarde se dió a conocer con varios ensayos y desde entonces su fama fué siempre en aumento. En sus conferencias preconizó siempre un solo Estado para Alemania y su amor a la libertad se hizo también patente a través de su vida. Con la realización de estos ideales, por lo menos del primero, se dedicó a componer la *Historia de Alemania en el siglo XIX*, que es su obra maestra y alcanzó en Alemania un éxito inmenso. El material informativo es notable y, sobre todo, posee una gran belleza narrativa que contribuyó mucho a popularizar el libro. Pero éste, como los de Droysen y Sybel, confiere a Prusia todos los méritos sobre los demás Estados alemanes. No obstante, tiene la ventaja de presentar el cuadro completo en que se desarrolla la acción, sin dar demasiada preeminencia a la política.

MOMMSEN

La Historia de Roma había sido investigada en forma científica por primera vez, cuando Niebuhr tomó como base de sus trabajos al documento. Esta gloria le corresponde íntegramente. Pero, como es natural, Niebuhr no podía disponer de materiales abundantes y editados críticamente. Por ello, su obra fué defectuosa y se

vió superada por la enorme labor que en el curso de su larga vida realizó Teodoro Mommsen.

Este, hijo de familia muy humilde, estudió derecho en la Universidad de Kiel. Pronto, su atención se fijó en la historia del gran pueblo que extendió por toda Europa la civilización griega, y consecuencia de esto fueron sus primeros trabajos sobre *Asociaciones Romanas* y *Tribus Romanas*.

Dichos estudios le valieron pronto una reputación envidiable y se le concedió una beca pagada en parte por el gobierno danés, y en parte por la Academia de Berlín, para viajar por Italia.

Allí realizó una intensa labor recopilando inscripciones samnitas que publicó en 1852 bajo el título de *Inscripciones del reino de Nápoles*, que tuvieron gran éxito en el mundo de la erudición. Mientras reunía las inscripciones estudió los dialectos antiguos de Italia dando a conocer sus trabajos en dos volúmenes titulados *Estudios Oscos* y *Dialectos italianos menores*. Estas dos obras, nuevas en su género, resultaron en seguida imprescindibles para el historiador de Roma.

De regreso a Alemania, Mommsen tomó parte activa en la política y, después de ello, comenzó a instancias de los editores su *Historia Romana*.

En un principio pensó ocupar dos volúmenes con la República y otro con el Imperio, pero desistió de poner en práctica este plan porque no había suficiente número de inscripciones para relatar sobre un terreno seguro la historia del Imperio. Dedicó entonces los tres tomos a la

República, en espera de obtener material suficiente para la otra parte.

La *Historia Romana* tuvo, como era de esperarse, un éxito clamoroso. Mommsen presenta en cuadros imborrables, de un colorido intenso y un dibujo firme y seguro, la vida de la Roma republicana. Su prodigioso conocimiento del tema que relata se percibe hasta en los más mínimos detalles y parece increíble que un solo hombre lograra con tal rapidez una historia tan densa como es la de la República romana.

No obstante, la obra no se salvó de críticas. Los juicios de Mommsen en torno a César y su obra suscitaron una intensa reacción, pues tacha a la República de inmoral y podrida, aplaudiendo al caudillo que la eclipsó.

A pesar de ello, la *Historia Romana* es una de las obras históricas más importantes de todos los tiempos, por la vivacidad del relato que hace intervenir en él al lector, el enorme caudal de conocimientos aportados y la justeza crítica en la erudición que muestra.

En 1853 la Academia de Berlín concedió a Mommsen un sueldo para compilar inscripciones romanas. Una brillante pléyade de eruditos bajo su dirección se pusieron inmediatamente al trabajo y en 1863 apareció el primer volumen en el cual estaban agrupadas las inscripciones republicanas editadas por Mommsen y los *Fasti Consulares* editados por Henzen. A éste siguieron otros tomos a cual más interesantes, de los cuales aparecieron veinte en vida de Mommsen.

Su trabajo en este terreno no tiene paralelo, si no es en los *Monumenta*.

A pesar de estar ocupado en la tarea de recopilar inscripciones, Mommsen continuó publicando estudios personales de gran importancia. Entre ellos descuellan la *Cronología de la República*, que si bien fué pronto superada, planteó un problema de difícil solución excitando el interés hacia él, y la *Historia de la moneda*, producto de una investigación ardua e inteligente como todas las suyas.

El estudio más perfecto realizado por Mommsen es el *Derecho Público Romano*, que supera tanto en extensión como en exactitud a la *Historia Romana*. Aunque no llegó nunca a ser popular debido a su misma naturaleza, resulta imprescindible para el historiador. Estudia todas las instituciones, las leyes y el proceso de formación de éstas, iluminando todo el campo de la densa historia de Roma.

Mommsen pensó siempre en continuar la *Historia Romana* tomando como base las inscripciones. A su muerte se publicó una parte de la continuación bajo el título de *Historia de las provincias romanas de Augusto a Diocleciano*. En esta obra se pone de manifiesto la exageración de Tácito al relatar las intrigas y crímenes del Imperio. Mommsen aclara que los desmanes de la Ciudad Eterna no trascendían a las provincias y que éstas vivieron en paz durante el Imperio, dando así lugar a la consolidación de la cultura greco-latina.

Hacia el final de su vida Mommsen colaboró en la edición de los *Monumenta*, ocupándose de los más antiguos autores de la Edad Media. Parece que con esto queda dignamente cerrada la labor de este gran erudito,

pero sus trabajos no quedaron ahí sino que se extendieron a todo aquello que podía redundar en beneficio de los estudios históricos: organizó expediciones, luchó para lograr una colaboración internacional en la ardua tarea de desentrañar los secretos del pasado y emprendió otras muchas empresas más, que hacen de él no sólo un historiador genial sino también el más grande propulsor que han tenido los estudios históricos en la pasada centuria.

BURCKHARDT

Burckhardt ocupa un lugar entre los historiadores del siglo XIX que podría compararse con los de Ranke y Mommsen.

Su concepción de la historia ponía al arte, la ciencia, el clima espiritual, en fin, de cada época, por encima de todo lo demás, y por ello Burckhardt es un auténtico historiador de la cultura.

Nacido en Basilea, estudió allí teología, pero bien pronto la abandonó para dedicarse a la historia en Berlín. Sus primeros trabajos fueron sobre historia del arte y más tarde entró de lleno en el que había de ser su campo de acción, reconstruyendo el ambiente cultural de la época de transición del paganismo al cristianismo en su excelente obra *Tiempo de Constantino el Grande*.

Realizó un viaje a Italia y el resultado de él fué una obra de orientación sobre el arte italiano, que reúne excelentes cualidades. Además planeó en Italia su obra

maestra titulada *Cultura del Renacimiento*, que publicó en 1860 y lo hizo mundialmente famoso.

Su increíble penetración para comprender el carácter de la época que estudia produce resultados admirables, mostrando las excelencias del carácter renacentista que, según él, llevaban implícitas gravísimas faltas.

Su conocimiento de las fuentes es asombroso y, sin embargo, la *Cultura del Renacimiento* no se salvó de críticas. Le achacaron unos que se había deslumbrado ante el magnífico espectáculo que le impedía ver los defectos; otros, que había concedido escasísima importancia a la política y que su conocimiento superficial de la Edad Media le había impedido mostrar con claridad la génesis del Renacimiento. A pesar de todo ello, la *Cultura del Renacimiento* es de lo mejor que el siglo XIX ha legado al presente.

Después de la publicación de su gran obra, Burckhardt no escribió ninguna otra; pero realizó importantes investigaciones sobre Grecia para sus conferencias y, a su muerte, fué publicado el material con el título de *Historia de la Civilización Griega*, que presenta una reconstrucción, brillante como todas las suyas, de la cultura helénica. No obstante, la obra quedó pronto atrás debido a los enormes progresos que se estaban realizando en ese terreno.

LA HISTORIA DE ESPAÑA

Los primeros años del siglo XIX presenciaron en España la aparición de algunas obras históricas, ya de ca-

rácter tendencioso como la *Historia de la Inquisición de Llorente*, ya fruto de la ignorancia del tema como la *Historia de los Arabes en España* de Conde. Pero pronto comenzaron a aparecer obras de exacta y cuidadosa erudición que desplazaron a las antiguas, inaugurando una nueva era para los estudios históricos en España. Investigadores como Clemencín y Navarrete, que estudiaron respectivamente el reinado de Isabel la Católica y la vida de Cristóbal Colón, con una capacidad crítica y una honradez difícilmente igualables, ayudaron a sentar las bases de una crítica histórica constructiva y eficaz. Además, la Real Academia de la Historia comenzó a publicar en los albores del siglo pasado la *Colección de documentos inéditos*, de la cual están editados muchos más de cien volúmenes. En este aspecto, la erudición española se adelantó a la de casi todos los países del orbe. Aparte de sus ventajas intrínsecas, la *Colección* mostró a los historiadores de España y del mundo el inmenso tesoro documental que encerraban los archivos de Simancas, promoviendo así el estudio y crítica de las fuentes originales.

El más importante de los investigadores españoles que acudieron a Simancas es Modesto Lafuente (1806-1866), que escribió la primera gran historia de España.

Lafuente comenzó sus estudios en los Seminarios de León y de Astorga, con el propósito de dedicarse a la vida eclesiástica. Pasó más tarde a la Universidad de Santiago y, terminada su carrera estudiantil, ocupó varios años como catedrático de diferentes seminarios, desempeñando también diversos cargos políticos. Además,

viajó por casi toda Europa dejando memoria de sus andanzas en varios libros.

Hacia el final de su vida se vió colmado de honores por parte de instituciones culturales españolas y extranjeras.

La obra que ha inmortalizado el nombre de Lafuente es la *Historia general de España*, cuyos veintinueve volúmenes fueron publicados entre los años 1850 y 1867.

La *Historia general de España* tiene el gran mérito de ser la primera que rompe, en muchos aspectos, con las crónicas tradicionales. Basada en una investigación de las fuentes, aporta gran cantidad de material nuevo, pero desde el punto de vista de la crítica es floja en su mayor parte, principalmente en lo que se refiere a la Edad Media. No obstante, el nombre de Lafuente ocupa un lugar privilegiado en la historiografía española, por haber sido el primero que afrontó con relativo éxito la empresa de estudiar la compleja historia de su nación.

La gran obra de Lafuente fué pronto superada en la *Historia General*, escrita por miembros de la Real Academia de la Historia bajo la hábil dirección del famoso político e historiador Cánovas del Castillo.

La *Historia General* es una de las mejores obras de su género escritas en el siglo XIX. Basada en cuidadosas investigaciones, deja atrás a Lafuente y marca el comienzo de una era de crítica en gran escala. Por otra parte, la empresa de abarcar en una obra colectiva todo el campo de una historia tan densa como la española, no tiene paralelo en su siglo.

Muchos eruditos españoles trabajaron durante la pasada centuria para esclarecer su historia. Entre ellos, y además de los ya citados, se cuentan Cesáreo Fernández Duro (1830-1908), cuya obra principal, *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, publicada entre los años 1895 y 1903, investiga cuidadosamente el tema que trata, siendo de especial interés la parte referente a la Invencible. El excelente estudio de Danvila y Collado sobre el poder civil esclarece puntos importantísimos de la legislación y administración españolas. Rodríguez Villa realizó una larga serie de trabajos acerca del siglo XVI, que lo ponen muy alto en el mundo de la investigación histórica. No podemos olvidar aquí a D. Joaquín Costa, que dió muestras de su gran talento en obras como *Poesía popular española y Mitología y literatura celto-hispanas*, *Estudios ibéricos*, *Colectivismo agrario en España*, etc., que representan valiosísimas aportaciones al estudio de la historia en España. La historia del Derecho fué investigada con cuidado y buen tino por D. Rafael de Ureña y Smenjaud, que publicó dos estudios de primerísima calidad: *Historia de la literatura jurídica española* y *La legislación gótico-hispana*.

Todos estos trabajos, que estudian temas concretos de la historia de España, han preparado el camino al más grande de los historiadores españoles de todos los tiempos: Rafael Altamira y Crevea, de cuya obra *Historia de España y de la civilización española*, publicada entre los años 1900 y 1911, no podemos dejar de hablar,

aunque sea brevemente, dado que la mayor parte de la producción de Altamira corresponde a este siglo.

La *Historia de España y de la civilización española* es, sin lugar a dudas, la mejor que se ha escrito hasta la fecha. La admirable labor de Altamira como erudito cuidadoso y crítico y como escritor de estilo sencillo y elegante a la vez, lo ponen a la altura de los más grandes historiadores de nuestra época. Su vida de trabajador incansable ha producido frutos magníficos y hoy es admirado, no sólo por los eruditos, sino por todos aquellos que se interesan por la historia.

MENENDEZ Y PELAYO Y MENENDEZ PIDAL

Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) ha dado a la erudición española carta de ciudadanía en el mundo entero. Discípulo del eminente erudito Manuel Milá y Fontanals, mostró una precocidad extraordinaria, y cuando contaba apenas veintiún años dió a luz *Horacio en España*, que es una pieza magnífica de erudición crítica. Su *Ciencia española* muestra las mismas cualidades que la anterior y ambas dieron a conocer en el mundo el nombre de Menéndez y Pelayo. Emprendió después una *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881) que ilumina una importantísima rama de la historia de España, en la cual jugó la religión tan importante papel.

A la muerte de Amador de los Ríos, Menéndez y Pelayo pasó a sustituirlo en la cátedra de literatura española de la Universidad Central. Sus conferencias, llenas de saber, iluminaban todo el vasto campo de las letras hispanas. Cuando apenas contaba veinticinco años, el novel catedrático dictó un breve curso sobre *Calderón y su teatro*, haciendo una crítica justa y ponderada de los excesivos elogios tributados a este gran dramaturgo. Esto produjo sensación y bien pronto dió origen a un movimiento anticalderoniano, cuya exageración rebasaba los límites de la auténtica justicia con que Menéndez y Pelayo había tratado el tema.

Otra de las obras ciclópeas que lo han hecho famoso en el mundo entero es la *Historia de las ideas estéticas en España*, no superada aún, y que es indispensable para todo aquel que quiera adentrarse en la historia del arte español.

La producción de crítica literaria de Menéndez y Pelayo es inmensa. Muchos de sus trabajos de este género se hallan reunidos en varios volúmenes bajo el título de *Estudios de crítica literaria*.

Además, su labor no se desarrolló exclusivamente en lo que se refiere a España, sino que se extendió a Hispano-América en la magnífica *Historia de la poesía Hispano-Americana*, que como obra de conjunto permanece aún insuperada.

Sería demasiado largo dar aquí los títulos de todas las obras que componen la producción inmensa de Menéndez y Pelayo. Baste con las citadas, que son las principales, para dar una idea del trabajo de este gran

erudito cuya muerte prematura privó a las letras hispánicas del más grande de sus investigadores.

Menéndez y Pelayo creó una importantísima escuela de eruditos, el más famoso de los cuales fué Ramón Menéndez Pidal, cuya primera obra de gran alcance es un estudio sobre el Poema del Cid para un concurso organizado por la Academia Española. En este magnífico trabajo se encuentra el texto primitivo perfectamente recogido y una investigación, que casi podría calificarse de insuperable, en torno a los diversos problemas que el *Cantar de Mio Cid* suscita. Aparte de temas literarios, se tratan allí cuestiones jurídicas, sociales, políticas, filológicas, etc., etc., todo lo cual pone en claro partes importantísimas de la historia de España en la Edad Media.

El éxito de la obra fué inmenso. Filólogos, historiadores y literatos no se cansaban de alabarla, y alentado por tan halagüeña acogida, publicó en 1896 *La Leyenda de los Infantes de Lara*, en la que se repetían los méritos del estudio sobre el Cid y que mereció calurosas alabanzas de Menéndez y Pelayo.

Menéndez Pidal inauguró además, en forma brillante, la historiografía española, con su *Catálogo de las Crónicas Generales de España existentes en la Biblioteca particular de S. M.* Menéndez y Pelayo calificó de "definitivo" el estudio sobre la *Crónica* de Alfonso el Sabio que va incluído en el Catálogo.

Más tarde dió a las prensas su *Manual de Gramática histórica española*, obra filológica fundamental que

traza con rasgos firmes y verídicos la evolución de nuestra lengua.

Fué miembro de la Academia Española de la Lengua, de la Academia de la Historia, de la *Hispanic Society of America*, de la *Reale Accademia dei Lincei* y de otras muchas instituciones culturales.

Realizó, además, una importantísima labor como director de la *Revista de Filología Española*, que se cuenta entre las mejores del mundo.

Menéndez Pidal fué digno heredero de su Maestro, por la amplitud de sus miras y el cuidado con que realizó todas sus obras. Sus estudios filológicos son inapreciables y le aseguran la inmortalidad entre los que riñen la dura batalla de esclarecer el pasado.

PEREZ GALDOS

Hablar de Benito Pérez Galdós es algo así como repetir en letras de molde una de esas verdades olvidadas de puro sabidas; porque ¿quién no conoce, siquiera sea someramente, las obras de esta figura genial? ¿qué persona se ha enterado de las vicisitudes del siglo XIX español en una obra que no fuese los *Episodios Nacionales*? Por ello, habremos de limitarnos aquí a presentar brevemente su obra histórica en una reseña que difícilmente tendrá algo de original, pero que es ineludible dado el carácter elemental de esta obra.

Pérez Galdós nació en Las Palmas (Canarias) el año de 1843 y murió en Madrid en 1920. Su vida de estudiante transcurrió sin pena ni gloria, en el Instituto y en la Facultad de Derecho de Madrid.

Pronto dió rienda suelta a sus aficiones literarias dándose a conocer con *La Fontana de Oro* y, más tarde, comenzó a publicar la obra que lo hizo famoso, sustituyendo a los fríos productos de la no menos fría erudición: los *Episodios Nacionales*.

Se hallan éstos divididos en tres series, la primera de las cuales es sin duda alguna la mejor. Las cualidades más excelsas de los *Episodios*, que son la belleza en la exposición, la magistral pintura de los caracteres, el dinamismo y la fuerza del relato, etc., se encuentran en esta primera serie llevadas a su máxima intensidad. Ejemplos de ello son: *Trafalgar*, que con esa maravilla de descripción en palabras que parecen despedir fuego, transporta al lector al teatro mismo de los acontecimientos, haciéndole casi tomar parte en la batalla; *Juan Martín el Empecinado*, con la realista e intensa pintura de los caracteres de Mosén Antón, el cura guerrillero, y Juan Martín, el labrador caballeroso y fiero; *Zaragoza*, el relato de la más brillante jornada de la guerra contra Napoleón, cuya reseña está hecha con decir que se encuentra a la altura de los acontecimientos narrados, y tantos otros más cuya enumeración y crítica bastaría para llenar un volumen; joyas magníficas de la literatura hispana, que hacen olvidar al lector dónde termina la historia para dar paso a la leyenda épica.

HISTORIADORES FRANCESES POSTERIORES
A LA REVOLUCION

Uno de los errores que como rémoras acompañaron a la Revolución Francesa, fué el ansia de romper con el pasado. Para los revolucionarios, lo que había antes de ellos era despotismo, obscuridad del espíritu que se encontraba sujeto a los caprichos del rey absoluto. Por lo tanto, no debía ser respetado por hombres libres, con capacidad para extender sus personalidades hasta el infinito, sin límites ni cortapisas, dueño cada uno de su propio yo, en cuya dirección nadie tenía derecho a inmiscuirse. En esta borrachera de libertad, en ese sentirse capaces de todo, nació el desprecio enorme para aquellos pigmeos que, empequeñecidos por el déspota, no podían soñar siquiera con desarrollar su personalidad. Pero bien pronto habían de comprender que sus leyes, sus razones, todo el sistema, en fin, sobre el que basaban este optimismo sería derrotado por el realismo inexorable de la vida, por los hombres cuyo modo de pensar y de obrar no se ajustaba a lo previsto. La dura realidad pasó sobre las ideas, personificada por Napoleón. Y Francia volvió a sufrir la bota férrea del absolutismo que pisoteó a su paso los ideales de libertad y redención.

El Estado —y el Estado era Napoleón— lo regulaba todo: la historia como el resto de las actividades humanas, y el historiador francés se vió reducido a la categoría de propagandista del Imperio. Napoleón, que con su visión genial lo dominaba todo, orientó los estu-

dios históricos hacia el fin que le convenía. Por eso no debemos buscar en esta época al historiador veraz o que, por lo menos, toma el partido que su entendimiento le dicta.

En el período napoleónico, Daunou fué nombrado director de los archivos nacionales. Con su gran conocimiento de los asuntos históricos, Daunou realizó una excelente labor en el desempeño de sus funciones. Además escribió, a instancias del gobierno, una obra demostrando que el poder temporal del papado debía ser abolido, y, ayudado por otros eruditos, continuó la *Historia literaria* que habían iniciado los famosos benedictinos.

Flassan elaboró también, en esta época, una *Historia de la diplomacia francesa* cuyo mérito principal consiste en la cantidad de información acumulada. La obra termina con un elogio del Emperador, a quien, a pesar de esto, no satisfizo por revelar cosas que, a su juicio, debían permanecer ignoradas del mundo.

La *Historia de Venecia* de Daru alcanzó en su tiempo gran popularidad, aunque produjo también ciertas reacciones en contra, pues el autor cargaba la mano en lo referente a la anarquía y corrupción antes de la llegada de Napoleón, alabando casi con descaro la obra de éste.

Fué también en esta época cuando Chateaubriand comenzó a lanzar sus escritos orientando la atención de sus lectores fuera de la realidad presente y dando origen así a la escuela romántica. El *Genio del Cristianismo* tuvo gran influencia sobre historiadores posteriores, pues aparte del espíritu fogoso, característico del roman-

ticismo, que la anima, resucitó, por decirlo así, la Edad Media, que se presentó de nuevo a los ojos de los historiadores llena de vida.

Influído por Chateaubriand, escribió Michaurd su *Historia de las Cruzadas*, interpretando estas guerras con mucha más justicia que el racionalismo del XVIII, pues mostró no sólo el ideal que las animaba, sino la gran importancia que tuvieron en la historia al permitir reanudar el comercio entre Europa y Oriente. Aunque Michaurd no poseía un estilo brillante y aceptó las fuentes sin crítica, su obra fué muy bien acogida.

Inmensa influencia sobre la marcha de los estudios históricos en Francia tuvo Fauriel, cuyo amplio saber se extendía desde los estudios homéricos hasta el conocimiento del árabe y el sánscrito. Su obra fundamental, *Historia de la Galia meridional bajo los francos*, es ejemplo de gran erudición, lo cual explica el influjo que tuvo sobre sus sucesores.

Otro de los grandes eruditos de esta época fué Sismondi, natural de Ginebra. Escribió una *Historia de las Repúblicas italianas* que constituye, en realidad, una historia de Italia desde la caída del imperio de occidente hasta su época.

Republicano cien por ciento, Sismondi ataca con denuesto todo lo que huele a dictadura, tomando decididamente el partido de la República como forma ideal de gobierno. Expone siempre sus juicios sobre lo que relata, pues cree que la historia tiene como verdadero objeto instruir al presente.

La segunda obra famosa de Sismondi es la *Historia de los franceses*. La muerte lo sorprendió cuando relataba el reinado de Luis XV. Como la *Historia de las Repúblicas italianas*, reúne gran información, aunque padece el mismo defecto que ella, pues ningún rey le satisface y juzga a todos con la dureza propia de su liberalismo rígido. El estilo de Sismondi puede catalogarse como muy malo. Sus obras se salvan por la gran cantidad de material original que el autor desenterró.

THIERRY Y MICHELET

Fué Agustín Thierry quien plasmó en las páginas de la historia el espíritu romántico que habíamos visto ya, aunque imperfecto, en la obra de Michaurd.

Thierry estuvo influido por Chateaubriand, y más tarde recibió las enseñanzas del famoso socialista utópico Saint-Simon, cuyas doctrinas dejaron honda huella en su vida. Tomó de él un espíritu comprensivo hacia la masa popular, un amor ferviente a la libertad que le inspiró muchas de sus más bellas páginas. De Walter Scott aprendió a ver la historia no como un conjunto de datos eruditos, sino como algo vivo; lleno de espíritu y de fuerza.

La *Conquista de Inglaterra* es la obra que abrió a Thierry las puertas de la fama. Está basada sobre la idea de que la diferencia de clases existente en Inglaterra tiene su origen en la lucha: los conquistadores que-

daron como la clase más elevada, mientras que los conquistados permanecieron en el estrato más bajo de la sociedad.

Aunque esta tesis es falsa, el libro tuvo una acogida verdaderamente entusiasta. No obstante, falta la crítica de fuentes y el autor, como él mismo confiesa, toma siempre el partido de la masa. Todo esto que oscurece la fama de Thierry está compensado por el dinamismo que sabe dar al relato y la virilidad del trazo, que lo aleja de la erudición tediosa de muchos historiadores modernos.

Relatos de los tiempos merovingios es la segunda obra de Thierry que honra a su autor. Aunque carece de erudición exacta, se aprecia en ella el amor con que Thierry trata de comprender lo que relata y la excepcional pureza del estilo. Por ello, aunque no es obra definitiva, contribuyó muchísimo a fomentar el interés por el medievo.

En resumen, Thierry es un espíritu de gran sensibilidad emotiva, que posee además la capacidad de transmitirla. Aunque sus trabajos pecan por falta de crítica, posee en cambio la gran ventaja de liberar a la historia de la erudición mezquina, haciéndola tan atrayente como una novela.

Michelet poseyó en mucho más alto grado que Thierry el don de la expresión bella. Aunque su personalidad vigorosa lo hace casi independiente, las características de su obra lo acercan al romanticismo más que a ninguna otra escuela.

Hijo de familia muy humilde, su padre hubo de hacer grandes esfuerzos para costearle los estudios, hasta que reconociendo el mérito de su traducción de la *Ciencia Nueva* de Vico se le concedió una cátedra de historia y filosofía en la Escuela Normal. Más tarde visitó Alemania y comenzó a redactar una historia de Roma que, aunque no constituye un estudio detallado, posee interesantísimos puntos de vista interpretativos y la belleza incomparable del estilo.

La *Introducción a la Historia Universal* es una de las mejores obras de Michelet. Es un epítome de la historia mundial en el que trata de demostrar que todo el camino de ésta tiene, como fin y causa a la vez, la realización de la libertad. La tesis no queda ni con mucho probada, pero la obra tiene, sin embargo, aliento de cantar de gesta que la hace interesantísima como obra literaria, mas de escaso valor como historia.

La mejor obra de Michelet la constituyen los seis primeros libros de la *Historia de Francia*, que se funda sobre documentos originales aunque utiliza también a sus contemporáneos.

El relato es, como todos los de nuestro autor, modelo de belleza expresiva. Trata en forma maravillosa las figuras de San Luis y Juana de Arco, contribuyendo así grandemente a difundir la historia como tal, no en forma de recopilación.

Por último, nos queda por considerar la *Historia de la Revolución Francesa*, en la cual resaltan las mismas cualidades y defectos que en las demás obras de Michelet. Es uno de los mejores libros escritos sobre este te-

ma, pues aunque resulta deficiente su información y veracidad, es difícil encontrar un relato tan pleno de colorido y vivacidad.

GUIZOT, MIGNET Y THIERS

En contraste con la viveza de Thierry y Michelet, que hacían de la historia una novela, surge una nueva escuela, el primer representante de la cual es Guizot, cuyo objeto es hallar en el pasado lecciones políticas para el presente.

Guizot dió en su cátedra interesantísimas conferencias acerca de temas históricos. Pero su primera gran obra de esta índole la escribió al ser suspendido como profesor, debido al carácter político de sus enseñanzas. Su *Historia de la Revolución inglesa*, es más una obra de interpretación que de crítica. Da una versión bastante aproximada del fenómeno que estudia, señalando las grandes diferencias con el período revolucionario francés.

Vuelto a la cátedra, pronunció una serie de conferencias que lo ponen muy alto entre los historiadores modernos. La *Historia de la Civilización en Europa* tiene un mérito enorme, pues es el primer intento de este tipo que presenta una interpretación inteligente de la civilización europea. Aunque el relato fué desarrollado en un curso de conferencias de valor muy desigual, presenta una unidad en la concepción, una claridad esque-

mática, en la que nada se sale del sistema, tan perfecta, que hace sospechar que las cosas pudieran haber ocurrido de otro modo, ya que es la inteligencia del narrador la que une tan perfectamente las piezas del rompecabezas.

Después vino un curso sobre *Historia de la Civilización en Francia*, que, aunque no fué terminado, representa la obra cumbre de Guizot. Sin embargo, presenta el mismo defecto que el anterior: es demasiado racional para ser verdadero. A pesar de ello, asombra la capacidad de visión, y la agudeza para percibir las causas ocultas de los fenómenos que caracterizan la obra.

Mignet es el segundo historiador que se encuentra en la corriente política encabezada por Guizot. Comenzó su carrera ganando un premio por el estudio que hizo sobre las instituciones de San Luis. Pronto, él y su amigo Thiers iniciaron su carrera periodística. Al mismo tiempo que escribía para los periódicos, Mignet se ocupó de la historia. Su primera obra grande de esta índole es el *Resumen de la Revolución Francesa*, que tuvo un éxito clamoroso, a pesar de lo reducido del material empleado, pues presenta una interpretación excelente de los hechos, aunque le falta el nervio de un Michelet.

Con el triunfo de su partido político le fué concedido el cargo de director de los Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el desempeño del cual realizó la compilación de las fuentes relacionadas con la Sucesión española. Aunque no llegó a terminar el trabajo, la introducción que lo acompaña es la obra maestra de

Mignet. Su estudio de las personas y la política de la época es magnífico y no ha sido superado aún.

La obra que dió a conocer a Thiers como historiador, es la *Historia de la Revolución Francesa*, que alcanzó gran popularidad. Aunque no tiene la penetración en el análisis que caracteriza a Guizot y Mignet, posee una extraordinaria vivacidad que la hace amena y agradable. Por otra parte, es el primer estudio detallado de la Revolución Francesa, lo cual aumenta su mérito.

A la *Historia de la Revolución Francesa* siguió la *Historia del Consulado y del Imperio*, que está considerada como una de las más altas cumbres alcanzadas por un historiador del siglo XIX. En ella hace Thiers un análisis detallado y agudo de la hazaña napoleónica, con abundante material, aunque la obra adolece de frialdad de tono. Es el primer estudio completo del tema napoleónico y su fama resulta muy merecida si se tiene en cuenta el auge que dió a las investigaciones sobre Napoleón.

MEDIEVALISTAS FRANCESES

Los estudios de la Edad Media que pusieron en boga Thierry, Michelet y otros, alcanzaron en Francia durante el siglo XIX extraordinaria perfección.

La fundación de la *Ecole des Chartes* es un gran acontecimiento para la historia de los estudios históricos, pues de ella salieron los más grandes estudiosos del medievo que ha producido Francia.

Uno de los primeros eruditos formados en la *Ecole des Chartes* es Guérard, que editó una gran cantidad de fuentes de la Edad Media, precedida de una introducción que ha ganado justa fama entre las obras de su género, por el cuidado con que está hecha y la gran cantidad de puntos que ilumina.

Quicherat es el segundo de los medievalistas de la *Ecole des Chartes* que alcanzó fama universal. Publicó el material acerca de Juana de Arco y, más tarde, escribió un excelente estudio sobre ella. Su labor como catedrático de arqueología medieval en la escuela donde él mismo estudió es inmensa, y aunque no redactó nunca una obra verdaderamente amplia, se le tiene por una de las cumbres de la erudición francesa.

También alumno de la *Ecole* fué Delisle, que como director de la Biblioteca Imperial prestó grandes servicios al estudio de la Edad Media, publicando numerosas fuentes de esta época.

Pero el más famoso entre los eruditos de la Edad Media francesa, fué Fustel de Coulanges. En su *Historia de las Instituciones de la Francia antigua* declaró que las invasiones francas no habían determinado el feudalismo, sino que éste fué un desenlace natural de la vida del Imperio Romano. Según él, los francos no habían hecho más que modificar ligeramente un proceso que estaba determinado por causas de otra índole.

Esta nueva interpretación trajo como consecuencia una crítica ruidosa e implacable. En realidad, Fustel cometió muchos errores debido a su escasa habilidad para descifrar manuscritos, aceptando en ocasiones docu-

mentos falsificados e interpretando mal los verdaderos, en otras. No obstante, su fama fué mayor que la de cualquiera de sus colegas.

Después de Fustel, otros eruditos arrojaron raudales de luz sobre la Edad Media, pero ninguno de ellos alcanzó la fama de los ya citados.

EL ESTUDIO DE LA REVOLUCION FRANCESA

El tema de la Revolución Francesa que había sido ya tratado por Thiers y Mignet, tuvo en el siglo XIX estudiosos que, si bien fueron parciales en su mayoría, impulsaron el conocimiento de tan importante hecho, pues aparte de despertar el interés en nuevas generaciones de historiadores, realizaron una importante labor de investigación que, tomada en conjunto, es inmensa.

La *Historia Parlamentaria* de Buchez y Roux es una de las primeras aportaciones al estudio de la Revolución, que tiene material precioso y ha servido de base a eruditos posteriores.

A esta obra, sigue otra de más vuelos que intenta dar una interpretación del tema: se trata de la *Historia del reinado de Luis XVI durante los años en que hubiera sido posible evitar o encauzar la Revolución*, de Droz. El título muestra ya cuál es la concepción del autor; aunque está plagada de errores, no deja de ser interesante.

De distinto carácter que las anteriores es la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, que constituye en

realidad un relato de toda la Revolución. Como todas las obras de Lamartine, tiene gran valor literario, pero carece en absoluto de sentido histórico. El autor inventa gran parte de la narración y lo que está basado en la verdad, padece gravísimos errores. La *Historia de los Girondinos* se trata aquí, porque fomentó el interés por el tema que estudia, pero, lo repetimos, carece de las más elementales condiciones para que merezca honradamente el nombre de historia.

Diez años de Historia Francesa es el título de otra de las obras que aportaron material al estudio de la Revolución. Aunque su autor, Louis Blanc, es evidentemente parcial en favor del pueblo, los *Diez años de Historia Francesa* tienen innegable valor documental.

Tocqueville, el famoso autor de la obra política *La Democracia en América*, enfocó el tema de la Revolución desde un nuevo punto de vista: el de sus relaciones con la monarquía que derrocó. *El Antiguo Régimen y la Revolución* es una obra pacientemente elaborada que reúne gran cantidad de material, en la cual se presenta el estudio de los cambios que la revolución produjo en la administración del país. Aunque Tocqueville exagera la insignificancia de éstos, su labor tiene un valor inmenso, pues muestra que las diferencias entre el régimen monárquico y el que le sucedió no eran tan grandes como habían creído los historiadores precedentes.

La obra de Quinet *La Revolución* es una crítica vigorosa del proceso revolucionario, en la cual condena principalmente que no se hubiera destruido el catolicismo. Ataca también a los jacobinos, y aunque no es

un trabajo erudito, representa un paso más en la interpretación del acontecimiento más decisivo de la historia moderna.

La *Historia del Terror*, de Mortimer-Ternaux, representa un paréntesis de investigación crítica en la marejada de obras que inundó su tiempo. El libro recoge información abundantísima y su utilidad para el erudito es aún grande.

Hipólito Taine dió una nueva interpretación de la Revolución Francesa que, aunque muy exagerada, es digna de estudio. Su tesis consistía en demostrar que el movimiento revolucionario no tenía más significado que el de una catástrofe desde todos los puntos de vista. En consecuencia, ataca denodadamente a todos aquellos que produjeron el cataclismo; pero sus denuestos carecen en la mayoría de los casos de fundamento histórico, pues Taine careció en absoluto del espíritu imparcial y crítico que precisa el historiador.

El erudito que inauguró el estudio documental de la Revolución en forma clara e inteligible, apoyándose en fuentes contemporáneas de los hechos, fué Aulard. Junto con sus discípulos fundó la *Société de l'Histoire de la Révolution* y una revista titulada *La Révolution Française*, que contribuyeron a esclarecer numerosos aspectos vírgenes todavía.

Por su cuenta, Aulard publicó una serie de trabajos de gran importancia, entre los que descuellan *París después de Thermidor*, *París bajo el Consulado y Conferencias y Estudios sobre la Revolución*; pero su obra maestra, la que reúne el inmenso caudal de su saber es

Historia política de la Revolución Francesa, en la cual se aclaran muchos puntos oscuros, entre los cuales merece especial mención el análisis que hace de las causas que produjeron el Terror. El libro todo, muestra el excepcional dominio de las fuentes que tenía su autor, pero deja ver bien a las claras que éste es parcial, que tiene excepcional interés en disculpar los crímenes de los revolucionarios, mientras que ataca duramente a la Monarquía.

HISTORIADORES DEL IMPERIO

Los historiadores que eligieron como tema el período napoleónico fueron en un principio pocos y parciales. Los acontecimientos estaban demasiado cerca y el resultado de ello fué una pirotecnia de escritos que más merecen el nombre de libelos que el de historias.

El primer historiador que merece tal calificación, a pesar de su parcialidad, es Federico Masson, quien dedicó toda su vida al estudio del hombre que había luchado solo contra Europa.

Masson fué presentando, en una serie de volúmenes, diferentes fases de la vida del Emperador. El más importante de ellos es *Napoleón y su familia*. En estos estudios merecen alabarse la amplitud de la investigación y la honradez del autor, el cual trató en todo momento de reprimir su ferviente admiración hacia la figura que historiaba, admiración que, contra su voluntad, lo llevó a ser parcial.

Otro historiador que aportó muchísimo a los estudios napoleónicos fué Vandal, cuya primera obra, *Napoleón y Alejandro I*, aclara mucho del tema que estudia. Deben apuntarse también, como características notables de la obra, la excelencia de la investigación, la belleza del estilo y la rara habilidad con que el autor pinta a los personajes.

Henri Houssaye dedicó su vida al estudio de la caída del Imperio. Esta parte de él era muy poco conocida y la labor de Houssaye tiene el mérito de haberla iluminado, tratándola en varios volúmenes de prosa encendida por el patriotismo. Pero esto mismo que dió popularidad a las obras implica también sus defectos, el más importante de los cuales es que no ve en Napoleón más que al patriota, al defensor de Francia, olvidando las demás facetas de su carácter.

CHAMPOLLION, MARIETTE Y DE SARZEC

Egipto fué revelado al mundo por Champollion, que realizó la proeza sin precedente de descifrar la escritura egipcia demostrando que ésta era alfabética y no ideográfica.

Desde joven se interesó Champollion por Egipto, dedicándose pronto al aprendizaje de lenguas orientales y de lo poco que se sabía acerca de Egipto. Sus pacientes investigaciones dieron como resultado la fundación de la egiptología y el destierro de las densas nubes que

envolvían el Egipto antiguo. Hizo un viaje a este país y como resultado de él escribió los *Monumentos de Egipto*, que aparecieron después de su muerte junto con la *Gramática egipcia* y el *Diccionario de Jeroglíficos*.

El más grande de los excavadores de Egipto fué Mariette. Durante su vida realizó incansables investigaciones que hicieron progresar enormemente la egiptología. A pesar de la inexactitud de su erudición prestó enormes servicios a su ciencia y el nombre de Mariette ocupará siempre un lugar distinguido en la lista de los grandes investigadores de la historia.

De Sarzec descubrió en sus investigaciones arqueológicas la antiquísima ciudad de Lagash y, con ella, un nuevo pueblo: el Sumerio. Durante los veinte años que permaneció excavando en la misma ciudad realizó importantísimos trabajos que, junto con otros posteriores, permitieron llevar los límites de la historia hasta épocas insospechadas.

HALLAM Y MACAULAY

La triada de grandes historiadores que produjo Inglaterra durante el siglo XVIII, Gibbon, Robertson y Hume, ejerció su influencia durante bastante tiempo. No obstante, a principios del siglo XIX se realizaron algunos estudios, si bien fueron éstos de pequeña importancia, hasta que surgió Hallam.

La primera obra importante de éste es la titulada *Esquema de Europa en la Edad Media*, que le dió gran fama. En ella se dedica más a las instituciones jurídicas y políticas que a los personajes, y además presenta sólo los hechos que él considera de importancia, quitando así cierta continuidad al relato. Por otra parte, su información es deficiente y el estilo plúmbeo.

El trabajo de Hallam que tiene más importancia, por haber dado resonancia mundial a la historia moderna inglesa, es *Historia constitucional desde el acceso de Enrique VII hasta la muerte de Jorge II*. Aunque la obra padece muchos y muy graves defectos, reúne gran cantidad de información y, sobre todo, contribuyó mucho a la propulsión de los estudios históricos en Inglaterra. El estilo no es mejor que el del *Esquema*, pero el material informativo es superior al de éste. La *Historia constitucional* fué adoptada como texto y su influencia perduró durante algunas generaciones.

Inglaterra hubo de esperar la aparición de Macaulay para leer historias modernas sin el padecimiento forzoso de un estilo que movía más al sueño que al estudio. Cuando Macaulay publicó su ensayo sobre Milton en la *Edimburg Review* los lectores pudieron ya percibir su estilo lleno de vida, de una claridad que todo lo iluminaba y con un vigor que había de ser alma efectiva en la lucha política y vestidura opulenta para la historia.

Macaulay mostró, como Niebuhr, una extraordinaria precocidad y pronto adquirió amplia cultura favorecida

por su singular memoria. Estudió en Cambridge y se convirtió en partidario acérrimo de los *whigs*. Su ferviente adhesión a los principios de este partido se manifestó tanto en su vida pública como en sus escritos históricos, dando a la historia inglesa el sentido que Hallam había iniciado ya y que él popularizó brillantemente.

El libro que dió más fama a Macaulay fué el titulado *Ensayos*, escrito con una claridad y belleza asombrosas. En los *Ensayos* expone muchas ideas de importancia capital, siempre guiado por la interpretación *whig* de la historia. Los méritos evidentes de su prosa, que podía ser entendida por todo el mundo, le valieron inmensa popularidad, y alentado por el éxito de sus escritos redactó una *historia de Inglaterra* desde la Restauración hasta la muerte de Jorge IV. La *Historia* tuvo una acogida entusiasta, siendo traducida a todos los idiomas cultos.

No obstante, la obra tiene graves defectos que van implícitos en las mismas cualidades del autor. Su facilidad para dar al lenguaje forma artística de gran intensidad le hace exagerar en muchas ocasiones, pasando del retrato a la caricatura. A pesar de estos lunares, la *Historia* merece la popularidad de que gozó en su tiempo. La concepción total que traza la sucesión de la vida humana tanto como la de la cultura, resulta una realización magnífica y pone a Macaulay entre los más grandes historiadores de su siglo.

HISTORIADORES DEL MUNDO CLASICO

Thirlwall mostró desde su infancia un talento excepcional, que con el correr de los años había de perfeccionarse para convertirlo en un erudito de altos vuelos que ocupa lugar de honor entre los investigadores del mundo griego.

Su *Historia de Grecia*, cuya composición inició con el modesto fin de hacer progresar algo los estudios helénicos, muestra la gran capacidad crítica de Thirlwall. Aprovechando los estudios de Böckh, Müller, Droysen y otros grandes eruditos alemanes, dió al mundo una obra excelente, pues si bien carece de belleza narrativa posee en cambio todos los frutos que la crítica serena de las fuentes pudo recoger en la época. No obstante, el libro tiene defectos graves en lo tocante a su composición artística. El espíritu erudito de Thirlwall, sumido en el abismo de los documentos, fué incapaz de salir a flote para relatar lo que había aprendido reuniendo las piezas del rompecabezas documental, presentando la narración en un claroscuro vigoroso. En efecto, las figuras de Thirlwall carecen de relieve, aparecen anquilosadas, sin movimiento, sin vida...

Correspondió a Grote presentar, en su auténtica efervescencia creadora, la vida del mundo griego.

La vida de Grote estuvo llena, en su mayor parte, por las luchas y los deberes políticos. Después de ocupar un asiento en el Parlamento y una vez que su partido,

el *whig*, perdió las riendas del gobierno, se dedicó de lleno a elaborar su famosa *Historia de Grecia*.

Aunque difería en muchos puntos de las opiniones de Thirlwall, éste declaró que la obra de Grote superaba a la suya.

Grote utilizó también ampliamente los productos de la erudición alemana, y unido esto a su prodigiosa cultura que trascendía los límites de Grecia para caer en otros campos tan diversos como el de la filología alemana, pudo presentar un estudio de solidez y profundidad que muy pocos alcanzaron en su época.

Fija su atención en la política griega —tema que había descuidado Thirlwall— y pone de relieve las excelencias de la organización democrática que, si bien fracasó en la práctica, dió al mundo el primer alto ejemplo de libertad humana. Trata duramente a Alejandro y es ésta una de las pocas ocasiones en que toma una posición radicalmente injusta. A pesar de éste y otros defectos, como el de su excesivo entusiasmo por Atenas, la obra es una aportación valiosísima al estudio de Grecia.

Los estudios romanos no contaron con representantes en Inglaterra hasta que surgió Thomas Arnold, quien después de haber estudiado con una admiración sin límites la obra de Niebuhr, decidió dedicar su vida, no a superarlo, sino a presentar una historia de Roma con ropajes más a propósito para agradar al público inglés. Con esta intención inició su obra que sólo alcanzó hasta el tercer tomo, pues murió, como suele decirse, con la pluma en la mano.

La parte de la *Historia de Roma* que compuso es, más que obra original, una adaptación de Niebuhr; no obstante, el tercer tomo hace suponer que, de haber vivido para continuar su labor, ésta habría resultado, en volúmenes subsecuentes, más original, pues la tendencia en el sentido de alejarse de Niebuhr ya se dejaba sentir.

FINLAY, RAWLINSON Y EVANS

Fué Finlay uno de los eruditos que más contribuyeron a sacar del olvido el Imperio Bizantino. Viajó por Grecia y dedicó su vida a escribir una larga serie de monografías que se publicaron a su muerte bajo el título de *Historia de Grecia desde su conquista por los romanos*.

En su larga obra muestra Finlay la gran importancia de Bizancio, que conservó en su seno el germen de la civilización greco-latina, y lo hace con probidad y buen tino difícilmente superables.

Rawlinson emprendió con éxito la difícilísima tarea de descifrar la escritura cuneiforme, abriendo así las puertas de la gran cultura mesopotámica.

Jugándose la vida, copió Rawlinson la inscripción grabada en la escarpada roca de Behistun, traduciéndola más tarde.

Su hazaña corre parejas con la de Champollion y es una de las más grandes conquistas realizadas por el siglo XIX en el campo de la historia. Además, ayudó a su

hermano George en la composición de su obra *Las cinco grandes monarquías del antiguo mundo oriental*.

Arthur Evans realizó importantísimas investigaciones en Creta, descubriendo la civilización minoica que es probablemente la más antigua del Mediterráneo.

Los trabajos arqueológicos de Evans pusieron al descubierto el famoso palacio de Cnossos, revelando a sus ojos los productos de una civilización extraordinariamente perfeccionada.

CARLYLE Y FROUDE

Carlyle comparte con Macaulay el honor de haber impulsado con gran intensidad los estudios históricos en Inglaterra durante la primera parte del pasado siglo.

En sus primeros ensayos sobre historia muestra Carlyle una concepción nueva, según la cual no son las guerras ni la política lo que debe atraer la atención del historiador, sino el contenido moral de los hechos. Su primera obra importante, la *Revolución Francesa*, es la más bella exposición que se ha hecho de tan importante fenómeno. De ahí su éxito inmenso, que todavía perdura.

Carlyle no pretendió hallar nada nuevo en la parte erudita de su trabajo; se limitó a presentar lo que ya se sabía en forma digna del más consumado dramaturgo. No ve los grandes movimientos de masas, carece de perspectiva histórica y es incapaz de mostrar las causas y efectos de la Revolución. Todo ello destruye al historia-

dor, pero el artista se yergue magnífico sobre todos los errores y trasciende su época, en forma que muy pocos historiadores, incomparablemente más cuidadosos que él, lograron.

El pensamiento de Carlyle fué evolucionando hasta llegar a ser la antítesis de sus primitivas concepciones. Se convirtió en un adorador de las grandes figuras históricas. Despreció al hombre medio, admirando a cualquier individuo sin importarle su contextura moral, con tal de que hubiera logrado el triunfo sobre los demás hombres.

Después de publicar la *Revolución Francesa* dió una serie de cursos sobre diferentes temas históricos, el último de los cuales, titulado *Los Héroes y el culto de los Héroes*, editó. En esta obra se percibe ya casi en su plenitud la admiración de Carlyle por el vencedor, a quien reverencia por el mero hecho de vencer.

Más tarde dió a la luz un libro sobre Cromwell, titulado *Cartas y Discursos*, reivindicando al héroe de todas las calumnias que pesaban sobre él. El libro, como todos los de Carlyle, tuvo inmensa influencia sobre estudios posteriores, ya que modificó por completo la opinión que de Cromwell tenían sus contemporáneos.

Carlyle se dedicó también a escribir una obra sobre Federico Guillermo I de Prusia, que es completamente mediocre, tanto desde el punto de vista biográfico, como histórico.

En general, la labor de Carlyle se caracteriza por su gran categoría artística, sobre todo su habilidad pa-

ra el retrato y la disposición dramática de los hechos; pero en cambio carece de sentido histórico y su autoridad como historiador puede decirse que murió con él. Tiene, eso sí, el mérito de haber impulsado, como pocos lo hicieron, los estudios históricos, por la vida que supo dar a sus escritos sacando así a la historia del reino frío y polvoriento de los archivos.

El discípulo más famoso de Carlyle que miró la historia lo mismo que su maestro, fué Froude.

La carrera de Froude como historiador comenzó en Oxford, pero habiendo perdido la beca de que gozaba se trasladó a Londres, donde conoció a Carlyle, quien ejerció una influencia determinante sobre su forma de concebir la historia.

Sus primeras obras sobre esta materia fueron ensayos que adquirieron pronta popularidad, dándolo a conocer en el mundo de las letras. Poco más tarde, se dedicó a la composición de su escrito fundamental titulado *Historia de Inglaterra desde 1529 hasta la muerte de Isabel*, que tuvo inmenso y rápido éxito. La tesis fundamental de la obra es la defensa de la Reforma y de Enrique VIII, que la propaganda católica y los estudios de algunos historiadores como Hallam habían puesto por los suelos. La parte mejor del libro es la referente a Enrique, por las pinturas que hace de los personajes de la época, en un estilo sencillo y ágil que hace vivir de nuevo el período estudiado. No obstante su innegable mérito literario, esta parte es, de todo el trabajo de Froude, la más expuesta a crítica y, de hecho, la que más ha sufrido con investigaciones posteriores como las de Ranke,

Stubbs, etc., y esto porque Froude no fué nunca un erudito cuidadoso, pues si bien trabajó mucho en los archivos, padeció errores muy graves al copiar documentos. Por otra parte, su evidente parcialidad en contra del catolicismo le quita un primer puesto entre los historiadores ingleses.

HISTORIADORES CRITICOS INGLESES: STUBBS, FREEMAN Y GREEN

Las obras de Hallam, Macaulay, Carlyle, Froude y otros historiadores de su tiempo, fueron pronto superadas como historias porque sus autores no emplearon métodos críticos de exactitud idónea; pero pronto se inauguró en Inglaterra la era de los estudios eruditos, que tan pronto habían alcanzado auge en Alemania.

El primer historiador que aplicó este método con excelentes resultados fué Stubbs, quien había dedicado sus ratos de ocio, cuando era estudiante, a ilustrarse sobre la Edad Media inglesa.

Su primer trabajo importante fué un estudio sobre la sucesión de los obispos, titulado *Registrum Sacrum Anglicanum*, que tiene gran valor por la exactitud de los datos consignados.

En 1863 comenzó a colaborar en la edición de las fuentes medievales inglesas. La labor que realizó en este campo merece el más alto encomio por el cuidado que

ponía en todos sus trabajos, lo cual los ha hecho perdurables.

En 1866 pasó a ocupar la cátedra de historia moderna en la Universidad de Oxford y alternó sus labores docentes con la composición de su obra maestra, la *Historia Constitucional*.

Las clases dictadas en la Universidad fueron recogidas en gran parte en un volumen titulado *Conferencias sobre Historia Medieval y Moderna*, que muestra tanto la amplitud de sus conocimientos, como la exactitud de su erudición y constituye una de las obras más perdurables en su género.

La *Historia Constitucional*, que comenzó a aparecer en 1847, está considerada como una de las más grandes producciones de la erudición inglesa. Abarca mucho más de lo que el título anuncia y va desde Julio César, hasta el advenimiento de los Tudor. A pesar de que el objeto del estudio está constituido por las instituciones, concede gran atención a los personajes que retrata admirablemente, en un estilo fácil y claro a la par que bello. Por otra parte, su interés por el derecho le permitió trazar en forma notablemente exacta la evolución de las instituciones jurídicas, lo cual, unido a los méritos antes señalados y a su fecunda crítica, hacen de la *Historia Constitucional* un modelo de veracidad y belleza.

A pesar de que Stubbs tenía convicciones políticas muy arraigadas y que nunca se preocupó de ocultar, no permitió que éstas tuvieran intervención alguna en su concepción histórica, con lo cual logró una imparcialidad casi increíble. Por todo ello, la *Historia Constitu-*

cional fué recibida con verdadero entusiasmo por los eruditos de todo el mundo y Stubbs se vió colmado de honores. No obstante, la obra tiene defectos, y algunos de ellos graves; pero no se puede pedir a Stubbs más de lo que hizo, y si bien se equivocó en algunos aspectos del tema que estudiaba, no por eso deja de pertenecerle la gloria de ser el iniciador de los estudios históricos con una base crítica, en Inglaterra.

Freeman es el principal discípulo de Stubbs, pues aunque era mayor que él, siempre lo consideró su maestro.

En sus primeros años, Freeman se sintió atraído por los estudios arquitectónicos, pero bien pronto abandonó esta vocación para dedicarse a la historia, siendo su primera obra importante la *Historia de la Arquitectura*.

Más tarde se dedicó a estudiar la Grecia clásica y la Confederación Suiza, planeando un estudio sobre la evolución del gobierno federal, del cual concluyó sólo un volumen que resulta interesantísimo como aportación al conocimiento de la historia helénica.

La *Historia de la conquista normanda* es la obra maestra de Freeman y muestra el gran conocimiento del tema que trata, aunque está relatado en forma un tanto difusa que hace desmerecer el libro. Sin embargo, su reconstrucción viva del pasado y la belleza del estilo que, en ocasiones, alcanza metas verdaderamente notables, hacen que la *Historia de la conquista normanda* haya alcanzado un éxito pocas veces igualado.

Freeman relata con todo lujo de detalles la acción que encuentra en la historia; pero, en cambio, muestra

poco de la vida, costumbres, organización económica, política, etc. de la época que estudia.

Publicó, además de la *Conquista normanda*, otras obras de menor importancia como *Geografía Histórica de la Europa Moderna*, *La Constitución Inglesa*, *Política Comparada*, *Historia de Sicilia* y otras.

Green se aficionó desde joven a la historia, iniciándose en el mundo de las letras con una serie de estudios sobre Oxford en el siglo XVIII. Años más tarde conoció a Freeman, quien lo introdujo en la *Saturday Review*, en cuyas páginas dió a conocer ampliamente su calidad de historiador eminente.

Su obra fundamental, titulada *Breve Historia del Pueblo Inglés*, es la primera en su género producida en Inglaterra. Green prescinde de disquisiciones fatigosas y, con un poder de síntesis admirable, presenta en un solo volumen la historia de su país. La columna vertebral del libro es el pueblo, como lo indica ya el título, y la mejor parte del relato es la que se refiere a la Edad Media, por ser la etapa histórica que Green conocía mejor.

La *Breve Historia* adquirió pronto inmensa popularidad a pesar de los defectos propios de toda obra de esa índole. Por otra parte, Green adopta un punto de vista francamente liberal, resultando de ello que la *Breve Historia* es en muchos puntos unilateral.

Green escribió después algunas otras obras, aunque ninguna de ellas alcanzó la popularidad de la *Breve Historia*. Por otra parte, su muerte prematura le impidió producir trabajos que con mucha probabilidad hubieran sido más perfectos.

GARDINER, LECKY, ACTON Y MAITLAND

Gardiner dedicó su vida a estudiar el período de los Estuardos, y su obra sólo tiene paralelo en Inglaterra, por lo que respecta a veracidad, en la *Historia Constitucional* de Stubbs.

Gardiner realizó un cuidadosísimo trabajo en las fuentes, tomando siempre como autoridades principales las contemporáneas de los hechos que ofrecían más probabilidades de veracidad, y desechando o aprovechando sólo secundariamente las sospechosas, como memorias de actores del drama, etc.

Sin tomar nunca partido entre *whigs* y *tories*, acepta lo bueno que a través de la historia han tenido unos y otros, y buena prueba de ello es que contradice la opinión de los historiadores *whigs* en lo referente a Jacobo I, aceptando, en cambio, sus conclusiones en otros aspectos.

Juzga a Cromwell con una ponderación que nadie hasta él había alcanzado y su exposición de temas tan complejos como la política exterior, que no se contentó con estudiar en su país sino que extendió sus investigaciones a archivos extranjeros como el de Simancas, es excelente.

Por otra parte, tuvo capacidad suficiente para comprender los más diversos caracteres y las más opuestas concepciones, pero le faltó la belleza del estilo. Este es frío, sin elegancia, aunque pulcro y justo. Por esta razón

su obra no pasó al pueblo, pero ocupa y ocupará siempre lugar preeminente en la biblioteca del historiador.

Lecky pensó en su juventud emprender la carrera eclesiástica, pero desistió de su proyecto para dedicarse a la historia. Su nacionalismo le inspiró una obra titulada *Caudillos de la opinión pública en Irlanda*, que resultó un completo fracaso. Más tarde fijó su atención en un tema de mayor amplitud y dió al mundo su *Historia del Racionalismo* que, a pesar de la juventud del autor, es excelente, aunque padece defectos, por lo demás, disculpables.

A la *Historia del Racionalismo* siguió la *Historia de la moral europea desde Augusto hasta Carlomagno*, obra mucho más perfecta que la anterior en todos sus aspectos: estilo, concepción, erudición, etc. Consecuentemente tuvo gran éxito.

La orientación que Lecky siguió como historiador sufrió un brusco cambio: de la historia de las ideas pasó a la historia de la política y ejercitó sus magníficas cualidades en el campo del siglo *XVIII inglés*. Su *Historia de Inglaterra en el siglo XVIII* es una de las obras cumbres de la historiografía inglesa. Aunque abarcaba tanto Inglaterra como Irlanda, se dividió más tarde en dos partes, una referente a Inglaterra y otra a Irlanda.

Su erudición cuidadosa y la imparcialidad de que da muestras en todo el relato, lo ponen a la altura de Gardiner. Los tomos irlandeses son muy superiores al resto de la obra, tanto, que se consideran definitivos.

Acton recibió una cuidadosa educación erudita en Alemania. Dedicó su vida a la búsqueda constante de la

verdad y dejó su obra diseminada en numerosas revistas. Era católico ferviente y difundió vivamente su fe, pero jamás supeditó a ésta la verdad y cuando sus investigaciones le obligaron a atacar ciertas creencias católicas, lo hizo. Por todo ello, los católicos lo atacaron siempre a pesar de su fe incommovible.

Acton es uno de los más grandes eruditos que ha tenido Inglaterra. Su labor como crítico es imperecedera, si bien no la plasmó nunca en una obra grande.

Maitland tomó como campo de sus investigaciones la historia del derecho inglés, a la cual dedicó toda su vida.

La obra con que se dió a conocer, *Pleitos civiles de Gloster*, representa una cuidadosísima investigación en los archivos jurídicos de su tierra natal y le valió el cargo de lector de historia del derecho inglés en Cambridge. Más tarde, con la publicación del *Cuaderno de notas de Bracton*, fué nombrado catedrático en la misma Universidad.

Pero su obra maestra es la *Historia del Derecho inglés*, que escribió en su mayor parte a pesar de que figura como coautor junto con Pollock.

La *Historia del Derecho inglés* arroja viva luz sobre temas que antes eran oscuros. Está escrita con un cuidado y una pulcritud admirables. Padece sin embargo los defectos inherentes a toda obra que trata de un tema no investigado antes. Pero, por encima de todo, corresponde a Maitland la gloria de haber iniciado esta clase de estudios dando ejemplo de veracidad y nobleza pocas veces igualadas.

INDICE GENERAL

	Págs.
ADVERTENCIA	5
INTRODUCCION	7

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA EN LA ANTIGÜEDAD

LA HISTORIA EN EGIPTO	21
LA HISTORIA EN BABILONIA, ASIRIA Y PERSIA.	21
EL ANTIGUO TESTAMENTO	23
PHILO Y JOSEFO	28
EL MUNDO GRECO-ROMANO. <i>Consideraciones Generales.</i>	29
HISTORIOGRAFÍA GRIEGA. <i>Los Primitivos</i>	34
HERODOTO	35
TUCÍDIDES	38
EL ABANDONO DEL IDEAL CIENTÍFICO. <i>La Retórica</i>	40
POLIBIO	42
HISTORIADORES GRIEGOS DE LA EPOCA HELENÍSTICA	44
HISTORIOGRAFÍA ROMANA. <i>Los Comienzos de la Historia en Roma.</i>	45
LOS PRIMEROS HISTORIADORES ROMANOS PROPIAMENTE DICHOS.	49
SALUSTIO Y TITO LIVIO	51
TÁCITO, SUTTONIO, AMIANO MARCELINO Y OTROS	54
LA ERA CRISTIANA. <i>Consideraciones Generales</i>	58
LA INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA DE LOS TEXTOS SACRADOS	60
EUSEBIO	62

	Págs.
SAN AGUSTÍN, SAN JERONIMO Y PAULO OROSIO.	63
HISTORIADORES GRECO-BIZANTINOS	65

SEGUNDA PARTE

LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA

CONSIDERACIONES GENERALES	71
VIDAS DE SANTOS, CRÓNICAS Y CANTARES DE GESTA	72
HISTORIOGRAFÍA ARABE	76

TERCERA PARTE

LOS COMIENZOS DE LA HISTORIOGRAFIA MODERNA

EL HUMANISMO Y LA HISTORIA.	83
MAQUIAVELO Y GUICCIARDINI	85
EL RESURGIMIENTO DE LA HISTORIA	89
SIGLOS XVI Y XVII. <i>Expositores del Método.</i>	91
SIGLOS XVI Y XVII. <i>Los Eruditos.</i>	98
SIGLOS XVI Y XVII. <i>Las Historias Nacionales.</i>	103
SIGLOS XVI Y XVII. <i>Las Tendencias Religiosas.</i>	106

CUARTA PARTE

LA ILUSTRACION Y LA HISTORIA

EL SIGLO DE LA ILUSTRACIÓN.	113
HISTORIADORES DEL SIGLO XVIII	118

QUINTA PARTE
EL SIGLO XIX

Págs.

NIEBUHR	129
INVESTIGADORES DE LA GRECIA CLÁSICA	131
CURTIUS, SCHLIEMANN, MEYER Y OTROS	134
HISTORIADORES DEL DERECHO	136
LA EDAD MEDIA ALEMANA	137
RANKE	139
WAITZ Y GIESEBRECHT	145
DROYSEN, SYBEL Y TREITSCHKE	147
MOMMSEN	150
BURCKHARDT	154
LA HISTORIA DE ESPAÑA	155
MENÉNDEZ Y PELAYO Y MENÉNDEZ PIDAL	159
PÉREZ GALDÓS	162
HISTORIADORES FRANCESES POSTERIORES A LA REVOLUCIÓN	164
THIERRY Y MICHELET	167
GUIZOT, MIGNET Y THIERS	170
MEDIEVALISTAS FRANCESES	172
EL ESTUDIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA	174
HISTORIADORES DEL IMPERIO	177
CHAMPOLLION, MARIETTE Y DE SARZEC	178
HALLAM Y MACAULAY	179
HISTORIADORES DEL MUNDO CLÁSICO	182
FINLAY, RAWLINSON Y EVANS	184
CARLYLE Y FROUDE	185
HISTORIADORES CRÍTICOS INGLESES: STUBBS, FREEMAN Y GREEN	188
GARDINER, LECKY, ACTON Y MAITLAND	192

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1946, EN
LOS TALLERES GRAFICOS NUMERO 2
DEL DEPARTAMENTO DE PUBLICIDAD
Y PROPAGANDA DE LA SECRETARIA
DE EDUCACION PUBLICA